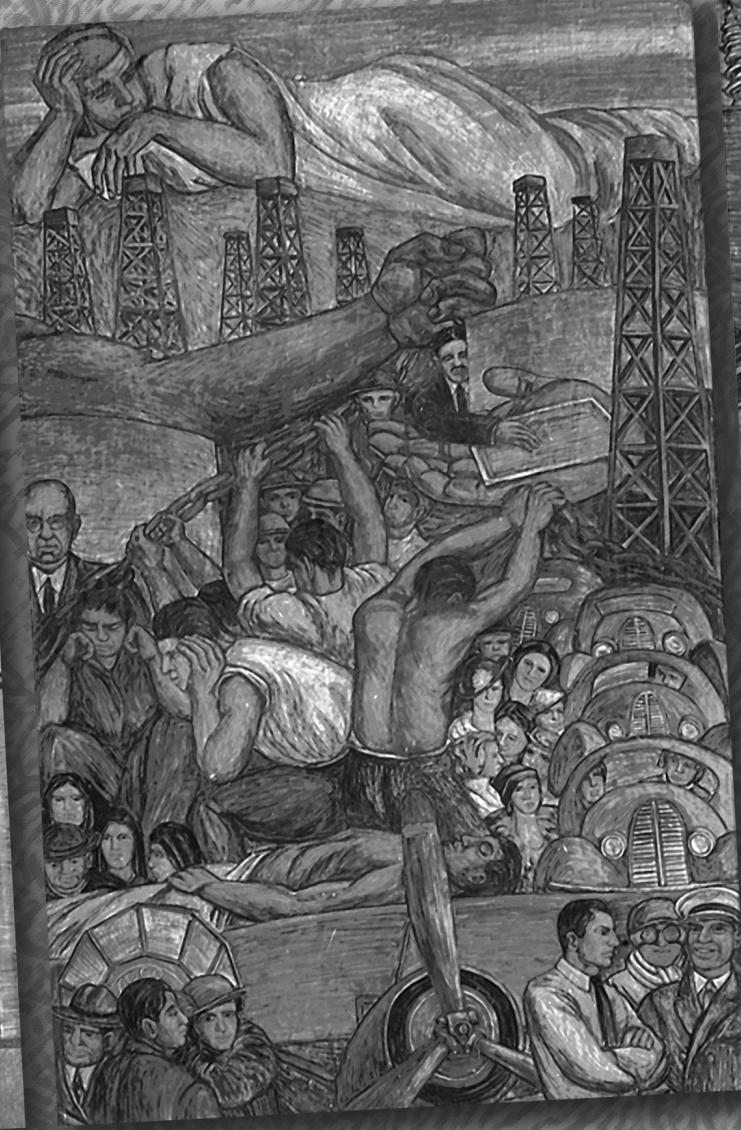
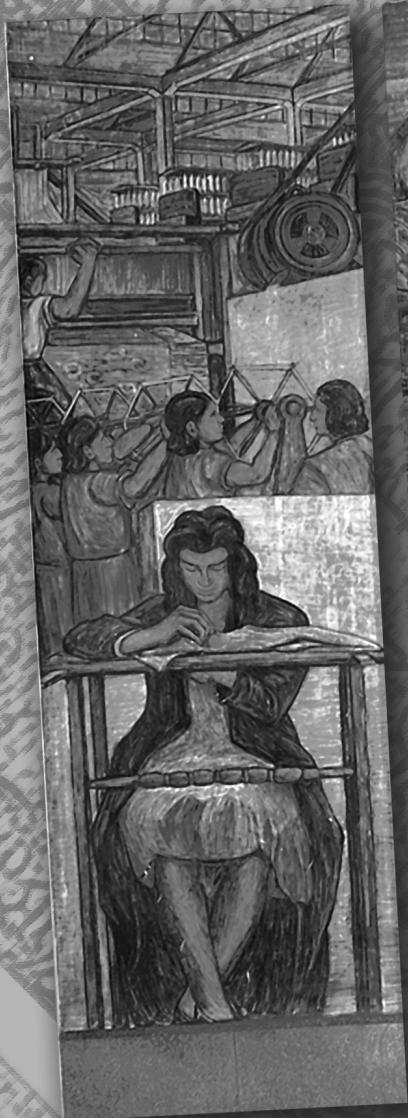


HUELLAS de ciudad



no

Director:

Reinaldo Spitaleta Hoyos, Presidente
del Centro de Historia de Bello

Editor:

Sergio Espitaleta Hoyos, Vicepresidente
del Centro de Historia de Bello

Comité Editorial:

Guillermo Aguirre González, Universidad
Nacional de Colombia, Medellín; Edgar
Restrepo Gómez, Universidad Nacional
de Colombia, Medellín; Adriana María
Correa Arboleda, Universidad de
Antioquia; Jairo Gutiérrez Avendaño,
Universidad de Antioquia; Nubia
Valencia, Universidad de Antioquia;
Manuel Arango Londoño, Universidad
Nacional; Leonel Rodríguez Echeverri,
Universidad de Antioquia.

Título: Huellas de Ciudad

Periodicidad: Un número anual

Tamaño: 16.4 cm. X 23.5 cm.

Ejemplares: 3.000

Diagramación:

Carlos Augusto Muñoz

Cel: 315 499 91 47 calichec@gmail.com

Impresión:

Johana Zuluaga Correa

Tel: 313 678 39 36

jhoanazc@une.net.co

Canje:

Centro de Historia de Bello.

Calle 52^a # 51-00

Biblioteca Pública Marco Fidel Suárez.

Bello. Antioquia. Colombia.

Tel: 4529062.

Web: www.centrodehistoriadebello.org.co

E-mail:

chb@centrodehistoriadebello.org.co

Institución sin ánimo de lucro,
Personería Jurídica No 2429 de 1996 /
Nit. No. 900.017.168-8

Foto portada: Tríptico del maestro Pedro
Nel Gómez: De izquierda a derecha mural
“de la Bordadora a los Telares”, mural
“el Problema del Petróleo y la
Energía” y el mural “el Trabajo y la
Maternidad” Museo de Antioquia.

**REVISTA HUELLAS DE CIUDAD
ISSN 1900 – 9267**

Huellas de Ciudad es la revista editada por el Centro de Historia de Bello, cuya publicación es anual, con algunas ediciones extraordinarias de temas especiales. Desde su fundación en 1999 esta revista se ha concebido como medio de difusión y fomento de trabajos de investigación, reflexión y revisión de temas históricos sobre la ciudad de Bello, desde diferentes enfoques de las ciencias sociales y humanas. Huellas de Ciudad está dirigida bajo las políticas institucionales de la organización legalmente constituida del Centro de Historia de Bello, como organización sin ánimo de lucro dedicada, desde su creación y de manera ininterrumpida, a desarrollar estudios, proyectos, discusiones y eventos en pro de una cultura académica de apropiación social del conocimiento sobre la identidad y el patrimonio cultural, la memoria histórica y la mentalidad política de Bello, en el contexto geopolítico colombiano y universal.

“para que la memoria no se olvide”

Contenido



5. Editorial



8. *Modelo empresarial antioqueño (1888-1950) - El monstruo que se tragó a los obreros.*
Por Reinaldo Spitaleta



29. *Las caras del tiempo durante la industrialización antioqueña.*
Por Sergio Espitaleta



46. *El régimen del lector. La vigilancia moral de la lectura y el acceso a la cultura de los obreros.*
Por Jairo Gutiérrez Avendaño



62. *Facetas de la clase obrera bellanita, primera mitad del siglo XX, De las "pobres bobas" a los empresarios vivos.*
Por Adriana María Correa Arboleda



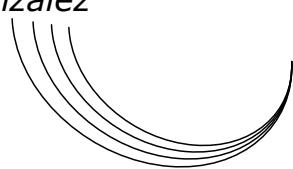
77. *Fabricato y Rosellón: aporte a la historia de dos ciudades.*
Por Edgar Hernando Restrepo Gómez



94. *Instrucción y educación públicas en Hatoviejo y Bello en el siglo XIX, De los cuarteles a las misiones educativas.*
Por Manuel Arango Londoño



116. *Tecnologías de la alianza y el desamor
Desideologización de la política en Bello, 1985 – 1995.*
Por Guillermo Aguirre González



136.
Colaboradores de la presente edición

137. *Indicaciones a los colaboradores*

Editorial

Trabajo, conducta y capital

“El trabajo libera” se leía a la entrada de Auschwitz, tristemente célebre campo de exterminio nazi. El trabajo como castigo, se infiere del Génesis, cuando Adán y Eva son expulsados del paraíso terrenal. El trabajo como mercancía, es otra posibilidad que el filósofo del trabajo, Carlos Marx, entrega para el análisis y la discusión. ¿El trabajo creador de riqueza? ¿El trabajo como alienación? ¿El trabajo como creador de cultura? Cuando se habla de trabajo en la modernidad hay que conectarlo con el capitalismo, y es en este punto cuando aparecen diversas maneras de pensar, de reflexionar, de darles sentido a las relaciones sociales. De un lado están los capitalistas, del otro, los obreros “obligados a venderse al detal”, convertidos en una mercancía más de ese modo de producción.

El capitalismo, en particular el industrial, comenzó a medir tiempos, a controlarlos, a racionalizarlos para efectos de la productividad. Es el surgimiento del hombre-máquina, que para algunos pensadores será una manera de la nueva esclavitud. El tiempo es oro, se dijo. ¿Oro para quién? El capital, como fuerza social, cambió los paisajes laborales. Había unos hombres que eran los dueños, al tiempo que otros eran los sometidos, los que vendían su “fuerza de trabajo”. En esa complejidad, en aquel entramado de conexiones y relaciones, surgieron los mecanismos para incrementar la producción, para subordinar al obrero a

determinadas jornadas, para hacerle creer, como sucederá en los tiempos de la industrialización en Antioquia, que la fábrica era todo: casa, templo, familia.

El caso de Antioquia presentó, en el concierto nacional colombiano, particularidades extraordinarias. El modelo empresarial, que llegó al clímax con la propuesta de industrialización en el Valle de Aburrá, en las postrimerías del siglo XIX y los albores del XX, se forjó con elementos de la “cientificidad” que, para el entorno, la proporcionó la Escuela de Minas, pero también con el aprovechamiento de una “cultura del trabajo”, que ya prevalecía en el imaginario colectivo de la región.

A su vez, los empresarios antioqueños, que ya habían vivido procesos de acumulación de capitales mediante la minería, el comercio, la economía cafetera, en fin, crearon una suerte de ética del trabajo, en la que, además de pensar en los más pragmáticos modos de obtener rentabilidades, establecieron pautas de comportamiento del trabajador. Disciplinar al personal, alentarlo a mantenerse activo en la producción,

hacerlo sentir parte de la empresa, fueron algunos mecanismos implementados. Pero había que ir más allá.

La ligazón del capital con las creencias y actitudes religiosas, con la doctrina de la Iglesia Católica, originó una urdimbre de maquinaria, conductas morales, prohibiciones, vigilancia y producción. Las intenciones de fondo eran tener una mano de obra laboriosa, apacible y disciplinada. Las empresas se configuraron como señales de los tiempos nuevos pero, a la vez, como representación simbólica de la figura paterna. El patrón como padre, la empresa como casa, y todo en medio de las “ideas de progreso” y de transformación.

El modelo empresarial, entonces, mezcló técnicas productivas con catequesis y patronatos. El corazón de Jesús o las imágenes marianas estaban ligados a los tejidos, a lanzaderas y telares. Había que acondicionar la mano de obra, moldearla según cánones de religiosidad y de productividad. Al Ángelus o al Santísimo, había que agregarles condimentos de rentabilidad material. El modelo funcionaba como relojería de alta precisión.

La utilización de mano de obra femenina en las factorías textileras era como volver a Penélope, a las antiguas tejedoras griegas, pero con toda la parafernalia de lo moderno. Y a esas muchachas había que cuidarlas, tanto en su virginidad como en su habilidad para el trabajo.

Algunas, como la historia lo registra, resultaron respondonas y altivas. Bello, por ejemplo, tuvo a Betsabé Espinal, líder de los veinte, cuando estaban germinando los “años locos”. Pero el control, por supuesto, también iba para los obreros.

Unas y otros en las fábricas, pese a algunas demostraciones de rebeldía, eran parte del gran rebaño: tiempos cronometrados, supervisiones, oraciones, misas, turnos estrictos y otras formas de control, cuando no multas y amonestaciones, hacían parte de la cotidianidad del trabajo. Había que adicionarle, además, normas de comportamiento, lecturas autorizadas o dietas literarias. Con todo, muchas ovejas se salieron del redil y pudieron expresar desobediencias y pensar en reivindicaciones.

El capital y el trabajo crearon una cultura, otros paisajes urbanos con chimeneas y barrios obreros, pero también cantinas, prostíbulos, espectáculos (muchos de los cuales eran censurados), nuevas palabras, alguna literatura. Hubo maneras de control pero también modos de eludirlos.

El experimento industrial comenzó, precisamente, en Bello y se irrigó por el Valle de Aburrá. Patrones y trabajadores fueron protagonistas de esta historia, que tuvo capítulos apasionantes, horrores, agravios, explotaciones infrahuumanas y transformaciones sociales. Al acercarse el centenario de la erección de Bello como municipio (1913-2013), el Centro de Historia de Bello comienza en esta edición de su Revista Huellas de Ciudad, un aporte a la conmemoración, con un dossier sobre la cultura obrera y la de los empresarios.

Se trata de un exquisito plato en el que los lectores podrán degustar, con el rigor de la investigación histórica, ensayos acerca de la

industrialización antioqueña, las ciudades, la preparación educativa que abrió camino a aquélla, las fábricas, los controles y censuras, los comportamientos tanto de patronos como de obreros. También incluimos, como contribución a la historia política local, una pesquisa sobre la desideologización de los partidos.

Nos parece que este número de Huellas de Ciudad es un aporte al conocimiento de nuestras raíces, a la formación de identidad cultural e histórica, y, sobre todo, a la comprensión de los procesos que condujeron a la creación de industrias y a la formación del proletariado antioqueño. Esperamos, entonces, que su lectura sirva para la deliberación y la apertura de nuevos debates. Bienvenidos.



Modelo empresarial antioqueño (1888-1950)

El monstruo que se tragó a los obreros

Por Reinaldo Spitaletta

Resumen.

Este ensayo trata sobre el modelo empresarial antioqueño, sus virtudes y defectos, su alianza con la Iglesia para controlar a los trabajadores y someterlos a disciplinas que, además de buscar productividad, los enajenaban para que no fueran a sublevarse o reclamar sus derechos.

Palabras clave. Modelo empresarial, fábricas textileras, industrialización, patronato, obreros, encíclica.

*Y entre la noche negra —desesperadas—
corren y sollozan las almas de los obreros
muertos.*

Pablo Neruda

Aburrá, a principios del siglo XX, y creó un modelo, que todavía, hoy, es estudiado en universidades europeas y ha sido objeto de diferentes miradas, de apologías y rechazos, de cuestionamientos y análisis.

8

1. Preludio con artesanos y mineros

¿De dónde surge el denominado “espíritu empresarial antioqueño”? ¿De dónde procede esa suerte de cultura del trabajo, en la que patronos y obreros llevaban en apariencia una relación armónica? ¿Por qué religión y productividad se unen para crear una sociedad de controles, ganancias, devociones y paternalismos? Son muchas las preguntas (así también deben ser las respuestas) en torno a un complejo fenómeno que condujo a la industrialización en el Valle de

Tal vez para llegar a la comprensión de la génesis y gestación del llamado “modelo empresarial antioqueño”, calificado por muchos como de orates, dado que para los tiempos de su establecimiento, Medellín y el Valle de Aburrá estaban aislados del resto del mundo, es necesario remontarse a los tiempos coloniales. El despotismo ilustrado de los Borbones, llevó en el siglo XVIII a la Corona española a convertir sus colonias en fuentes de rentabilidad. Para el caso de Antioquia y Medellín, por ejemplo, Francisco Silvestre y Antonio Mon y Velarde (el “gran regenerador”) reorganizaron el artesanado, registraron oficios (como los de albañil, carpintero, jornalero, herrero, platero, menesteral u oficial, en fin) e intentaron cambiar

la mentalidad de los mismos que, para entonces, eran incumplidos y trámosos. Mucha de esa mano de obra artesanal se empleó en el acabado de iglesias y conventos. De a poco, la Villa de la Candelaria, fue cambiando sus paisajes, y en los mismos estaban las labores de los menestrales.

Antioquia, como bien se puede leer en las novelas de Tomás Carrasquilla, como *La marquesa de Yolombó* y la trilogía de *Hace tiempos*, y por supuesto en archivos y tratados históricos, era tierra de minerías y comercios, pero, a su vez, para los comienzos del siglo XIX, cuando ya Medellín era la capital de la provincia (1826), se va erigiendo en zona de preponderancia política y económica. De otros horizontes llegan ingenieros y expertos en minas, que introducen técnicas avanzadas para la explotación. En el

se van haciendo comunes nombres y apellidos de extranjeros, como los Moore, los Wolf, los Hauesler, los Nisser, los Hole, los De Greiff, los White, etc. Minería y comercio se van constituyendo en el binomio clave que conducirá a la acumulación de capitales y a la formación de una élite que, a partir de 1880, será la encargada de llevar a cabo los procesos de industrialización. Son los tiempos que Roger Brew denominará de la aparición de los mercaderes antioqueños, en un principio fundamentada en “hombres humildes y desconocidos”¹, pero que, más tarde, serán miembros de familias de la alta sociedad, con ánimos de poder,

9

de lustre y de dirigir la región no sólo en lo económico sino en lo político y social.

La minería, entonces, será el medio principal para la acumulación de caudales y la prosperidad económica de las élites, en particular en la primera mitad del siglo XIX. Para 1850, por ejemplo, ya los comerciantes de Medellín —que habían superado a los de Rionegro y Santafé de Antioquia— eran los hombres de empresa. Los distritos de Titiribí, con las minas de El Zancudo, y de Marmato, se convirtieron en los centros mineros más importantes de



Leviatán, un monstruo bíblico, fue retomado por Thomas Hobbes. Grabado original de la primera edición del libro de Hobbes.

lenguaje cotidiano aparecerán palabras como los molinos californianos, molinos de pisones, las ruedas Pelton, la cianuración del oro. Así como

la región. El Zancudo, por ejemplo, era una suerte de laboratorio para los métodos avanzados de explotación, y para principios del siglo XX será una de las minas más importantes de América del Sur, con más de 1.300 trabajadores. En ella tendrá presencia como propietario, Carlos Coriolano Amador, uno de los empresarios más sobresalientes de Medellín a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Según Brew, “el atractivo que ejerció la minería para los antioqueños explica en gran parte que estos no hayan desarrollado las industrias artesanales y domésticas”,² como sí sucedió, por ejemplo, en Santander. Si bien el mazamorreo minero antioqueño comenzó en forma con las intervenciones de Mon y Velarde en la década del 80 del siglo XVIII, va a ser en el siguiente siglo cuando se inicie la minería de veta, epicentro de las principales innovaciones tecnológicas de su tiempo. Pero y a todas estas, ¿qué pasaba con el artesanado?

Hacia 1850, el artesanado de Medellín, de clara militancia liberal, se irriga por el villorrio, y ya forman parte del entramado urbano los sastres, los zapateros, los tipógrafos, los ebanistas y los mecánicos. Algunos de ellos son miembros de las primeras sociedades democráticas que para entonces florecen en el país. Estos

artesanos, que son letrados y algunos hasta buenos lectores de Voltaire y Rousseau, como los que más tarde habitarán en el sector de Guanteros, también aportarán al imaginario de la cultura del trabajo. Tal vez todavía resonaban los deseos coloniales del visitador Mon y Velarde de que los artesanos fueran serios y entonces ya las necesidades del comercio, de la construcción, del mercado interno, en fin, requerían capacitación de mano de obra. Las reformas de Pedro Justo Berrío, “hombre de pro” que, además como valor agregado, comienza a pensar en cómo ir rompiendo el aislamiento de Medellín, originan la Escuela de Artes y Oficios (1864). Las innovaciones no se hicieron esperar. Enrique Haeusler, mecánico alemán que había llegado al país para construir maquinaria para minas y puentes de piedra, es nombrado como director de la mencionada escuela, y la capacitación de los alumnos tiene que ver con el reemplazo de la madera por el hierro, la organización de talleres, la introyección de disciplinas de trabajo y de métodos prácticos.

Son los días de preparación de mano de obra, pero, a su vez, los tiempos en que las élites van pensando cómo preparar a sus “herederos”, cómo adquirir conocimientos técnicos que redundaran en productividad y ganancia, tanto en las minas como en el comercio, y cómo romper el empirismo. Si bien es verdad que habrá grandes empresarios “pragmáticos” y hasta iletrados —como Pepe Sierra, por ejemplo—, otros miembros de las élites se preocuparán por el conocimiento y el estudio. Ellos serán los que, a la postre, crearán el “monstruo” llamado modelo empresarial, que en Medellín y el Valle de Aburrá,

se aliará con la Iglesia, pensará cómo controlar el tiempo del obrero, cómo no dejarlo dispersar en asuntos “peligrosos” y en nada distinto a las oraciones y novenarios, pero, sobre todo, a la dedicación laboral en las fábricas.

Son los días en que ya no se necesitan solo curas, médicos y juristas, que eran las profesiones de más demanda y que otorgaban distinción, sino que, debido a los mercados, al oro, al comercio, a la búsqueda y creación de riquezas, se precisaban ingenieros. Claro que en Antioquia, para antes de 1880, no era posible estudiar esa carrera. Por eso, los hijos de los miembros de la élite, de las oligarquías, eran enviados a Estados Unidos y Europa para el efecto. Para ser comerciante, en rigor no se requería mucha instrucción. Desde pelados, los hijos de los dueños de almacenes, eran introducidos en el negocio. Pero más allá del comercio, había una minoría selecta que avizoraba cómo tener más injerencia en todos los asuntos de la política y la economía, y veían en la preparación académica una posibilidad de poder.

Al mismo tiempo, circulaban los criterios de que los estudios literarios (tan acogidos por las élites bogotanas) no eran rentables y más bien eran considerados como una pérdida de tiempo. Sin embargo, para gentes como Mariano Ospina Rodríguez (el papá de Túlio y Pedro Nel), José Eusebio Caro y Rufino José Cuervo, la “tabla de salvación” de la juventud estudiosa radicaba en las ciencias exactas, físicas y naturales. El mismo Mariano aconsejó a sus hijos para que no siguieran carreras relacionadas con la literatura y las artes. Sus “muchachos” estudiaron ingeniería de minas en Estados Unidos y, después, textiles

en Inglaterra y Francia.

Para 1880, e incluso antes, en Antioquia, en particular en Medellín, comenzaron las iniciativas para el montaje de programas técnicos, que luego permitieran a los alumnos viajar al exterior a culminarlos. Se introdujo el estudio serio de matemáticas en la Universidad de Antioquia, a la que llegaron profesores extranjeros. No era todavía la hora de las industrias, pero se estaba abonando el camino. Hasta esos momentos, las fuentes más destacadas para mano de obra calificada eran las ferrerías, las fundiciones de plata y la Escuela de Artes y Oficios, en la que, debido a las guerras civiles, también se producían municiones.

Pero habrá, a todas estas, y sumadas a las preocupaciones por la precariedad de las comunicaciones y el transporte, un hecho que modificará la mentalidad, el paisaje, los comportamientos y que, a la larga, conducirá a la aparición de una nueva clase social en el Valle de Aburrá y a la instauración de un modelo de producción industrial, quizás único en Colombia: y es la fundación de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, en 1888.

2. Escuela de Minas y cruzadas moralizantes

No han faltado los estudiosos que, ante la irrupción, materialización y desarrollo del modelo empresarial antioqueño, se pregunten cómo fue posible su “éxito” cuando existían tantas desventajas, como las de la incomunicación; cuando para fines del siglo XIX, el Valle de Aburrá era una de las zonas más inaccesibles de América Latina. Para el efecto, y eso lo vieron los impulsores de la industrialización, había factores positivos, como las fuentes hídricas y la abundancia de mano de obra. La minería, el inicio de la economía cafetera y la creación de un sistema bancario, aparte de la preparación metódica y académica de empresarios, abrieron el rumbo para la instalación de las primeras factorías. Sin embargo, ¿qué tuvo que ver la Escuela de Minas en el engranaje, diseño y culminación del proceso?

Sus estudiantes y egresados no

tomaron, como sería lo previsible, el sendero de las minas, sino que se encaminaron por la manufactura, la construcción, el transporte y la administración. A la creación del “modelo” se le aplicaron teorías contables, modos de administrar el tiempo, sistemas para elevar la productividad y una especie de “mística” del trabajo, mezcla rara de Taylor, Fayol y Ford, con encíclicas vaticanas y con tácticas y técnicas para el control y domesticación de la masa trabajadora.



Ingeniero Alejandro López

Quizá la investigación más importante en torno al modelo, sus precursores, diseñadores e instaladores, ha sido la del sociólogo Alberto Mayor Mora: *Ética, Trabajo y Productividad en Antioquia*, en la cual, en esencia, se basa este ensayo. El modelo en mención fue pensado y proyectado con fundamentos científicos, a los cuales, en vista de

los intereses y necesidades empresariales, se le sumaron ingredientes religiosos, metafísicos e ideológicos, en los que abundaron los mecanismos y artificios de control del ser humano trabajador, del obrero y de sus familias.

Entre los más connotados promotores del modelo estuvieron los hermanos Pedro Nel y Túlio Ospina, Juan de la Cruz Posada y Alejandro López, que, según James Parsons, el

mismo estudiado de la colonización antioqueña, fueron los hacedores del denominado “milagro de Medellín” que, en propiedad, comenzó en Bello. A la instalación de las primeras factorías, con estudios previos, planos, diseños y otros aditamentos, se le agregaron los modos de controles morales a los trabajadores, además de su condicionamiento (y acondicionamiento) a los ritmos laborales. Se trató de un extraordinario montaje para disciplinar al obrero y mantenerlo atado a la producción, para que se extasiara en ella y creyera que estaba en una especie de reino celestial. Los métodos utilizados hicieron que los “laburantes” asumieran que la fábrica era la sucursal de su casa (o su prolongación), o, de otro modo, su hogar. Es más, hubo momentos en los que parecía más importante la factoría que la residencia, que los hijos, que los tiempos para otros menesteres. Se puede advertir, como se verá más adelante, que hubo un proceso de profunda enajenación, el cual, pese a todos los controles y manipulaciones, se irá rompiendo.

La Escuela de Minas, cuyo lema era Trabajo y Rectitud, se propuso, además del desarrollo de los saberes propios de una institución educativa como aquella, la elaboración de especies de códigos morales y éticos que además cobijaran a los trabajadores. Creada para la previsión y dirección “racional” del desarrollo económico, la escuela tuvo laboratorios metalúrgicos, museo geológico, se empeñó en el montaje de fábricas y en la aplicación del taylorismo y el fayolismo, amén de la implementación de la contabilidad moderna, la ampliación de redes ferroviarias, la electrificación y los censos cafeteros. Era una mixtura de los dispositivos científicos y mecánicos para la instalación de diversas sedes

fábriles con los dispositivos morales que pregonaban la consagración del obrero al trabajo.

Para fines del siglo XIX, ya se tenía ubicado el lugar para la primera fábrica textil del Valle de Aburrá, en Bello, con planos del ingeniero Germán Jaramillo. La labor se interrumpió por la Guerra de los Mil Días y sólo hasta 1902, se retomó la construcción, adelantada por Juan de la Cruz Posada. De Inglaterra llegaron los husos y telares, en un viaje que, visto con los ojos de hoy, era una como epopeya de mar, río y tierra, con un final de etapa a lomo de mula. Esa primera fábrica textilera será también un punto de referencia para la instalación de otras (como Coltejer, en Medellín, en 1907; Rosellón, en Envigado, en 1911; Fabricato, en Bello, en 1923, etc.) y para la aplicación de lo que se conocerá como el modelo paternalista de la industria antioqueña, que en muchas ocasiones oscilaba entre lo benevolente y lo despótico.

A la par que los ingenieros de la Escuela de Minas avanzaban en la transformación económica y social de la región, la Iglesia católica, al mejor modo de los puritanos protestantes, emprendía una educación masiva de obreros, sobre todo a partir de la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, en 1891, para salirle al paso, en particular en Europa,

a las teorías marxistas. Armada de una doctrina social, la Iglesia irrumpió en las fábricas y fuera de ellas, con campañas que “contribuyeron a confiscar en beneficio de las empresas las energías físicas y psíquicas de los trabajadores”³. Simultáneamente con estas primeras manifestaciones de control del tiempo libre, tradiciones religiosas comunitarias (misas, retiros espirituales, culto a los santos) y otras expresiones, espontáneas o con premeditación, se trasladaron a las factorías procedimientos de control religioso, que convivieron con la “dirección científica” del modelo. Y en la medida que se aplicaron, a guisa de lavado cerebral, los trabajadores fueron identificando a la empresa como el lugar principal para sus existencias, para sus vidas atadas a la producción, como un sitio libre de tentaciones pecaminosas, de pérdidas de tiempo o de llamados a la resistencia y la reclamación.

No era raro, entonces, que además de los mecanismos enunciados para “tranquilizar” o “narcotizar” a los trabajadores, se acometieran campañas moralizadoras, se persiguieran los juegos de azar, el alcohol, los baños públicos —que a comienzos del siglo XX ya aparecían en Medellín, como el Edén, en lo que después sería el Bosque de la Independencia, y los de la quebrada

Santa Elena, en fin—, los burdeles, que pese a todo abundaban, y otras diversiones que podrían desviar a los trabajadores de su amor por el trabajo, de la perseverancia y disciplina en el mismo y de los compromisos con sus patrones.

Había que preservar la capacidad del obrero para el trabajo y la productividad. Para ello, además de las cruzadas moralizantes, se tejieron estímulos patronales, comportamientos como que el empresario o el gerente se mezclará en ocasiones, en los salones de producción, con los operarios. Como advierte Mayor Mora, de modo general, ingenieros e Iglesia católica coincidieron en “un modelo social decisivo para facilitar una rápida industrialización en Antioquia: la negación teórica y práctica, aun a costa de la rentabilidad de las empresas, de la lucha de clases como premisa para buscar el beneficio de una manera continua y pacífica”⁴.

3. Negación y enmascaramiento de la lucha de clases

El modelo empresarial antioqueño, cuya aplicación en forma se inicia con la Fábrica Textil de Bello y que se expande por las posteriores factorías, es la materialización de unas teorías administrativas, científicas y de planeación, que a su vez, se juntan con manifestaciones morales. La influencia de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, en la que buena parte de la élite antioqueña se educó, es imprescindible en la evolución del modelo, aunque, hay que señalarlo, no todos los empresarios egresaron de la misma. Hubo una vertiente de empresarios empíricos, pero, al igual que los otros, se beneficiarán de

las intervenciones doctrinarias de la Iglesia y de sus modos de ejercitar los controles. Además, unos y otros harán que los trabajadores crean que la fábrica es un templo, una extensión del hogar, un espacio imprescindible para la vida. La fábrica como nirvana.

La aparición de la Acción Católica, de la Legión de María, del patronato, de las ligas marianas y de un sin fin de organizaciones sociales católicas, entre las que están las filantrópicas, las de caridad, las que protegen la virginidad de las mujeres, etc., promoverán, en la medida en que el modelo industrial avanza, una educación obrera, basada en conseguir que los trabajadores desarrollen y cumplan sus compromisos, que sean fieles a las empresas y guarden obediencia a los patronos. Todo esto, como se infiere, está ligado a la “negación” de la lucha de clases, a la proscripción de organizarse los trabajadores en sindicatos que apelen a exigir mejores condiciones laborales. Es la implementación de un clima de presunta armonía para que la productividad sea alta, para que las ganancias sean pingües.

La fábrica, a su vez, creará condiciones para que la obrería no se resienta; para que se afineque una suerte de clima armónico entre el capital y el trabajo. Ya lo había

dicho el papa León XIII: “El asunto es difícil de tratar y no exento de peligros. Es difícil realmente determinar los derechos y deberes dentro de los cuales hayan de mantenerse los ricos y los proletarios, los que aportan el capital y los que ponen el trabajo”. El pontífice agregaba que era una discusión de riesgo por lo que, según él, de ella se podrían servir “hombres turbulentos y astutos para torcer el juicio de la verdad y para incitar sediciosamente a las turmas” (ver encíclica *Rerum Novarum*). Las élites empresariales acogen con fruición las recomendaciones de la Iglesia y las utilizan para esparcir por sus fábricas



Multitudinaria manifestación realizada en Medellín para apoyar a los huelguistas, la mayoría señoritas, de la Fábrica de Bello, en marzo de 1920. Foto de Benjamín de la Calle tomada del periódico *El Gráfico*.

el mensaje de la apacibilidad que debe reinar dentro y fuera de aquéllas.

De otra parte, es notorio el vigor de la educación de la élite empresarial, que sabe combinar el utilitarismo y el pragmatismo, con los métodos para armonizar sus relaciones con los trabajadores. Sin embargo, esto no significa que no mantengan su distancia, que ellos, pese a ciertas teatralizaciones, sigan siendo los de arriba. Por ejemplo, no es gratuito que miembros de la élite se dediquen al protocolo, a la divulgación de la urbanidad y el buen tono, casi siempre tomado de modelos franceses y, en general, extranjeros. Es célebre en ese sentido Túlio Ospina, que dice que la urbanidad y el buen tono son la “exteriorización de los buenos sentimientos innatos en la humanidad, es natural que sus leyes fundamentales resulten las mismas en todo el mundo, a lo cual contribuye la frecuencia con que se viaja en nuestros días”⁵. Es claro que los que viajaban eran ellos, los miembros de las élites. Un obrero escasamente se sabía el camino de la casa a la fábrica. Ospina advierte que la urbanidad es una de las maneras de resolver la “cuestión social”. Sin embargo, y he ahí el desprecio de la élite por los pobres y descamisados, dice que en el caso de los teléfonos “un joven o una persona de posición humilde no tiene derecho a llamar por teléfono,

para aquello que sólo le atañe personalmente a un anciano respetable o a una dama de alta posición”⁶.

Mientras los ingenieros de la Escuela de Minas eran educados para dirigir, crear empresa y aun para involucrarse en el manejo de la cosa pública, va surgiendo, de un lado, el nuevo hombre de negocios capitalistas, y, del otro, la formación de los cuadros de la burguesía industrial. Tenían instrucción económica, comercial, administrativa, contable; la separación entre el trabajo de dirección y el de ejecución, la consagración de jerarquías, el rechazo del modelo basado en el conflicto y la lucha de clases. También se planteaba la colaboración entre patronos y obreros, como una manera de evitar los conflictos.

Sin embargo, mucha de esta parafernalia se queda en la teoría, porque hubo patronos que la emprendieron contra los obreros, como pasó en la Fábrica de Tejidos de Bello, administrada y gerenciada por uno de sus propietarios, Emilio Restrepo Callejas, alias Paila. Sus comportamientos, de soberbia y autoritarismo, hicieron que hasta Carlos E. Restrepo se quejara de él. En 1907, anotaba en carta al industrial que le parecían muy numerosas las horas de trabajo de los obreros de Bello y “demasiado rígidas las condiciones en que lo hacen, especialmente si se mira al trabajo de las mujeres y de los niños y a las malas condiciones fisiológicas de nuestros trabajadores”⁷. El dirigente político temía que, por ese camino, vendría el anarquismo como consecuencia forzada y “de ello es buena prueba los conatos de huelga de que U. habla, y que empiezan con nuestra primera fábrica”. Como

se sabe, trece años después de esta epístola, los obreros —y especialmente, las obreras— de la compañía, protagonizaron la primera huelga en Colombia, liderada por la bellanita Betsabé Espinal.

Igual, al señor Paila poco le importaron las reconveniciones de Carlos E. *En la Historia de los textiles en Antioquia*, de Enrique Echavarría, citado por Hernán Darío Villegas, se dice que un joven contemporáneo de aquél,

dice, también recompensaba por la “buena asistencia al trabajo”. Se recuerda que en la huelga de 1920, originada entre otros aspectos por el acoso sexual de los capataces a las obreras, se logró disminuir las multas y derogar la arbitraria orden sobre los zapatos.

4. La finca de los trabajadores



La huelga de señoritas de la Fábrica de Bello marcó un hito en la historia obrera colombiana: fue la primera huelga en el país, protagonizada por las obreras lideradas por Betsabé Espinal. Foto tomada del periódico El Gráfico

advertía que “Don Emilio” manejaba su fábrica con métodos dictatoriales, embebido por el principio de autoridad, aquel de “el que manda, manda”. Además de calificarlo como un hombre excéntrico y raro (se exhibía en sus coches de lujo), un día —agrega el joven— le dio por dar una orden: “que ninguna obrera se presentara calzada”. También impuso un régimen de multas para los que llegaran tarde, aunque, según se

Los empresarios, que ante todo buscaban obtener rentabilidades interesantes de sus fábricas, para evitar enfrentamientos y mantener una atmósfera apacible en las mismas, se preocuparon por cierto nivel de bienestar de sus trabajadores. Una de las intenciones era la de evitar huelgas y protestas. Es decir, no dejar prosperar lo que los marxistas llaman la lucha de clases.

Esto había que camuflarla. Para el efecto había muchos mecanismos, no sólo de estímulos económicos, sino la presencia de imágenes religiosas, de misas campales, de capillas y capellanes y de publicaciones que llamaban al buen comportamiento y a mantener “las buenas costumbres”. Y las buenas costumbres, al parecer, no tenían nada que ver con alzamientos,

“para que la memoria no se olvide”

desobediencias y expresiones de descontento con las jornadas laborales o cosa similar.

Ya el ingeniero Alejandro López, uno de los cerebros para la creación e implementación del modelo, para la elaboración de asuntos sociológicos, para la planeación de vías, para la construcción de obras como el Túnel de la Quiebra, en fin, había dicho que las relaciones obrero-patronales debían basarse en el afecto mutuo, con el fin de obtener los mejores resultados materiales. Ya transitaba en la mentalidad el cuento de los valores religiosos, como la sobriedad, la honradez, la piedad, el compromiso laboral. Periódicos, octavillas, retiros y ejercicios espirituales, catequesis, todos las posibilidades de divulgación y promoción de la moralidad, llegaban hasta los trabajadores. Para los primeros años del siglo XX se extendía como una avalancha incontenible la nueva disciplina, la vigilancia en el trabajo, los estímulos en metálico, la creencia general del trabajo como una virtud. Además, hacía carrera la imagen del patrón como un padre, como alguien muy laborioso, digno de admirar. Y de respetar. La nueva cultura advertía, además, que el trabajo era como una manera de la devoción. Y que con el salario, según León XIII, los obreros podrían, como producto del ahorro, hasta comprar

una finca “con lo que puede asegurarse más su manutención”. Para el papa, en su encíclica precitada, la finca no era más que el mismo salario “revestido de otra apariencia”. Y todo esto para el vicario decir que los “socialistas empeoran la situación de los obreros todos en cuanto tratan de transferir los bienes de los particulares a la comunidad”. Gajes de la propiedad privada.

Dentro y fuera de las fábricas, se intentaba establecer o preparar gente muy obediente, cumplidora de los deberes religiosos y laborales, que por ningún motivo se fueran a desviar del camino señalado. ¿Señalado por quién? Por la Iglesia y los empresarios. La disciplina era una de las claves para moldear comportamientos. Hasta las campanas y su lenguaje sonoro actuaban como una señal para apaciguar el rebaño. Los pitos de las fábricas, que fungían como relojes para la comunidad, llamaban a la jornada, a su inicio, a su finalización. Se volvían imprescindibles, como si se tratara de una convocatoria sagrada. Quizá más de un obrero, al escucharlos, se creía tocado por la gracia divina, o se sentía orgulloso de estar practicando la gozosa virtud.

Además, el tiempo sacro, el tiempo mejor, era el dedicado a la fábrica. El tiempo adquiría en ella otro valor, una representación sublime, un símbolo de bienestar. Había que calcular los rendimientos. Había que aplicar medidas, llevar la “ciencia al obrero”, estudiar métodos de rentabilidad y productividad. Era la mezcla capitalista del progreso y la explotación. Y todo esto adobado con los dispositivos morales. Parecía, entonces, haber una sacrosanta alianza entre el modelo empresarial y los discursos

religiosos. Entre la racionalización del trabajo y las maneras de extraer la mayor plusvalía. Y en medio de todo, había que controlar el tiempo libre de los trabajadores. Entre menos se distanciaran de la fábrica, mejor.

Sin embargo, los empresarios, a su turno, sí podían tener diversiones, viajar, establecer sus clubes exclusivos, aplicar la etiqueta. Había que prepararse no sólo para la administración y todo lo concerniente a la producción y los costos del trabajo, sino para el ejercicio de la sociabilidad, en sus lugares de encuentro como El Campestre y el Unión. Por eso, los manuales de urbanidad y buen tono, cómo coger las copas, cómo disponer las mesas de té, cómo tomar un buen vino, cómo colocar los cubiertos en la mesa. Y mientras tanto, ¿un obrero de estas latitudes sí

podría comprar una finca?

5. Las muchachas de las fábricas

En los primeros años, las fábricas antioqueñas dependieron en general de la mano de obra de muchachas procedentes del campo. Entre 1916 y 1928 la proporción de las obreras textiles que venían de fuera de Medellín aumentó del 50 por ciento al 71.9 por ciento, según lo afirma Mayor Mora. Algunas de ellas, sin embargo, ya tenían experiencias en establecimientos "semifabrilés" como las trilladoras de café o manufacturas de alimentos. Las obreras tenían características de subordinación, trabajo delicado y constante, y



Escuela Nacional de Minas de Medellín, fundada en 1888. Tuvo entre sus sedes la que aparece en la fotografía de 1924, situada en El Palo con Echeverri

disciplina. Al principio, no obstante, hubo que esperar a que adquirieran los nuevos hábitos y la nueva disciplina. Por eso, los empresarios vigilaban, imponían multas, estimulaban en billete, pero también apretaban las clavijas, según el caso.

De todos modos, y pese al sometimiento a las normas morales y laborales, las mujeres no eran tan subordinadas ni tan sumisas. La prueba la esgrimieron las obreras de la Fábrica de Bello, en la famosa huelga de 1920. Asimismo, la presencia en el Valle de Aburrá de muchas fábricas, incentivó la movilidad obrera, sobre todo femenina. Además, muchas mujeres prefirieron buscar trabajo en las factorías que dedicarse al servicio doméstico, como bien se lee en la novela *La mujer de cuatro en conducta*, de Jaime Sanín Echeverri: “Con el aliciente de las fábricas, ya las domésticas empezaban a escasear en Medellín”⁸. A propósito, esta obra muestra las vicisitudes de una mujer campesina (Helena Restrepo) que llega a la ciudad y pasa por todos los estados de miseria y postración, desde sirvienta, obrera, mendiga y puta, hasta convertirse en monja en sus postrimerías, en una Magdalena irredenta, pero tal vez santa.

Sin embargo, el modelo empresarial condenaba a las obreras al solterismo, les negaba la posibilidad de ser

madres, un asunto que en la cultura antioqueña es parte fundamental de los valores y de la estabilidad de la familia. Además, en los albores de la industrialización, las jornadas laborales eran de más de once horas y, según una crónica del periódico *El Obrero*, las mujeres estaban desde muy temprano “hasta rayarse el sol de la tarde” en la fábrica: “con un mal desayuno y un peor almuerzo, quizás sin ningún bocado en los labios, viven corriendo, llueve que truene, desde barrios distantes, para llegar a tiempo al trabajo; pues unos pocos minutos de retardo, les cuesta merma y rebaja del salario [...] o una pena de multa como se les aplica a los delincuentes”⁹.

Para las empresas, las mujeres embarazadas eran una perturbación de los procesos industriales y la crianza de hijos constituía un impedimento en el trabajo fabril. Por eso, factorías como Fabricato, preferían las solteras “hábiles, con gran disciplina de trabajo y poco exigentes a nivel salarial” y, por otra parte, la vida privada de las obreras no debía alterar su rendimiento. Por eso, “el rechazo al empleo de mujeres casadas cuyos compromisos familiares podían interferir con su trabajo y el rechazo simultáneo al empleo de mujeres embarazadas”¹⁰.

De todos modos, las obreras antioqueñas no eran, en general, tan dóciles y cabizbajas. Por ejemplo, las mencionadas de la Fábrica de Bello, se alzaron en huelga menos por problemas salariales que por otros líos, como el represivo sistema de multas, las normas disciplinarias autoritarias y la promiscuidad promovida por algunos empleados, tanto que la empresa estuvo a punto de convertirse en un centro de inmoralidad sexual, propiciada por el director



Coltejer, fundada en 1907, en el sector de La Toma, en Medellín, se convirtió, con los años, en la principal textilera de Colombia.

general y algunos de sus subalternos.

Betsabé Espinal, la dirigente más destacada del movimiento, al explicar a periodistas los motivos de la huelga, culpaba a los que ella denominó “tres caciques”: Jesús Monsalve, Teodulo Velásquez y Manuel J. Velásquez, que, por sus persecuciones, habían “arrojado a los abismos pavorosos de la prostitución a varias de las obreras”. Las trabajadoras, a las que se les imponían multas considerables e injustas, cedían ante las peticiones o chantajes del “sátiro bestial”. Se asegura en la misma publicación, que Emilio Restrepo Callejas, consentía “a sabiendas estos crímenes que Velásquez ha verificado en los mismos salones de la fábrica”¹¹.

De esa manera, muchas trabajadoras no sólo eran

sometidas por los empresarios a jornadas inhumanas y a la negación de la maternidad, sino que eran objeto de ataques sexuales y otros acosos de parte de vigilantes y supervisores. Confiscadas por el trabajo y las normas morales, no tenían vida social y de la fábrica iban “derechito” a la casa y de ésta, otra vez a aquella. El tema de la armonía y de los afectos mutuos en las empresas, no pasaba de ser una consigna demagógica y utilitarista.

6. De los patronatos y el Corazón de Jesús

En las fábricas se establecieron,

“para que la memoria no se olvide”

además de los controles propios de la producción, la disciplina y los comportamientos, diversos dispositivos para la vigilancia y la regulación de conductas. Se instituyeron, aparte de los contenidos y mensajes religiosos, fiscalizaciones políticas. Con la fundación de las primeras factorías también nacieron las formas de disciplinar en distintos aspectos a los trabajadores y, en particular, a las trabajadoras. No es extraño, entonces, que a principios del siglo XX surgieran los patronatos, instituciones que combinaban con habilidad los incentivos religiosos con los estímulos temporales.

El Patronato de Medellín, creado en 1912, era una respuesta a la creciente industrialización. Era necesario, según la Iglesia y los dueños de las empresas, alejar del vicio a las jóvenes obreras e implantar y consolidar en ellas la moral cristiana. Los jesuitas de la Acción Católica se dedicaron a ejercer el cuidado sobre las conductas de aquéllas, tanto dentro como fuera de las fábricas. Había que propiciar las devociones y establecer normas virtuosas. Se dictaban conferencias religiosas, se discurseaba sobre la sumisión, la dependencia, la disciplina y el orden, como factores propios del trabajador y, en particular, de la mujer.

Había que controlar los tiempos de

trabajo y, más que estos, los tiempos libres. Estos debían dedicarse a las prácticas piadosas, las misas, las confesiones y comuniones, la lectura de textos religiosos y “edificantes”, los retiros espirituales. A la fábrica se trasladaban los símbolos y tradiciones católicos y se entronizaba al Corazón de Jesús. En los salones fabriles dominaba esta imagen, como si se tratara de otro vigilante, de otro capataz. Al patronato también ingresaban muchachas para ser preparadas en la disciplina del trabajo. Las que allí estaban tenían, por supuesto, mayores posibilidades de entrar a las fábricas. Eran como especies de agencias de empleo, con conductismo incluido.

Los patronatos tenían su sección de propaganda, que fomentaba la llamada “buena lectura” y contrarrestaba los “efectos perniciosos” de la mala prensa. Se recomendaban las encíclicas y los folletos y revistas de “sana lectura”. También tenían sus dormitorios y restaurantes, con la presencia de monjas que se encargaban de cuidar al rebaño y pastorearlo. En esos espacios también se cacareaba acerca de que para el obrero, la empresa debía ser una auténtica unidad de afectos y sentimientos, a la cual el trabajador debía dedicar con devoción su vida. Había veladas artísticas, rifas, reuniones musicales, aguinaldos y otras diversiones, que alejaran a las obreras de las emociones de la carne y las activaran para el trabajo.

El patronato también tenía la función de control político. Había que salirles al paso a las nuevas ideas, a las influencias de la Revolución Mexicana, de la Revolución de Octubre, de los nuevos prototipos de la mujer (en la década del veinte, en el mundo las mujeres ganan

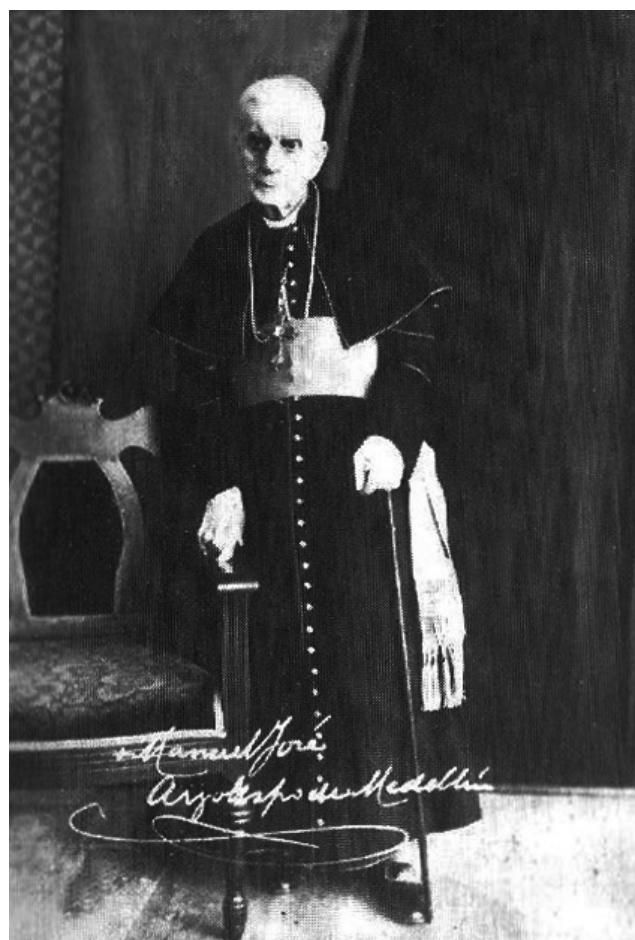
espacios, fuman, surgen los cabarets, los grandes bailes, el charlestón, las modas más atrevidas...). En él se desviaban los objetivos y la historia internacional del Primero de Mayo, con paseos, misas campales, concursos. Había que alejar a los trabajadores de ideas “dañinas” y mantenerlos atados a su amado yugo.

La huelga de la Fábrica de Bello, motivó a los patronatos a estar más vigilantes con las mujeres. Por eso, Fabricato corrió a montar uno a fin de establecer más controles y de evitar movimientos contestatarios. Jorge Echavarría fundó una escuela nocturna, puso dormitorios anexos a la empresa, con lo que pretendía garantizar la vigilancia sobre las obreras solteras. Igualmente, erigió un restaurante y diversiones musicales, quizá con la pretensión de que las obreras no se fueran a otras partes. Fabricato llevó comunidades religiosas (las monjas de La Presentación), organizó una capilla y arreó a los trabajadores por los caminos señalados por los sermones y las homilías.

A su vez, Echavarría, educado en Estados Unidos, también aplicaba la racionalización de la producción, las ratas de eficiencia de las máquinas y los sistemas de costos. Ciencia y religiosidad, productividad y devoción, parecían ser sus consignas. No era extraño ver al empresario, sobre todo en ciertas festividades, mezclado con sus obreros. Eso era parte de la imagen. Entregar regalitos, dar palmaditas en el hombro, felicitar a un trabajador por algún logro familiar

o productivo, en fin, era una manera de mantener contento al personal. Asimismo, las empresas pensaron en la vivienda obrera, en particular porque les interesaba hacer barrios cercanos a las fábricas.

En la segunda década del siglo XX, se ofrecían lotes o solares para que “los



Monseñor Manuel José Cayzedo

obreros de la Fábrica de Tejidos de Bello pudieran construir su ‘casita’... en calles anchas y planas, con cuotas semanales de 50 centavos. Se agrega a manera de gancho publicitario: ‘su hijita de 12 años trabajando en la fábrica puede pagarla’¹².

El modelo empresarial antioqueño, además, buscó que los trabajadores creyeran, no sólo en sus patronos, sino que asumieran como sinónimos el éxito personal y el de la empresa. Las preocupaciones por resolver problemas de vivienda, salud, educación y alimentación de los obreros estaban emparentadas con el aumento de la productividad. Si el trabajador se siente bien, produce más. Los estímulos salariales también estaban conectados con el consumo, en especial de los mismos productos de sus fábricas. El paternalismo, entonces, era la manera, a veces sutil, a veces evidente, para que los empresarios lograran más utilidades. Amor con uñas, decían las señoras de antes.

7. Prohibiciones y otras censuras

Al modelo, como se ha visto, se le agregaron los elementos para que la fórmula resultara perfecta. Al lado del empresariado, estaban los procedimientos y las jerarquías religiosas. Había que ejercer control sobre los cuerpos y sobre las almas. La mente de los trabajadores no podía cabalgar hacia territorios prohibidos y peligrosos. Desde los tiempos del arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, el mismo que dijo que el liberalismo era pecado, en la

ciudad se respiraban olores a sotana y aires de exclusión. Después, monseñor Manuel José Cayzedo, que estuvo casi treinta años como arzobispo de Medellín, afinaría la puntería para las prohibiciones, el cuidado de las ovejas y el mantenimiento de lo establecido.

Tutelar la moral, meterse en lo más hondo de la gente para escarbarla, era una función de la Iglesia. Cuando Rafael Uribe Uribe publicó un alegato sobre cómo el liberalismo político de Colombia no es pecado, de inmediato le cayeron las censuras. El 11 de octubre de 1912, el arzobispo Cayzedo proscribió y condenó "el



Procesión del Corazón de Jesús en Medellín. Los mecanismos de control religioso para los trabajadores se expresaron con creces en los primeros treinta años del siglo XX.

opúsculo". En 1914, los conceptos de Cayzedo y de monseñor Herrera Restrepo fueron ratificados por la Sacra Congregación del Índice, "siendo así

el único libro de autor colombiano que alcanzó a quedar inscrito allí”¹³.

A los patronatos, correccionales, escuelas cristianas y legiones diversas, se sumaron las censuras eclesiásticas, como un modo de mantener alejados a los católicos de perversiones, malas lecturas y mala prensa. Por eso, en la medida en que se apoyaban publicaciones como *El obrero Católico*, se proscribían periódicos como *El Bateo*, *La Fragua*, *El Combate* y *Alpha*, y para eso estaba no sólo el báculo sino la voz de monseñor Cayzedo. Su injerencia llegaba hasta las materias que se dictaban en la Universidad de Antioquia, especialmente en la Facultad de Derecho, donde, según el jerarca, había muchos anticlericales. “Los miembros del Consejo de la Universidad, costeada con dineros de los católicos, que han nombrado catedráticos de ideas anticatólicas, son responsables de que se estén pervirtiendo los jóvenes que asisten a esas asignaturas”¹⁴. Más se demoró en decirlo. La Universidad despidió a cuatro profesores.

Se recuerda que en 1919, el prelado condenó y reprobó la tesis del estudiante de Derecho Fernando González (intitulada *Una tesis*), porque, según él, estaba plagada de herejías y errores contra la fe católica. Había un control y repudio hacia todo lo que oliera a asuntos distintos a los lineamientos de la Iglesia. Para ello se iban estableciendo juntas de censura y clasificaciones morales de libros y películas. Al mismo tiempo, monseñor Cayzedo llamaba a que los católicos tenían la obligación de “apoyar y mantener los periódicos católicos, suscribiéndose a ellos, dándolos a conocer, buscándoles suscriptores y ayudándolos con dinero”.

Pero, pese a todos los controles y censuras, pese al paternalismo empresarial y a la profusión de instituciones encargadas de la moralidad, al Valle de Aburrá llegaron nuevas ideas, libros, músicas profanas, otras literaturas, que, junto al aumento de espectáculos y diversiones, fueron rompiendo el cerco tendido por los dueños de la moral.

8. Romerías, huelgas y cantinas

Los discursos moralistas, los ágapes en los patronatos, las intenciones de controlar el obrerismo mediante publicaciones y otros rituales, se fue desvaneciendo de a poco, debido, de un lado, a la entrada de ideas distintas, de grupos de estudio, de logias y gentes contestatarias, y, del otro, al incremento de sitios de regocijo, zonas de prostitución, espectáculos fuertes y licenciosos, y a las nuevas sociabilidades en bares y cantinas. Comenzaron las resistencias a la disciplina de fábrica, las sediciones políticas y un llamado “relajamiento moral” de los sectores populares y de los trabajadores. *El Obrero Católico* comenzaba a preocuparse por los embriagados y el florecimiento de tabernas.

Además, la aldea en trance de ciudad, que tenía chimeneas y telares

modernos, que tenía pastores y legionarios, se proponía nuevas emociones, en particular en las zonas de tolerancia, que desde los años veinte se expandían por Medellín hasta llegar, veinte años después, a tener nueve de ellas, muy grandes y reconocidas. La principal era Lovaina, vecina del cementerio de los ricos y del barrio de la élite, Prado, con sus madamas exquisitas y sus caserones de lenocinio bien cuidados.

La rumba, los sitios públicos de baile, los paseos populares, las romerías a las quebradas de Santa Elena, de La García y de El Hato en Bello, o a los baños con cantina de Robledo, marcaban un ritmo distinto al de las misas y los trisagios. Y buena parte de los asistentes a esos lugares que para los moralistas eran de “perdición”, eran los trabajadores. Y, en cualquier caso, los controles sociales ya no daban para refrenar las ganas y los alborotos.

Fue así como, a la par, comenzaron las expresiones de descontento laboral, los mecanismos para irse desprendiendo de patronatos y “padres” de la industria. Así estallarán huelgas en Coltejer (1935) y Rosellón (1936), cuando los trabajadores se oponen a las disciplinas industriales y a los controles administrativos. Saben que tienen derechos y que pueden reclamar. La huelga de Coltejer

desató en Medellín un paro cívico, con respaldo de comerciantes y habitantes de los barrios obreros. Un aspecto llamativo fue la participación de las obreras, en especial en la preparación de los almuerzos de los demás huelguistas. Estos movimientos fueron rompiendo la “dependencia” que se fundamentaba en la mutua confianza entre patrón y obrero.

Claro que lo anterior no quiere decir que la Iglesia, los empresarios y los legionarios disminuyeran sus actividades. La prensa católica la tomaba contra los trabajadores dísculos y los convocabía a las diversiones honestas. Al tiempo, condenaba espectáculos de baile y compañías de visita, por los desnudos que presentaban. La censura se convirtió en el arma predilecta y *El Obrero Católico* era la voz del ángel castigador contra esa especie de sucursal de Sodoma y Gomorra en la que se estaba convirtiendo Medellín.

Pero hubo un aspecto más preocupante que la misma censura: la aparición de un oscuro “terrorismo religioso”, de fundamentalismo que pretendía asimilar como soldados a los feligreses. No era raro, por ejemplo, que en el Patronato de Fabricato se exhibiera el Santísimo, como un modo de disuadir a los trabajadores a irse a cantinas y sitios de juerga. Ante la desobediencia masiva, dirigentes, como José María Bernal, o Chepe Metralla, que había sido alumno de Alejandro López en la Escuela de Minas, enrojecieron ante la indisciplina social obrera: “No es cristiano el obrero que, a cambio del salario convenido no rinde la cantidad de trabajo que honradamente debe rendir”, o que olvidando la *Rerum Novarum* “ataca y destruye la propiedad de su patrono, que exige con violencia

antes que con razón y con justicia, lo que cree pertenecerle”¹⁵.

Y volviendo al “terrorismo religioso”, es bueno analizar lo que Fernando González advierte en su *Don Miróctenes*, cuando describe a las juventudes católicas, herederas del pensamiento de León XIII, como desafiantes y fundamentalistas: “Estos jóvenes son soldados, tienen actitudes de ataque. Lo mismo es la prensa católica, hiriente. Lo mismo las congregaciones de obreros, ofensivas. Es una lucha militar, pasional, contra lo que llaman ellos *el mal y los malos*”¹⁶.

Y, en efecto, ante el avance de ideas diferentes, de posiciones reivindicativas para los trabajadores, las “milicias” católicas parecían reclutadas para ir a la batalla, no ideológica, sino cuerpo a cuerpo. No es extraño que en los tiempos de La Violencia, muchos enajenados atacaran y mataran al grito de ¡Viva Cristo Rey! En 1944, cuando ya existían por ejemplo centrales obreras liberales y algunas organizaciones comunistas y socialistas, monseñor Miguel Ángel Builes les decía a los obreros: “Son ustedes un grupo, un ejército, iba a decir, de valientes, que están resueltos a todo, aun a la muerte si es preciso, en defensa de nuestras tradiciones cristianas, tan rudamente atacadas hoy día por los sin Dios”¹⁷. Esto sucedió cuando los trabajadores de Coltejer adhirieron, mediante un manifiesto, a las autoridades eclesiásticas por ataques de que habían sido objeto de parte de sindicalistas y socialistas.

El modelo paternalista, o patriarcal, de los industriales antioqueños fue perdiendo cartel, sobre todo porque sus controles, unidos a los

de la Iglesia, fueron cada vez menos aceptados por los trabajadores, y porque, sobre todo después de la década del sesenta, los cambios de paradigmas anexados a las crisis de las textileras y otras empresas, van a dar al traste con muchas compañías. Los mercados ganados por los norteamericanos y las aperturas económicas, unidas en los ochenta y noventa al modelo neoliberal, terminarán para siempre con esas fábricas, que para muchos eran como una representación divina, tal como ocurría en Bello, en donde durante muchos años se dijo: “¡Dios y Fabricato!”.

9. Epílogo

El modelo empresarial antioqueño, tan alabado, tan puesto en la cumbre del emprendimiento y la inteligencia, del pragmatismo y la racionalización de recursos, constituyó, desde lo mental e ideológico, un monstruo que mantuvo alienados a los obreros. Sus métodos, sus puestas en escena, su urdimbre de mecanismos de control, como una suerte de panóptico, iban, en esencia, contra la dignidad del trabajador, contra su libertad y capacidad para escoger, para deliberar. El monstruo fue creado por empresarios con aportes significativos de la Iglesia. Una alianza de razón y fe. Había que darles de pastar a las

ovejas, acariciarlas de vez en cuando, mantenerlas sin acechos de lobos. Sin embargo, los lobos estaban de ese mismo lado. Y todavía aúllan. ¿Cuántas caperucitas cayeron en su cuento?

10 Arango, Luz Gabriela. *Mujer, religión e industria Fabricato 1923-1982*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1991, p. 48.

11 Villegas, Hernán Darío. Op. Cit., pp. 190-191

12 Botero, Fernando. Barrios populares en Medellín, 1890-1950. En: Historia de Medellín, Tomo I. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros, 1996, p. 357

13 Bronx, Humberto y Pbro. Piedrahita, Javier. *Historia de la Arquidiócesis de Medellín*, 1932, p. 102.

14 Ibíd., p. 102

15 Mayor, Alberto. Op. Cit., p. 317.

16 González, Fernando. *Don Mirócletes*. Medellín: Editorial Bedout, segunda edición, s.f. p. 89.

17 Mayor, Alberto. Op. Cit., p. 334.

Referencias

1 Brew, Roger. *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2000, p. 1.

2 Ibíd., p. 19

3 Mayor, Alberto. *Ética, Trabajo y Productividad en Antioquia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, reimpresión abril, 1996, p. 19.

4 Op. Cit., p. 20.

5 Ospina, Tulio. *Protocolo Hispanoamericano de la urbanidad y el buen tono*. Medellín: Editorial Félix de Bedout e hijos, Tercera edición, 1910, p. 3

6 Op. Cit., p. 175

7 Villegas, Hernán Darío. *La formación social del proletariado antioqueño*. Serie Autores de hoy Concejo de Medellín, 1990, p. 182.

8 Sanín, Jaime. *La mujer de cuatro en conducta*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1995, p. 118.

9 Periódico *El Obrero*. La ley del Embudo. Villegas, Hernán Darío, Op. Cit., p. 160.

Las caras del tiempo durante la industrialización antioqueña



Por Sergio Espitaleta

Resumen.

El artículo contextualiza, en términos culturales, el fenómeno antioqueño y específicamente del Valle de Aburrá, hacia finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, cuando una gran transformación significativa en los modos de concebir el tiempo y las prácticas sociales, tiene lugar bajo la influencia mayúscula del inicio y consolidación del mundo industrial y sus propuestas de domesticación, moralización, control y nuevas consideraciones históricas de lo que significa el tiempo en espacios de ciudad, cuyos nuevos reflejos atraen otras visiones y promueven conductas carentes de identidad y de consistencia cultural.

Palabras clave. Representación del tiempo, máquinas y disciplina, tiempo y trabajo, tiempo cultural, tiempo moral, tiempo y lenguaje, disciplinas y placeres.

"Bajo diversas formas, el tiempo es la tela de la historia"

Jacques Le Goff

1. Los trabajos y los días

El tiempo, si no me lo preguntan, sé lo que es, pero si me lo preguntan no sé qué es, decía San Agustín. ¿Cómo definirlo y para qué? Más allá de declarar que la pregunta por el tiempo es histórica y de que son los hombres los que se interesan por la historia, es necesario preguntarse por qué el tiempo tiene rasgos humanos según la historia. O lo que puede ser igual, por qué no sólo cambian los tiempos sino las caras de ellos. Los tiempos según la historia, tienen formas

distintas ¿O serán los hombres que lo miden? La medida del tiempo es la medida de la cultura. El tiempo se mide según la simbología de las acciones humanas, según sus convicciones, siempre tan cambiantes. Preguntaba el autor del Eclesiastés ¿Qué provecho tiene el que trabaja de aquello en que se afana? Y a su vez, afirmaba que todo lo que hace el hombre tiene su tiempo y es vano. Los dioses griegos, se dice, no vieron mayor castigo para Sísifo que condenarlo en los infiernos al trabajo eterno e inútil, haciéndole subir una piedra día tras día, la misma que dejaría rodar luego para volver de nuevo con su carga. Y en el siglo XX, Camus diría en su ensayo sobre el mito de Sísifo, que no hay peor tortura para el hombre moderno que la conciencia del trabajo inútil que realiza. La modernidad capitalista creó el sinsentido del tiempo del trabajo para la ganancia del patrón, y de paso, formó, según Marx, la alienación por el

trabajo en el obrero. O lo que el historiador inglés E. P. Thomson llamó la disciplina o economía del tiempo industrial, que no es otra cosa que la conversión del tiempo en oro, en dinero para el empresario. Y ese ritmo industrial que lleva su tictac, impone las domesticaciones del tiempo, del trabajador y de la sociedad.

Desde que a finales del siglo XVIII la corona española y específicamente la Casa Borbónica, tomó el mundo de ultramar americano como una empresa que podría racionalizarse mucho más en su explotación y que podría emular y superar a los ingleses en sus pretensiones hegemónicas en el dominio comercial e industrial, se inició un registro y un examen minucioso de todo lo que podría mejorarse en sentidos productivos y de lo que podría incluirse como relación nueva dentro de los ordenamientos jurídicos, comerciales, agrícolas y mineros; además de las instancias religiosas, morales, técnicas y educativas, entre otras. Se trataba de intervenir el cosmos colonial bajo presupuestos diferentes a los que rigieron durante un poco más de trescientos años y por supuesto, de aumentar los ingresos fiscales de España.

El tiempo colonial tenía unas formas naturales de concebirlo según las prácticas productivas, aunque otras pertenecían y se representaban culturalmente, según los hábitos morales, religiosos o un tanto paganos. Por ejemplo, para los pueblos de consistencia agrícola era necesario ajustarse a ritmos como los del tiempo cósmico o natural en los sentidos de las lluvias, las fases de la luna, las sequías, las jornadas diurnas de doce horas que ligaban con aspectos rituales y religiosos o con festividades según el



Cronos (Saturno) devorando a sus hijos. Rubens.

calendario católico de días sagrados, de navidad, año nuevo o semanasanta. Y que regulaban o medían de acuerdo con las propuestas consuetudinarias de la demarcación del amanecer, el mediodía o la entrada de la noche. No tanto así los pueblos portuarios o ribereños que medían sus tiempos en términos de las subiendas, según el clima o los ritmos del mar o de los ríos ya en sequía o ya en temporadas de lluvia. La domesticación del tiempo correspondía a los ritmos naturales

y se registraba en las prácticas sociales. El tiempo de la cotidianidad colonial hogareña estaba marcado por dos actividades imprescindibles: rezar y comer. Tanto el alimento del alma como el alimento del cuerpo señalan el sentido del tiempo en el hogar en las sociedades coloniales. “No se decía ‘al despuntar el alba’ o ‘como a las siete de la mañana’ sino ‘después de la primera oración’ ”¹.

Hacia 1776, el gobernador de la provincia de Antioquia, Francisco Silvestre, preparó una relación para su sucesor Cayetano Buelta, en la que señala múltiples diagnósticos y propuestas sobre la región y sus habitantes. Según el gobernador Silvestre, los vecinos tienen una inclinación a litigar, producto de su larga costumbre de oír cláusulas de peticiones y de una imaginación que les lleva a exponer reservadas mañas y astutas malicias.

Sobre el comercio de los antioqueños en esta época, dice que es pasivo por la falta de caminos o por los malos y pocos que posee. Y que sus habitantes solamente se dedican a sembrar lo que necesitan para el año para no trabajar inútilmente. De tal suerte que cuando la casualidad de los tiempos hace perder lo que siembran, pasan hambres aunque suelen contentarse con una mazamorra de maíz o algo de fríjol, puesto que

los que comen carne salada y seca al sol, son muy contados². Según las informaciones que recibió el gobernador Silvestre, en las regiones de Rionegro y Santa Rosa de Osos, “hay mucha vagancia y vagabundería, y algunas minas tienen vagabundos y hasta reos y desertores y... el juego de naipes, bolicha, maíz negro, chumbimba y otros”³.

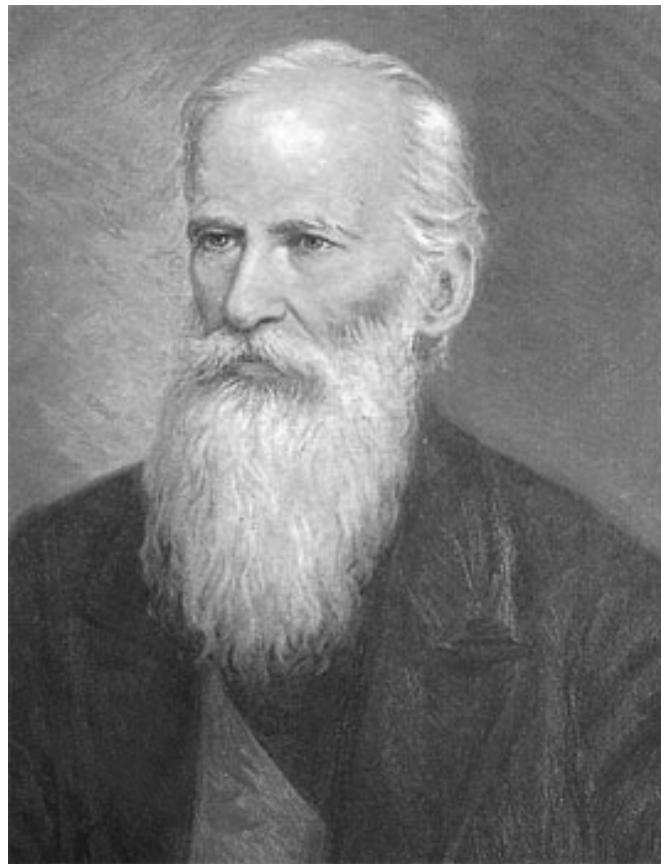
Pero como de lo que se trataba era de que toda esta población flotante de vagos, reos, desertores, jugadores, seres sin tierra, ociosos, ladrones, pordioseros, etcétera, se vincularan al mundo civilizado y productivo, el gobernador y, en general, los virreyes y la Corona, habilitaron y promovieron las fundaciones de nuevos poblados y de nuevas villas. Fue este el primer paso de lo que más adelante se llamaría la colonización antioqueña.

En esta época de finales del XVIII y principios del decimonónico, previa a la formación de la república, la legislación española empezaba a señalar las llamadas virtudes del trabajo, del pastoreo, del mazamorreo y de la labranza de la tierra. Se empezaba a mirar con ojos de exterminio y exclusión a quienes no se ligaban a los órdenes de la productividad o de la rentabilidad. El tiempo para el trabajo condicionaba la calificación de la honestidad y de la vida virtuosa; el trabajo pasaba de concebirse como castigo a entenderse como elemento de bondad social. Los inadaptados a la vida del trabajo o los inestables para los oficios, o simplemente los pobres, deberían ser perseguidos y tratados como delincuentes porque no aportaban riqueza ni a Dios ni al rey, las llamadas “Dos Magestades” del mundo colonial; por tanto, aquellos que entraran en

las categorías de vagos, ociosos o malentretenidos, podían ser conminados a trabajos forzados de obras públicas o concentrados en un lugar como condenados, a manera de delincuentes⁴.

2. Libertad para el trabajo

Una vez alcanzada la independencia de España en el siglo XIX, Colombia mantuvo sus frentes mineros y su productividad colonial a pesar de la inestabilidad política que mostró durante toda la centuria desde la Gran Colombia, llamada así por Bolívar, hasta que termina el siglo con la última de las ocho grandes guerras civiles que sufrió, la llamada de los Mil Días. Hasta mediados del siglo, el nuevo Estado mantuvo las características jurídicas, comerciales, fiscales y comerciales que el imperio español había establecido. Por ejemplo, los monopolios de la tierra y su impedimento a la libre comercialización creaban obstáculos para quienes querían enajenarla. Los resguardos indígenas, las tierras comunales o ejidos se mantuvieron y el sistema de castas o clases sociales continuó esencialmente como en la colonia con sus consecuencias de exclusión y de desigualdad legal y de representación. Inclusive la esclavitud se mantuvo hasta después de mediados del siglo. La Iglesia sostuvo sus privilegios en el patronato republicano y el ejército conservó su estructura firme y jerárquica según se había consolidado desde el ejército libertador.



Retrato de Mariano Ospina Rodríguez.

Las reformas para el desmonte del estado colonial en Colombia llegaron cuando en Europa estaban triunfando las revoluciones burguesas, se estaba afianzando la revolución industrial en Inglaterra y se publicaba el Manifiesto Comunista hacia el año de 1848, el mismo año en que se creó el partido liberal y un año antes de que naciera el conservador. Y fueron precisamente personajes de la vieja tradición bolivariana como Tomás Cipriano de Mosquera y dos de los conspiradores de 1828, Florentino González y Mariano Ospina Rodríguez, representantes de los dos nacientes partidos,

quienes promovieron las reformas para que Colombia entrara en la condición básica de establecimiento de relaciones capitalistas modernas y que pudiera ingresar en formas nuevas de representación del tiempo y de la cultura acordes con las circunstancias de seres libres para el trabajo, la libre competencia y la libre propiedad que penetraran por los caminos de la sincronización del trabajo, de la regulación de las labores, de la previsión, la administración y el cálculo que formarán los nuevos tiempos de un mundo mecanizado y construirán los moldes para la producción y la vida disciplinada y domesticada a partir de la máquina, cuyos referentes son la entronización del reloj y los principios que impone el capitalismo industrial, que se verán llegar hacia finales del siglo XIX y principios del XX en Colombia; pero, ¿cuál fue el contenido y significado de estas reformas y qué alcances tuvo para la sociedad antioqueña?

Según el historiador Indalecio Liévano, las grandes transformaciones para acabar con el caserón colonial y poder entrar en el tiempo de la liberación de la mano de obra y de la liberación de la tierra y del libre cambio o comercio, empezaron con las propuestas de un romanticismo radical en 1846, a la que se acogió el gobierno de Mosquera, desde su

secretario de Hacienda, Florentino González, quien empezó su programa de Economía Libre, que significaba el librecambio en lo comercial, la anulación de todos los impuestos, los monopolios y los estancos, en el campo fiscal; la abolición de las tarifas proteccionistas, fijadas desde el gobierno de Santander, por lo que la poca industria y los artesanos quedaron expuestos a la libre competencia extranjera, lo que los llevó a organizarse en “sociedades democráticas y socialistas” que darán el golpe de estado al presidente Obando, el 17 de abril de 1854, comandados por el general José María Melo. Única vez que los artesanos se toman el poder en Colombia, luna de miel que duraría cerca de nueve meses, cuando fueron derrotados por los tres ejércitos privados de los generales presidentes payaneses, inspiradores de las reformas del medio siglo: Mosquera, López y Herrán. Los artesanos rebeldes, cerca de dos mil, pagarían con el destierro y la muerte ya que fueron enviados a Panamá, a las riberas del Chagres, para que murieran de paludismo⁵.

Durante el gobierno de José Hilario López se plantearon las tres grandes reformas para que Colombia entrara en la esfera de la producción capitalista: la reforma a la tierra que tenía que ver con la apropiación de los baldíos, con la apropiación individual de los ejidos que eran las tierras comunales cercanas a los poblados y a los centros de consumo, que aseguraban la labranza comunal y la subsistencia para quien quisiera explotarla sin títulos de propiedad. En segundo término, el problema de la esclavitud que servía de puntal a la gran hacienda sobre todo en el sur y el occidente del país y que era

el emblema de la gran aristocracia criolla, sobre todo del Cauca, lugar de origen de la mayoría de los grandes dirigentes militares, eclesiásticos y políticos de la Colombia de entonces. Por último, la supresión del estanco del tabaco que tenía el interés de entregar el negocio a casas comerciales internacionales que comprarían el tabaco a precios bajos aquí, para vender a precios altos en el exterior. Se trataba con esta medida de suprimir el Estado, a través de la quiebra porque se quedaría sin rentas, lo que daría lugar a la aparición del Estado Gendarme, puesto que “Estado que no puede gastar no puede hacer nada”.⁶

El aumento de los precios del tabaco y la abolición del estanco intensificaron en Colombia las demandas de tierras y de mano de obra libre. Y hacia allá se inclinaron los cambios que tenían que ver con la abolición de la esclavitud para

generar su inmigración, se les permitió a los indígenas la enajenación de sus territorios y se concedió permiso para apropiarse privadamente de los ejidos; la supresión de impuestos y la aprobación del libre cambio se hicieron visibles y entonces el camino y las metas de la liberación económica, punto de no retorno ni siquiera para los gobernantes conservadores, que en Antioquia hacia los años de la década de los setentas del XIX, en plena república de liberalismo radical, empezaron a desarrollar. Los dirigentes antioqueños empezaron a abrir los caminos de la Economía Libre. Otros rumbos, otras disciplinas y otros conocimientos y prácticas distintas a la vida lugareña y lenta



Fábrica de Hilados y Tejidos de Bello

que se traía desde los tiempos de la colonia, demarcarían el movimiento pendular en las caras de los relojes, sobre todo de la Villa de la Candelaria de Medellín y de su valle.

3. Hace tiempos, del monte a la ciudad

Alejandro López, uno de los ingenieros más notables del país, director y profesor de la Escuela de Minas (que fue un experimento de la sociedad antioqueña del siglo XIX, a la que se le debe en gran parte el encauzamiento de la industrialización en estos territorios), decía a manera de tesis, en su libro *Problemas colombianos* que las reformas del Oidor Mon y Velarde tuvieron eco en Antioquia —y que éste tuvo el acierto de comprender la psicología antioqueña— porque existía en este grupo social colombiano, un anhelo de independencia personal que lo llevaba a pensar que el trabajo a jornal es la consagración de la derrota y que por eso la desidia, el idiotismo o la vagancia que

veían los gobernantes españoles en ellos, no era más que una defensa colectiva. Pero cuando las reformas borbónicas pusieron en actividad a todos los habitantes por medio de la repartición de tierras y de los criaderos mineros, entonces “esto vino a satisfacer el anhelo individual de trabajar por cuenta propia en terreno propio”⁷.

Y eso en gran medida fue lo que hicieron los antioqueños hasta un poco más allá de mediados del siglo XIX. Fuera de incrementar los tiempos mineros y sus ganancias que llegaron a ser tan grandes que con el oro de Antioquia se financió la guerra de independencia y la expedición libertadora al Alto Perú, dos plantas fueron el símbolo de la colonización antioqueña y de su expansión cultural: el café, planta que se deja cultivar en pequeño y el Pará, pasto de engorde y de cultivo extenso que emplea pocos brazos, según la visión de Alejandro López. Los campesinos que invadieron a la región de Caldas, el Quindío, y las regiones aledañas al río Cauca, no llevaban nada más allá de lo que



Horizontes. 1913. Del pintor yarumaleño Francisco Antonio Cano. Cuadro emblema de la cultura antioqueña y de su llamada colonización.

“para que la memoria no se olvide”

expresaba el cuadro “Horizontes” del pintor antioqueño Francisco Cano: el hacha, el morral con semillas, la prole, la confianza en Dios, en la esposa y en sí mismos. Indica además el ingeniero, que ellos no iban a comprar tierras sino a ocuparlas y que los favoreció la falta de gobierno y la incomunicación⁸.

Pudiera afirmarse que la independencia y las reformas de medio siglo encontraron a los antioqueños colonizando e incrementando las técnicas mineras y tecnicando sus propias condiciones de productividad. Lo que hasta el momento de finales del siglo XIX, no significaba que su arsenal cultural, las medidas de sus costumbres y los rituales frente al trabajo, la religiosidad y los imaginarios del entretenimiento, la diversión y la festividad, hubieran cambiado de forma esencial.

En la trilogía novelística que escribió Tomás Carrasquilla al final de su vida y que denominó *Hace tiempos*, el escritor antioqueño narra las memorias de Eloy Gamboa, un personaje que hace el recorrido natural e histórico por la comarca tradicional antioqueña desde que era niño hasta las postrimerías de su vida. En realidad, más que las memorias del narrador, la novela es una historia de Antioquia según los sentidos de la observación y de la investigación del autor de *Frutos de mi tierra* (1896). En el capítulo dos de la segunda novela de la trilogía, el niño Eloy, después de su orfandad encuentra un nuevo hogar en una familia minera. En la tarde de su llegada, el niño describe la sala de la casona que servirá de recinto a su nueva vida.

Señala que entre la puerta y la ventana hay un

“reloj enorme con su caja ochavada”, que el Corazón de Jesús preside todo el escenario desde su posición de la puerta céntrica y que junto a uno de los retratos cuelga un cuadrito de la proclama de Pedro Justo Berrío, presidente del Estado de Antioquia, “del año sesenta y siete”. Todo esto lo observa el niño, mientras se reza un rosario “sin misterios ni añadidos” que termina en un decir Jesús.⁹

Esta pequeña escena literaria muestra la manera cómo el tiempo cultural y ritual de la vida republicana hacia el final de siglo, algo más allá del año 1867, ha cambiado muy poco frente al tiempo colonial y sus rituales. La diferencia pudiera estar en la forma rápida como se reza el rosario (“en un decir Jesús”) en una casa formada por integrantes y peones de una mina antioqueña y en el nuevo instrumento para medirlo: Un reloj de pared dentro de la casa. Sin embargo, las viejas costumbres de medir el tiempo todavía no han desaparecido por completo puesto que si se retrocede en la lectura del capítulo dos, el niño y el narrador hacen ver que la forma de llamar al rezo y a las actividades con las que empieza la noche son una mezcla de lo tradicional colonial con lo nuevo republicano:

Un esquilón tañe y retañe: llama al rosario. Nos levantamos (...) atravesando la placita nos colamos

por la puertecita del barandaje y recalamos en la sala de La Casa Grande. A la luz de una lamparilla de aceite que arde ante la Virgen del Rosario, se forma el grupo escénico antes de que lo piense. El reloj da las seis y la vocecilla trémula de papá Julián declama muy ungida: “saludemos a María / Con gran gozo y alegría”. Sigue el Ángelus con las jaculatorias en Latín y previa persignada general, el rosario¹⁰

A la vez, el rosario es la antesala al juego que se acostumbraba a hacer por las noches en estos lugares y en estas calendas en los que aún no entraban ni las bombillas eléctricas ni los aparatajes de las imágenes sonoras y visuales del siglo XX. En efecto, cuando termina el rosario y se disuelve el grupo se arma la mesa para el tute de don Julián. Que es el recreo, según el narrador, de aquel señor tan venerado. Todo el interés se centra en que el viejo salga siempre ganando. Y entonces empieza esa lucha lúdica en la que “intervienen cuatro generaciones y que ha de terminar siempre a los tres cuartos de las ocho, porque al golpe de éstas ha de estar el viejo en su cama”¹¹.

En la última novela de la trilogía de Carrasquilla, se deja ver el empeño detallado del narrador para describir cómo es la población de Medellín a la que llega el protagonista con el ánimo de matricularse en la Universidad de Antioquia que para entonces la regía

el estadista Pedro Justo Berrío, junto con la recién inaugurada Escuela de Artes y Oficios que compartía local y profesores con el Alma Mater, en el lugar aledaño, que ahora todavía pertenece a la universidad, de la Plazuela de San Ignacio, cuyo edificio fue hecho antes de la independencia, según el escritor, como convento franciscano. La iglesia de San Francisco, agregó para este año, hacia el lado sur, un torreón cuadrado para “el reloj de cuatro muestras”. Dice Carrasquilla en su novela que por aquella época del año de 1874, la ciudad tenía quince mil habitantes, y que era un pueblo con siete iglesias. Amodorado por los perfumes de naranjos y rosales. “La universidad había sido hasta entonces un mugrero y un foco de patanería y vulgaridad. Mas ahí está Berrío para meter en cintura a los indisciplinados”¹².

Berrío enseñaba Derecho Internacional, daba las clases de Urbanidad los sábados, a la que también concurrían los estudiantes de la Escuela de Artes. Mariano Ospina Rodríguez dictaba allí las clases de Religión a las que asistían no sólo los estudiantes sino personas del comercio, otros profesores, sacerdotes y “señores de la burocracia”. Regentaba también las cátedras de Geología, Economía Política e Historia. Asuntos no tan extraños en este hombre de muchos caminos y de diversos tiempos que tuvo mucho que ver con las vicisitudes de dos siglos y que infundió a sus hijos Túlio y Pedro Nel —los que envió a estudiar Ingeniería a los Estados Unidos— y con ellos, a la generación siguiente, los secretos para ingresar en los mundos de lo útil y práctico, lo industrial y lo técnico, sin descartar la investigación científica y lo religioso. Les decía en una carta en 1877:

“para que la memoria no se olvide”

No se metan con lo más alambicado de la mecánica analítica y de las matemáticas trascendentales, consagrándose de preferencia a lo aplicable en la práctica, y procurando adquirir los conocimientos de los que llaman ingenieros mecánicos... Hay ciencias muy atractivas, pero poco provechosas como la Botánica, la Zoología, la Astronomía, que deben dejarse a los ricos, y en el mismo caso se halla la literatura. Religión y moral, cuanto les quepa en el alma y en el cuerpo; ciencia aplicable y aplicada, muchísima, idiomas vivos, bastante; ciencia puramente especulativa, literatura e idiomas muertos, algo, novelas y versos, nada¹³

Según el mismo Carrasquilla, Medellín hacia los años setentas del siglo XIX, era una ciudad de pacotillas y arrieros, de burguesía devota y trabajadora. Que intercambiaba con el Estado del Cauca, tabaco, mulas, cacao a cambio de mercancías extranjeras que importaban los medellinenses. Las señoritas sólo salían a la

iglesia, a caminatas vespertinas, o a visitar. Era mal visto que las mujeres entraran a las tiendas, a hoteles o andar solas por las calles. Los enamorados se entendían con los ojos, las cartas o las citas clandestinas. No se conocía guardia civil. La ciudad la vigilaba un cuerpo de serenos que pagaban los comerciantes y pocas gentes se veían en las calles después de las diez de la noche.

“El dinero, como en todo tiempo y lugar constituía la aristocracia”, decía don Tomás. En 1874 se abrió el Banco de Antioquia y el contrato del Ferrocarril. Y los únicos extranjeros pedagogos eran los alemanes que



Jean-François Millet - *El Ángelus*.

Berrío había traído para la instrucción en las dos escuelas normales. Sin embargo, era una ciudad con librerías y libros no sólo religiosos sino paganos y se contaba con varias imprentas. Existía el Hospital San Juan de Dios, la Casa de Locos y Beneficencia. No había asilos para ancianos, huérfanos ni mendigos. Y no se necesitaban establecimientos de baños en un valle tan rico en aguas. Y “precisamente por la falta de diversiones y devaneos exteriores las gentes se acogían al libro y los estudiantes estudiaban”¹⁴.

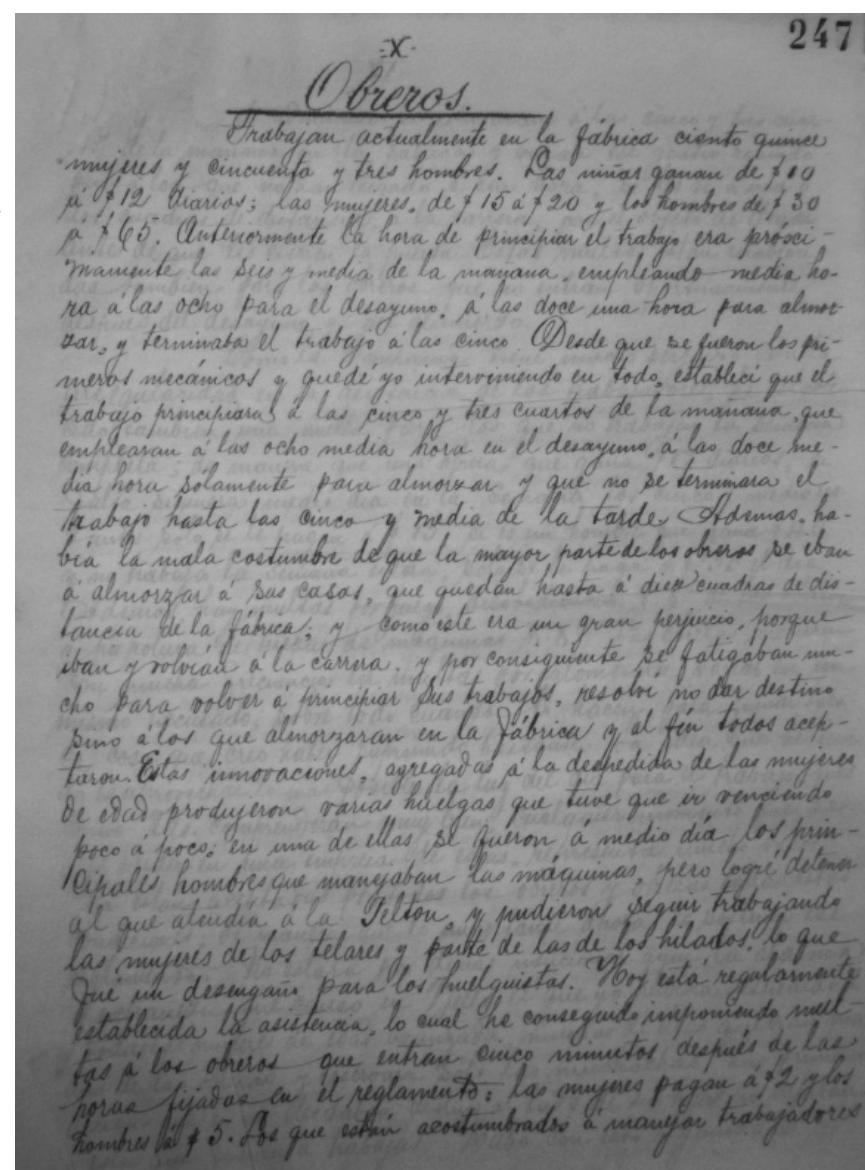
Como se deja ver en estas notas tomadas del autor de *La Marquesa de Yolombó*, el Medellín del gobierno del presidente del Estado Soberano de Antioquia, Pedro Justo Berrío, vivía los tiempos que marcaba una sociedad que se movía por los comerciantes de los pueblos, por el ritmo de los estudiantes y por los grandes proyectos con que soñaba: apertura de caminos, ferrocarril, creación de escuelas para lo práctico y lo útil, y apertura hacia una modernidad que aún no llegaba.

4. El canto del nuevo gallo

En menos de veinticinco años esa villa, descrita por el más grande escritor de Antioquia, se había transformado tan radicalmente que

aún hoy al fenómeno se le siguen buscando razones más allá del milagro. Porque a partir de la última década del siglo XIX, en Medellín aparecen oleadas de tiempo, desconocidas hasta entonces. El tiempo eléctrico que hace posible la vida nocturna a través de las bombillas. El tiempo se dilata y otras posibilidades se abren camino. El fantasma de las máquinas hace ver los relojes y el tiempo empieza ser un problema a resolver. Hay que domeñarlo en el cuerpo. Hay que pensar el tiempo más allá de la noche y el día. Pero, también hay que integrarlo como símbolo, como valor, como virtud. Todo por obra y gracia de las máquinas y de sus dueños. Los propietarios de las máquinas se convierten en los dueños de la moral y de las conductas. A su vez, quienes manejan las máquinas deben sentirse dueños de ellas sin serlo. Y el tiempo lo mide el patrón y no la razón del trabajo como lo habían hecho antes los mineros, los artesanos o los campesinos que podían regular sus ritmos no según el trabajo sino según la vida. La inflexibilidad de la máquina, la ingeniería mecánica, pregonada por el patriarca Ospina Rodríguez para ilustración de sus hijos, ahora en Medellín y en Colombia tendría que imponerse para los nuevos oficiantes de la historia, los obreros. Ahora la ciudad no se definiría ni se orientaría por los diversos oficios y la afinidad con ellos, sino que se coordinaría según la producción industrial que demarca e impone condiciones a los demás oficios. La lentitud de los oficios se cambiaría por la velocidad de los motores. Y a esa velocidad debería correr la vida, bajo el riesgo de perder el pensamiento y encontrar en vez de él, el destello mecánico de la productividad y sus secuelas alienantes.

En cuestión de unas tres décadas, Medellín y sus alrededores, pasaron de la Economía Libre a la Economía del Tiempo y la sociedad se polarizó en términos discursivos y culturales. De un lado, una cultura del trabajo disciplinada, regulada y orientada para la obediencia, la ocupación, la puntualidad como lo ordena la vida mecánica y de otro, una cultura no elitista ni disciplinada por la laboriosidad industrial que resistía a las imposiciones de los nuevos doctrineros de la ciudad, el buen tono, la cooperación para el progreso, y que rompía los relojes y tiempos morales de que el tiempo perdido se cobra, de que la vida es breve pero no lenta, apuraos; de que la buena vida para mañana, ahorrad; de que la vida eterna sólo depende del buen uso que se haga de la brevedad de la vida terrenal, de que primero el deber que la devoción, o en contra de aquellos como Alejandro López, que tanto conocía la idiosincrasia antioqueña, que trabajo y juego deberían ser lo mismo ya que el juego en las sociedades primitivas sirvió de introducción al trabajo. Y que terminaba uno de sus ensayos sobre disciplina laboral, diciendo



Manuscrito de Emilio Restrepo, en una relación sobre los obreros. Sala histórica de Fabricato, 1909.

que “la conducción de hombres como trabajadores es una carrera que exige tanta preparación como la que más”¹⁵.

La escolaridad, hacia los años veinte también se acogió a la propuesta moralizante de las disciplinas y el trabajo. Con miras a una instrucción científica del trabajo, cuya expresión en la Escuela Nueva era buscar un punto de encuentro entre los

intereses sociales y los individuales, se implementaron en las escuelas las tecnologías de la disciplina, el manejo del tiempo, las tareas escolares, la conducción del estudiante y su observación permanente por parte del maestro, entre múltiples funciones, sin descartar las tradicionales de los estímulos, los castigos, la obediencia y las de las reverencias. El taylorismo, cuya esencia era la sistematización rigurosa y científica de las tareas de los trabajadores, bajo el estudio del tiempo y sus acciones en la producción y cuyo ánimo era el aumento productivo a bajo costo y mayor ganancia, también penetró en la escuela de la misma forma como lo estaba haciendo en la fábrica.

En aproximadamente treinta años, Medellín y los municipios cercanos vivieron lo que quizá imaginaron pero para lo que no se prepararon: una avalancha industrial que transformó suscimientos sociales y que sobrepasó los cálculos de nuevas y difíciles relaciones urbanas. Específicamente, duplicó su población, incrementó sus vías y medios de comunicación, construyó carreteras, tranvías, líneas ferroviarias, se estableció como puerto seco, construyó acueductos, sus vías se colmaron de automotores, bicicletas, que competían con las tradicionales carretas y carroajes de bestias; construyó plazas de

mercado, incrementó la telefonía, diseño y construyó teatros, cines, circos, clubes, baños públicos, bancos, parques e iglesias. Pero, más allá de todas estas obras, Medellín pasaba de ser una ciudad que casi todo lo importaba a una ciudad que producía para exportar. El sistema fabril rompió la estructura clásica de medición de los tiempos en Medellín y quebró la forma de comportarse en la ciudad.

Las oleadas modernizantes alcanzaron al Valle de Aburrá y estas primeras fábricas de cerveza, de cigarrillos, de fósforos, de gaseosas, de sombreros, de chocolates y sobre todo, de textiles trataron de imponer la disciplina del tiempo a sus trabajadores y de contera, a toda la población. Los ritmos industriales llegaron más allá de sus paredes, irradiaron las calles y se filtraron por las puertas y ventanas hasta llegar a las conciencias. Los ritmos de los trabajos y de los placeres ya no los demarca el canto del gallo, ni la entrada o la salida del sol, ni el rosario, ni el Ángelus, ni las campanas. Ahora se exige una nueva medida y una nueva representación del tiempo. Pero primero había que aprender a domesticar los nuevos trabajos y a los nuevos trabajadores, al principio desde las fábricas, luego desde las viejas y las nuevas tribunas de la iglesia, la prensa, la escuela, la medicina, la higiene, la política, la publicidad y la propaganda.

5. Medellín también es Bello

La primera fábrica textilera se formó en Bello, todavía cuando esta fracción hacía parte de Medellín. Sus abundantes quebradas y riachuelos llamaron la atención de los empresarios, comerciantes e ingenieros y directores de la

Escuela de Minas, sobre todo de uno de sus inspiradores, Pedro Nel Ospina, uno de los hijos de Mariano Ospina Rodríguez, que junto con personas como el ingeniero Germán Jaramillo Villa, Carlos E. Restrepo, los hermanos Camilo, Ricardo y Emilio Restrepo, Manuel José Álvarez y su propio suegro, Eduardo Vásquez Jaramillo, decidieron formar una compañía en 1899. Pedro Nel escogió el lugar donde funcionaría la fábrica que inicialmente se llamó la Compañía Antioqueña de Tejidos, y que luego cambiaría su nombre por los de Compañía de Tejidos de Medellín y más adelante por el de Fábrica de Hilados y Tejidos de Bello. Uno de sus propietarios, Emilio Restrepo, se encargaría de su dirección hasta que muere en 1932.

La mayoría de la población obrera con que contaba esta fábrica en sus años iniciales eran mujeres y niños. En 1908, el presidente de Colombia Rafael

Reyes, aprovecha su visita a Medellín y acepta la invitación del director de la fábrica. Un cronista de la época registró la visita que deja ver la forma como se empezaba a disciplinar a los obreros:

En esta fábrica trabajan 150 señoritas entre los 8 y los 20 años. Todas ellas viven en Hatoviejo,

Bello. La curiosidad del presidente se despertó cuando notó que ellas estaban descalzas y cuando preguntó por qué, el señor Restrepo explicó que era mejor así porque todas las mujeres vivían en Hatoviejo a dos kilómetros de distancia, y si usaban zapatos no se aparecían a trabajar los días lluviosos para no empantanárselos; o si llovía mientras estaban en la fábrica los mojarían al regreso, entonces no vendrían al día siguiente. Por esos los zapatos estaban prohibidos, para evitar enfermedades e inconveniencias.¹⁶

En Fabricato, otra de las empresas textiles fundada en 1920, en el recién formado municipio de Bello, se vivió por parte de los patronos, vigilantes y supervisores una estricta vigilancia sobre el personal obrero que ingresaba a la fábrica. Inicialmente la mano de obra la constituía en forma mayoritaria las mujeres. En el libro de vinculación de esta empresa se encontraron

del año 1924 a 1926, muchas obreras de quince años de edad y hombres que trabajaban desde los catorce. Entre los motivos de despido o salida de los obreros constan los hechos de haberse casado, por haber



Reloj Junghans de fabricación alemana, uno de los primeros relojes que marcaron el tiempo en Fabricato.

bebido fuera de la fábrica, por ser desobediente o perniciosa, por malos manejos con sus madres, por hallarse en estado interesante, por tener malos informes de ella con respecto a la moral, por abrazar a una obrera, por incitar a la rebelión, por causa obscena, etc. Lo que muestra cómo el personal era estrictamente vigilado y controlado tanto fuera como dentro de la fábrica.

Aunque también existían los retiros voluntarios por no poder adaptarse al régimen laboral. Como el caso de Débora Guerra que en 1938 “se retiró disgustada porque no ganaba bastante” o Alicia Palacio que en 1928 dijo que “se iba a temperar”. O en 1927, Teresa Aguirre que “regañada se enojó y se fue”.

En 1929, Luz Elena López de 16 años fue despedida “por perder el tiempo y un poco libre en el hablar” o el caso de Soledad, de Bello y de 15 años que fue “despedida por juguetona” o en 1923 a Clementina Fonseca se le despidió por “haber venido tarde, le cerraron la puerta y sedujo a otras para no venir en el día.”¹⁷

El asunto desde la visión actual quizá no tenga mucho significado, si no se comprende que lo que estaba ocurriendo en la sociedad de entonces era un cambio en la cultura casi milenaria que se traía

de unas sociedades que nunca se habían enfrentado a una vida mecanizada y calculada como hasta este momento se empezó a vivir en Colombia. La mayoría de los nuevos obreros no reconocían los ritmos o turnos a los cuales deberían enfrentarse y sus imaginarios seguían siendo los mismos de las sociedades agrarias, campesinas o mineras de las que provenían. Que se deslumbraban por la nueva vida citadina, pero que al no poder adaptarse a la disciplina del tiempo entonces iban formando la periferia de la vida de las ciudades. Monseñor Manuel José Cayzedo, en una pastoral suya de 1922, empieza por diferenciar los tiempos de antes a los de hoy. Decía que antes nadie se apartaba del hogar lo que fortalecía las sólidas virtudes y que las relaciones familiares y de vecindad ejercían influencia bienhechora. Que antes los jóvenes llenos de vida escuchaban las relaciones de los tiempos pasados mientras llegaba la hora de retirarse a sus habitaciones. Mientras que hoy (1922), en el siglo de la electricidad y del petróleo y de la emigración universal, todos van del campo a la ciudad. La vida de las ciudades, continúa más adelante la pastoral, es por sí misma peligrosa ya que llegan a la ciudad nómades de la civilización moderna, sin familia, sin conocidos, que viven de un jornal incierto, “se reúnen en las ciudades personas descontentas y sin destino, que vienen a ser un peligro social al ponerse en relación con los que pescan en aguas turbias”¹⁸.

La disciplina del trabajo mecanizado expresa la gran contradicción entre el tiempo social y el tiempo medido para la explotación y la riqueza de los patronos. Pero lo más importante sea quizá, que esos nuevos factores industriales

estaban posibilitando a la vez, una contracultura que se oponía unas veces, de forma deliberada y abierta contra los nuevos espejismos del progreso y otras lo hacía de manera espontánea e inconsciente y que se embriagaba con las fantasías de los nuevos episodios de construcción, arquitectura, ruido, transporte, música, vida licenciosa y voluptuosa, ociosa y extravagante, indisciplinada y sin control que empezaba a aparecer en Medellín.

Referencias

- 1 Rodríguez, Pablo. Casa y orden cotidiano en el Nuevo Reino de Granada, S. XVIII. En: *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá: Norma, 1996, p. 119.
- 2 Silvestre, Francisco. *Relación de la Provincia de Antioquia, transcripción, introducción y notas de David Robinson*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura del Departamento de Antioquia, 1988, p. 92.
- 3 Ibíd., p. 32, 33.
- 4 Jurado, Juan. Vagos, pobres, mendigos y delincuentes 1750- 1850. En: *Historia de Medellín*, Tomo I. Medellín: Suramericana de Seguros, 1996, p. 245-254
- 5 Liévano, Indalecio. *Rafael Núñez*. Bogotá: Intermedio Editores, 2002, p. 56-77.
- 6 Ibíd., p. 63.
- 7 López, Alejandro. *Problemas colombianos*. París: Editorial París-América, 1927, p. 41-42.
- 8 Ibíd., p. 52.
- 9 Carrasquilla, Tomás. *Hace tiempos*. Medellín: Editorial Bedout, tomo II, 1958, p. 341.
- 10 Ibídem
- 11 Ibíd., p. 342.
- 12 Ibíd., p. 535.
- 13 Mayor, Alberto. *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1996, p. 40.
- 14 Carrasquilla, Tomás. Op. Cit., p. 537-541.

- 15 López, Alejandro. El juego y de la pena del trabajo.
En: *El ensayo en Antioquia*. Selección y prólogo
de Jaime Jaramillo Escobar. Alcaldía de Medellín.
Secretaría de Cultura Ciudadana. Fondo Editorial
Biblioteca Pública Piloto, 2003, p. 53-68
- 16 Paine, Constantine. Crecimiento y cambio Social en
Medellín. En: *Revista de Estudios Sociales*. Vol.
I. N° 1. Fundación Antioqueña para los Estudios
Sociales. Medellín, 1986, p. 143.
- 17 Sala histórica de Fabricato. Libro de Vinculaciones y
Despidos. 1923- 1943.
- 18 Cayzedo, Manuel. *El pastor y su Grey*. Medellín:
Universidad Pontificia Bolivariana, 1965, pp. 6-8.



El régimen del lector

La vigilancia moral de la lectura y el acceso a la cultura de los obreros

Por Jairo Gutiérrez Avendaño

Resumen. La higiene moral de la lectura, así como la dietética literaria son dos conceptos que fueron apropiados del discurso de medicalización de la sociedad por parte de la doctrina moral de la Iglesia Católica. Esta asepsia de los libros y de la prensa tuvo episodios significativos entre la década del veinte, conocida como los años locos, y la del sesenta, época de aumento en el acceso a la lectura de los trabajadores, como ocurrió en los casos de Medellín y Bello.

Palabras clave. higiene moral, dietética literaria, metáforas digestivas, libros prohibidos, acceso a la lectura, cultura obrera.

Un libro debe hurgar en las heridas,

provocarlas incluso. Un libro debe ser un peligro.

Emil Ciorán (1911-1995)¹

Prescripciones del Credo del Lector contra la “mala lectura”

La década de los veinte llegó con el despliegue de las ideas de la modernidad, que promovían una vida más sofisticada, de mayor desarrollo tecnocientífico y cultural, que debía construirse a la par del progreso industrial. Fueron años de grandes transformaciones urbanas y sociales, que por sus cambios acelerados, incidieron en la mentalidad de la época. La excentricidad del momento y los refinamientos traídos de otras latitudes, causaron asombro en la población antioqueña. Un testigo de toda esa efervescencia fue el empresario Jorge Echavarría, uno de los propietarios y fundadores de Fabricato, quien escribió sus diarios entre 1923 y 1926, en los que plasmó la estampa de una sociedad contradictoria, que por un lado propugnaba por la racionalidad moderna y, por otro, obedecía al adoctrinamiento conservador de la Iglesia.

Esta influencia llegó hasta las esferas más íntimas de la libertad de los ciudadanos, como lo fue la “buena lectura”, según su clasificación moral, más que de estética o de calidad literaria. De la vigilancia temática del cine, el teatro y la lectura, se encargó con empeño el Obispo Manuel José Caycedo, quien no reparaba en hacer pública la censura de algún material ofensivo para la moral y la fe católica. Así lo comenta Anita Gómez, a propósito del diario del señor Echavarría:

Cuando aparece la tesis de grado del doctor Ricardo Uribe Escobar, quien más tarde es director del periódico *El Correo Liberal*, en la cual el doctor Uribe incitaba a las mujeres a rebelarse contra el yugo al cual las tenían sometidas la religión y las costumbres. Presagios de un feminismo que reventaría 40 años más tarde. Los amigos del señor Uribe lo llamaron desde entonces “el doctor prohibido”².

De hecho, ya había un antecedente de otro liberal antioqueño censurado por la Iglesia, de forma similar al “doctor

prohibido”, como le ocurrió a Rafael Uribe Uribe, quien publicó en 1912 el libro *De cómo el liberalismo político colombiano no es pecado*. Dos años antes del asesinato del político y estadista, Monseñor Bernardo Herrera, arzobispo de Bogotá, dio a conocer en septiembre de ese año un decreto en el que se prohibía la obra: “...que a ningún católico, de cualquier estado o condición que sea, le es lícito leer, tener, vender, propagar o defender de cualquier manera dicha publicación, y todos cuantos tengan ejemplares de ella quedan en la obligación de entregarlos a la autoridad eclesiástica”³.

Las posturas ultramorales y antimodernistas circularon ampliamente en la prensa conservadora, como es el caso de *El Obrero Católico*, que cada mes publicaba columnas sobre la “mala lectura”, en un tono alarmante y radical, mientras que para la “buena lectura” usaba un lenguaje enaltecido y sensiblero. Un fragmento extractado de este periódico, muestra una actitud intransigente frente a la modernidad y, no en vano, a la locura de esta década:

¿Dónde está hoy, decidme, la comodidad para que las grandes muchedumbres humanas lean libros en estas ciudades de estruendo y confusión, en que los hombres se atropellan unos a otros, el tiempo se mide por minutos, el espacio por milímetros, los sentidos y las potencias del alma han de estar en constante bárbara vibración, rodeada de artefactos ruidosos que parecen invención diabólica y cuyos maravillosos efectos cuestan la vida a tanta gente?⁴

El llamado a la quietud y a guardar la compostura, incluía a la actitud que debía asumirse para leer: “Comprendemos que la vida moderna es toda movimiento y ruido, cosa harto incompatibles con la dulce tranquilidad que requiere el trato con los libros... paz, reposo, sosiego...”⁵ Este sector de la opinión, también tenía la Librería del Obrero Católico, en la que ponía a la venta libros de educación básica, una que otra enciclopedia autorizada y la mayoría de material eran textos religiosos. Lo cierto es que ningún libro de literatura aparecía en sus avisos.



La prensa católica se caracterizó por clasificar la “buena” lectura, en términos morales y por desestimular la literatura, considerada irreal y, por tanto, vehículo del mal. Tomada de: Periódico *El Obrero Católico*, 1927.

La resistencia a la consigna “Se debe leer de todo”, también dejó correr tinta por considerarla una monstruosidad moral escrita en cinco palabras: “¿Para qué leer aquellos novelones sucios, infectas charcas de miserias, propios sólo para manchar la imaginación, perder los sentimientos de la dignidad moral y para formarse una menguada idea de la sociedad y del valor de nuestros semejantes?”⁶ Sin embargo, el cuestionamiento se refiere, no sólo a las novelas rosa, a las historietas policiacas y del western, sino también a las obras literarias que eran consideradas de seducción, “vehículo de que se sirve la maldad para sus fines perversos”⁷. Así mismo, ridiculizaban a las lectoras de novelas, porque causaban en ellas “afectada cortesanía” y expresiones extravagantes carentes de humildad y sumisión⁸. No en vano, el “Credo

La imagen ilustra la sentencia en latín que traduce: "Muchos de los que habían practicado vanas artes, trajeron los libros y, a la vista de todos, los quemaron".



48

del lector", divulgado por la prensa católica, declaraba: "Creo que las novelas inmorales enervan el carácter, despojan a la vida de seriedad, de pureza al corazón, y hacen al hombre tímido, cobarde y suspicaz"⁹.

Estos prejuicios hacían parte de la vida cotidiana, como lo registra el diario de Jorge Echavarría, un 24 de marzo de 1923: "Se suicidó una niña Restrepo Loor en Loreto, de 17 años, lo que ha llenado de consternación a la sociedad. La pobrecita estaba indigestada de Anatole France, D'Annunzio!"¹⁰. Este hecho muestra cómo es frecuente la asociación de la tristeza y el delirio atribuidos a la literatura, además se refiere a dos autores anatema en su época. La

indigestión adquiere un sentido dentro lo que cabe llamar *dietética literaria*, es decir de un régimen que dosifica las lecturas que son saludables para la mente y evita el consumo de libros que envenenan el espíritu.

En efecto, el Credo del Lector constituye una serie de prescripciones para la sana lectura, como lo formula en su primera consigna: "Creo que la lectura es alimento del alma y que las doctrinas forman moralmente al hombre, según el apotegma conocido: Dime con quién andas y te diré quién eres."¹¹ Esta expresión, usualmente, aparece parafraseada como "Dime lo que lees y te diré quién eres". En ese mismo recetario, la tercera consigna dice: "Creo que un mal libro es un amigo corrompido y corruptor y que las malas lecturas son tan perniciosas para el alma como el veneno para el cuerpo"¹². Como se observa, en diversos lugares son comunes las analogías del

libro con la amistad, al igual que la mala lectura como pócima nociva. Por el contrario, la prensa socialista no usaba la metáfora digestiva en sentido negativo, como lo expresa un fragmento de volado estilo místico: “El libro y la lectura son vinos generosos que despiertan gratos recuerdos, y es divino incienso a través de cuyos recuerdos blancos y vaporosos, las cosas idas resurgen ante nuestros ojos, trayendo consigo rumores, suspiros y besos y toda la esencia voluptuosa del Nirvana”¹³.

La noción del *buen libro*, aparece en sentido positivo —por no decir sensiblero—, comparada con “un amigo que no finge, ni se incomoda por nuestros defectos; siempre sigue siendo el mismo, bueno, amable, afectuoso; paciente y sincero; tiene entereza suficiente para sostener hoy, lo que nos dijo ayer”¹⁴. Este tipo de lenguaje tiene una intención de atribuirle valores y propiedades humanas a una cosa, para generar un comportamiento hacia ella, similar al cuidado que se tiene con una persona.

Por otra parte, además de la dietética, se ejercía la *higiene moral* aplicada a los libros infecciosos, por el “lodo inmundo de las malas lecturas”, “infectas charcas de miseria”, “nueva peste de la sociedad”, como aparece en la prensa católica:

Hay dos clases de libros cuya lectura debía ser desterrada. La primera es la lectura de libro que estuviera prohibido por la Iglesia Católica. La segunda clase de libros peligrosos es la de aquellos que, no estando prohibidos por leyes naturales, leyes de cultura, leyes de higiene moral y hasta por leyes eclesiásticas, lo están por leyes de estética. Y llámense novelas, comedias, poesías o historias. Desde que en ellas se atropellen las enseñanzas de la Iglesia o de la sana moral deben desterrarse de las manos de la juventud.¹⁵

Llama la atención que la estética ha sido un criterio moral para clasificar las lecturas, bajo el precepto que dicta: *lo bueno es lo bello*. De esta manera, aparecerán también los libros feos, sucios y monstruosos, como se vio líneas atrás. A propósito de la asepsia, para purificar los malos sentimientos presentes en las lecturas,

había que prenderles fuego, como lo aconsejaba la octava consigna del Credo del Lector: “Creo que un cristiano no debe leer malos libros; que comprándolos, a más de dilapidar su dinero, coopera eficazmente al mal; que leyéndolos, pierde el tiempo y su alma, y que si tiene alguno debe arrojarlo al fuego”.¹⁶ Se requería, entonces, quemar los recuerdos negativos y vergonzosos que les produjera infelicidad a los hombres. La temperatura en la que arde el papel es de *Fahrenheit 451°*, como en la novela de Ray Bradbury de 1953 y prohibida en 1967, la cual fue escrita, justamente, para criticar la censura de libros en Estados Unidos, por parte del macartismo y de las grandes hogueras de libros en la Alemania Nazi. Así, en la más grande pesquisa a una biblioteca secreta, el capitán de los bomberos incineradores de libros, le arengaba a Montag, uno de sus hombres que era un traidor-lector:

49

A la gente de color no le gusta *El pequeño Sambo*. A quemarlo. La gente blanca se siente incómoda con *La cabaña del tío Tom*. A quemarlo. Escribe un libro sobre el tabaco y el cáncer de pulmón ¿Los fabricantes de cigarrillos se lamentan? A quemar el libro. Serenidad, Montag. Líbrate de tus tensiones internas. Mejor aún, lázalas al incinerador, ¿Los funerales son tristes y paganos? Eliminémoslos también... No sutilicemos con recuerdos acerca de los individuos. Olvidémoslos. Quemémoslo todo, absolutamente todo. El fuego es brillante y limpio.¹⁷

A propósito, en consonancia con el relato de Bradbury, viene al caso lo que consideraba la consigna siete del Credo del Lector: “Creo que si los libros hablasen, nos revelarían cosas espantosas acerca del

apostolado de perversión que han ejercido en las almas”¹⁸. Para la década de los veinte, hubo algunas voces que se pronunciaron a favor de leyes que erradicaran los “malos libros”. De hecho, en una actitud fascista, exponían el caso de Italia, donde el dictador Mussolini ordenó la prohibición, so pena de encarcelamiento o de fuertes multas al librero que introdujera alguna obra ofensiva para la religión católica, la moral o las sanas costumbres¹⁹.

El periodismo colombiano, para entonces, sostenía pugnas partidistas entre liberales, conservadores y socialistas. Este era el mayor campo de difusión de las campañas moralizantes, como lo expresa un artículo intitulado “Por la moral de la sociedad”, en 1927: “Si en vez de tanta algarabía del periodismo moderno encaminada a hacer resaltar su elevado espíritu público... se entablara con verdadero entusiasmo de patriotas una campaña sistemática en pro de la moralidad de las familias, ensalzando la virtud y repudiando el vicio; si la prensa periódica se convirtiera en órgano de moralidad...”²⁰. Esta actitud fue incluida en el Credo del Lector, en su consigna cinco: “Creo que muchos están engañados, creyendo que no les perjudican las malas lecturas. La constante acción del periódico es como la gota, que al fin horada la piedra”²¹.

No obstante, lo prohibido es lo que más incita la curiosidad. De hecho, los libros que eran incluidos en el Índice fueron los más leídos y, al fin y al

cabo, un negocio lucrativo para los libreros más aventados. La “lectura por debajo” se propagó hasta que muchos estuvieron contagiados de ella, como lo registra la prensa, era una peste:

Vuelvo, entrando el día, y hallo a muchos que leen en el tranvía, leen en el banco del paseo, y observo que a ratos lee el empleado en la oficina por debajo del Diario o de Mayor, y lee el estudiante por debajo del libro de texto, y lee la dependiente a espaldas de su jefe, y el chofer en sus ratos de espera, y la criada en sus descansos del barrido, y la niña antes de apagar las luces para dormir, y hasta la mujer madura en los grandes ratos que dedica al ocio...²²



Librería Bedout, fundada en 1887 como Tipografía del Comercio por Félix de Bedout Moreno. Al lado se encontraba la Papelería y Librería de Antonio J. Cano. Foto Melitón Rodríguez, 1900s. Tomada de: Revista Credencial Historia, No. 230, febrero 2009.

Lectores de los años locos: antimodernos, ultramoralistas y románticos de refinamiento afrancesado

Según Anita Gómez, de todas las artes, es la literatura la que prima en el Medellín de los años veinte, llamados “locos” por los americanos

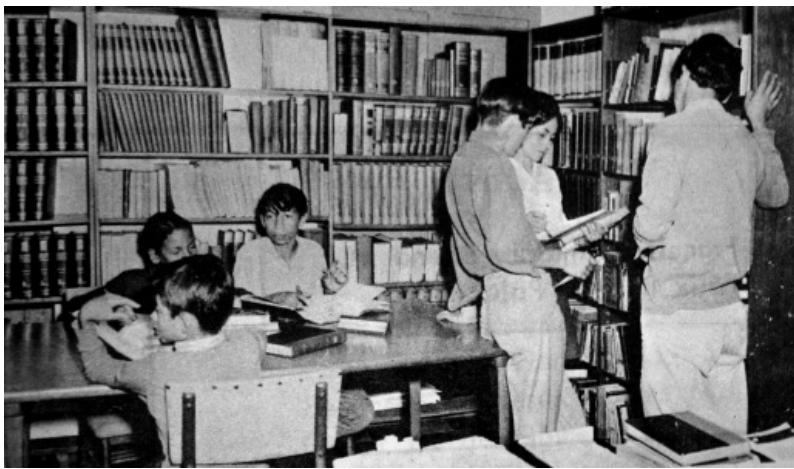
y *la belle époque* por los europeos. Revistas literarias como *Cyrano* y de temas generales como *Sábado*, así como la prensa del día, traían siempre poesías. Aparecen en periódicos y revistas, poemas y cuentos de autores nacionales y europeos. Según la autora, Jorge Echavarría en sus diarios se la pasó escribiendo sobre el montaje de sus proyectos y no tenía tiempo para leer, era más aficionado por la música que por la literatura. Sin embargo, leía con su esposa Isabel Restrepo —a quien llamaba de cariño “Belica”—, lo que da una idea del gusto del momento: Edmond Rostand, Alejandro Dumas, José Eustasio Rivera, y los cuentos de Callejas que les leía a sus hijos.

De un “álbum de pegados”, con poesías recortadas de la prensa y que pertenecía a Tulia Restrepo Gaviria, una de las hijas de Carlos E. Restrepo, se leían fragmentos de Amado Nervo, Guillermo Valencia, Juana de Ibarbourou, Oscar Wilde, Azorín, Manuel Machado, Edgar Allan Poe, Gustavo Adolfo Becquer, Rubén Darío, Julio Arboleda. Había un estilo afrancesado en los poetas locales que escribían el título de sus poemas en francés, e incluso poemas enteros en el idioma galo. Esto daba un aire de intelectualidad y de refinamiento cultural.

Uno de los dramaturgos que más estuvo de moda en los años locos, fue Edmund Rostand.

Los literatos colombianos traducían trozos de su obra y una revista tuvo el nombre de su más famoso personaje *Cyrano de Bergerac* (1897), el caballero soldado de la enorme nariz y el corazón enamorado de Roxana. De hecho, el mismo Carlos E. en compañía de Ismael Enrique Arciniegas y Ángel María Céspedes, publicaban una sección llamada “El beso de Cyrano” en el que traducían fragmentos de la obra de Rostand. No en vano, Jorge Echavarría recuerda en sus diarios, hacia 1926, la lectura de otra de las obras célebres del autor francés, *L'Aiglon*, el Aguilucho, sobre el único hijo de Napoleón, que murió de tisis a los veintiún años y su madre la ex emperatriz María Luisa.

Lo más seguro es que estas obras dramatúrgicas estuvieran prohibidas, como ocurrió en Medellín con las obras teatrales de la “Tórtola Valencia”, en 1924, o con “La casta Susana” en 1927, al igual que las películas como “Salomé” y “La Princesa de Judea” en 1924, “El Sexto Mandamiento” en 1941, o “La Corte del Faraón” en 1944, para mencionar algunas de la primera mitad del siglo XX²³.



La primera biblioteca de trabajadores del país fue la de Fabricato, creada en 1961. El principal propósito era el de aumentar el nivel cultural de los trabajadores y de sus familias. Tomada de: Revista Fabricato al día, 1964.

La moderna inquisición de los lectores

En una columna, con el título de ¡Alerta!, la poesía también estuvo en entredicho, puesto que “ha sido profanada por aquellos cuyas musas son las Euménides de que habla el Soñador, y cuyo canto es el rugido, pero no el del león noble, sino el de la

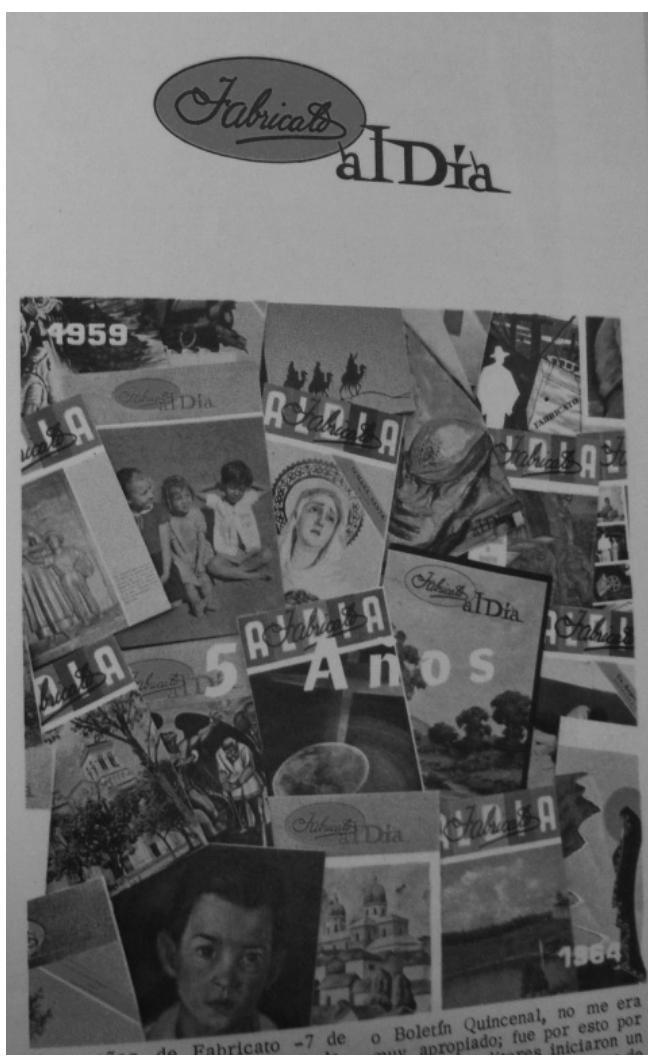
“para que la memoria no se olvide”

hiena que acecha".²⁴ En la mitología grecorromana, las Erinias o furias eran tres hermanas: Alecto, Tisífone y Mégera, representadas con cuerpos oscuros, de alas membranosas, con colmillos caninos, cabelleras de serpiente, con látigos y antorchas, las cuales infligían horribles castigos. En la tragedia la *Orestiada* de Esquilo, aparecen en estado de purificación como las Euménides o "bondadosas". A partir de estas reacciones, se percibe una atmósfera medieval en plena entrada de la modernidad, lo

que se evidencia en la prohibición de las obras trágicas, poéticas, cómicas y filosóficas. Régimen que años más tarde recreó Umberto Eco, en su novela *El nombre de la rosa*, en la que se custodiaban los libros prohibidos en la biblioteca de la abadía, en los tiempos de la persecución implacable a los herejes por parte de la Santa Inquisición. En la trama de la historia, además de la transcripción de incunables, se hacía la lectura secreta de libros, por los que muchos perdieron la vida, envenenados por sus páginas que se pasaban untando de saliva el dedo.

La Inquisición, a su vez, estaba encargada de hacer cumplir el *Index librorum prohibitorum*, impuesto en 1556 y con una larga vigencia de más de cinco siglos; tras 32 ediciones llegó a incluir 4000 títulos, hasta su abolición el 14 de junio de 1966, bajo el papado de Pablo VI, debido a las consideraciones prácticas de la nueva doctrina social de la Iglesia.

Dentro del listado de obras prohibidas, se incluyeron casi todos los más grandes escritores y pensadores, incluso hubo algunos censurados por completo, como Rabelais, Rotterdam, Bruno, Descartes, Hobbes, Humme, Diderot, Balzac, Zola, France, Bergson, Sartre, entre otros. En todo caso, este control —que se ejerció en todo el mundo católico— funcionó también para autores colombianos y latinoamericanos. De hecho, la Biblioteca Nacional conserva ejemplares que fueron tachados por la Iglesia. Algunos eran rayados para que no pudieran leerse, y a otros les arrancaban las páginas blasfemas. Según Paola Villamarín, la institución tiene cerca de 63 piezas de ese tipo en su sección de libros raros. En la presentación de cada ejemplar y junto al nombre del autor aparece el del sacerdote que expurgó la obra²⁵.



La Revista *Fabricato al día*, fundada en 1959 como un boletín interno y luego circuló por todo el país y en el exterior, hace parte del patrimonio documental colombiano por la calidad de los contenidos artísticos, culturales y científicos que divulgaba.

En Colombia, el autor más perseguido fue José María Vargas Vila (1860-1933), porque sus obras estaban plagadas de erotismo, crítica al clero y de ideas liberales radicales, como da cuenta de ello el cura jesuítico Pablo Ladrón de Guevara, en su compilación de *Novelistas buenos y malos*, publicada en 1910 y adoptada como índice de cabecera en el país. El libro tenía una lapidaria premisa: “Si el novelista tiene talento, tanto peor”. Así se refiere a este autor tolimense:

Sentimos verdaderamente que sea de esta cristiana república este señor, de quien nos vemos precisados a decir que es un impío furibundo, desbocado blasfemo, desvergonzado calumniador [...] Inventor de palabras estrambóticas y, en algunas de sus obras, de una puntuación y ortografía en parte propia de perezosos e ignorantes [...]²⁶

Según el librero Álvaro Castillo, uno de los más reconocidos en Bogotá, los libros de la época de la violencia, en los 50, están llenos de ejemplos, como es el caso del trabajo intitulado *Laureano Gómez, Psicoanálisis de un resentido*, publicado en 1942 por el psiquiatra José Francisco Socarrás —que introdujo la psicología en Colombia—, estuvo envuelto en serias acusaciones, a tal punto que no podía reeditarse. Comenta Castillo, a la periodista Villamarín, que no pasaba lo mismo con *Lo que el cielo no perdona*, escrito por el sacerdote Fidel Blandón Berrío en 1954, y firmado con el seudónimo de Ernesto León Herrera, que si bien fue prohibido se salvó de su desaparición gracias a la piratería. El libro cuenta las vivencias personales de Blandón Berrío en Antioquía, mientras los liberales y los conservadores se enfrentaban a muerte²⁷.

A Germán Arciniegas le fue tanto peor cuando publicó *Entre la libertad y el miedo* (1952), un análisis sobre las dictaduras latinoamericanas, en plena época en la que coincidieron siete dictadores en el poder. Su libro, que tuvo una

amplia circulación clandestina, tenía orden de incineración en Colombia y estaba prohibido en diez países más. Así lo relata el autor bogotano, en la prensa de 1996, varias décadas después de lo ocurrido:

Cuando después de 13 años de estar fuera de Colombia regresé, al desembarcar en El Dorado, el jefe del aeropuerto estuvo muy cortés conmigo. Todo había cambiado radicalmente [...] Nos sentamos en su despacho y, excediéndose en sus atenciones, me dijo: “Profesor: usted tendrá muy mala idea de mí, pero voy a quitársela porque no sabe lo que sucedió. Le habrán dicho que yo quemé sus libros, y eso no es cierto. Sí recibí la orden del general Rojas Pinilla para quemar los paquetes que traían sus libros y estaban en la bodega. Pero usted comprende que quemar un paquete de libros, eso no prende. Sin hacer caso de la orden yo los tiré por el Salto del Tequendama”²⁸

Eso es poco para lo que sufrieron otros por escribir sobre los dictadores que, según Arciniegas, hasta les hacían comer literalmente el libro en pedazos, en cuartos de tortura, como le ocurrió a su colega Jesús de Galíndez, quien escribió en Nueva York su tesis doctoral sobre el general Rafael Leonidas Trujillo, déspota dictador de la República Dominicana. Fue raptado en pleno Manhattan y lo desaparecieron en Ciudad Trujillo.

Del puesto de revistas a la biblioteca: lecturas populares en los años 60

En 1965 entrevistaron a un librero para indagar sobre lo que más leía la gente; se trataba de Gustavo

Fernández Lopera del puesto de revistas llamado “Librería La Luz”, ubicada en Carabobo con Ayacucho. Su clientela era fija y en su mayoría mujeres, por su preferencia de las novelas rosa. El más pedido era Corín Tellado, sus novelas las leían chicas y grandes, empleadas y señoras de toda condición. No sólo se vendían los libros, sino que también eran alquilados por treinta centavos o intercambiados luego. Unos que no se vendían, sino que se alquilaban, eran los de aventuras, porque eran los más buscados por los muchachos. Según el librero, entre los que tenían mucha demanda, estaban los libros formativos como eran: *El amor y el matrimonio*, *El libro del joven*, *Procreación prudencial*²⁹.

En los puestos de revista se alquilaban el *Novelón Rosa*, *El guapo*, *La proletaria enamorada del burgués*, en folletos amarillentos y manoseados de 40 páginas, que ojeaban incluso hasta los más analfabetas. La policía hacía requisas semanales o quincenales a los puestos, con el fin de confiscar todo el material pornográfico y considerado inmoral.

Sobre las preferencias en las librerías, era evidente el fenómeno, puesto que los precios de los buenos libros, la “filosofía”, el tema trascendental clásico o moderno, parecía que fueran tan sólo para las élites o para aquellos a los que el pueblo llamaba “oligarcas”³⁰. Para las entrevistadoras Graciela Giraldo



En el puesto de revistas “Librería la Luz” en Medellín, se observan los estantes de novelones rosa y folletines de aventuras que alquilaban al público. Tomado de: Revista Fabricato al día, 1965.

y Regina Vélez, el mérito de los libreros era la creatividad que tenían para rebuscar el sustento de sus familias, pero no lo era la distribución de folletines que se convertían en “la explotación de la ignorancia por la ignorancia, pues sólo un analfabeto alquila Vargas Vila o a *El Santo*”³¹. En Bello, frente a este tipo de publicaciones hubo algunos pronunciamientos, como el de Fray Javier Montoya en 1965, con el título de “Se necesita un lector”, en el que sugería:

La lectura que sea organizada para evitar el trastorno cerebral que producen muchos libros al tiempo... Así como existen libros óptimos, resultan

también obras que son ripios en las bibliotecas y librerías... se lee muy poco sin sentido analítico. Se lee superficialmente libros frívolos de prosa ligera y láminas baratas. Novelas de pistoleros, atracos, secuestros, suicidios, suspenso, romance, son las obras de mayor demanda en las bibliotecas... Un pueblo que lee es un pueblo culto y ocupado.³²

En Bello, para ese entonces, los obreros y ciudadanos de a pie, leían las historias de vaqueros o de *western* de Marcial Lafuente Estefanía —aún hoy algunos lo llevan en el bolsillo—, que se alquilaban a los mismos 30 centavos, en el puesto de revistas de la carrera 51 (por la Ética); allí se tenía un cordel con las revistas colgadas por la mitad; también se conseguían en la calle 50 (la del Concejo), en la Agencia Singer donde el viejo Darío, junto con los álbumes de artistas de la época y el de *Conozca a Colombia*, editado por la Esso, al igual que los del Mundial del 62 y del 70. Los caramelos, como todavía llaman a los cromos, se completaban por medio del trueque y algunos, que se volvían escasos, tenían mayor valor para los coleccionistas. Además de los impresos, se alquilaban las “vistas” que eran los recortes de cinta de las películas de moda, que se podían ver con unas gafas o cámara de ampliación.

En esta década, hacia 1967, el escritor Juan Roca Lemus (Rubayata), quien estuvo de director de la Biblioteca Pública Marco Fidel Suárez, publicó un informe sobre las lecturas más solicitadas. El promedio diario de consultas era de 680. La principal tendencia en consultas era la literatura, en segundo lugar la recreación y luego la de obras generales. Estudiantes de ambos sexos solicitaban bastante las obras consagradas con el premio Nobel, y las del Pulitzer. También se ocupaban de estudiar las principales características de la novelística española, en especial las obras de la Generación del 98, como Baroja, Azorín, entre otros. Hubo un creciente interés por los autores del siglo XIX y de principios del XX, como son las obras completas de Giovanni Papini. En cuanto a lo colombiano, fueron muy solicitadas las obras completas de Porfirio Barba Jacob, de Rafael

Maya Eduardo Carranza, y todo el grupo de la generación Piedra y Cielo; al igual que las obras completas de Juan Lozano y Lozano.

Para ese tiempo, se mantuvieron las consultas de temáticas bolivarianas, como *Mi Simón Bolívar* de Fernando González y las obras de Vicente Lecuna, así como de historiadores colombianos y venezolanos. De otro lado, fueron frecuentes las consultas de la obra de Tomás Carrasquilla, José Antonio Osorio Lizarazo, sobre todo, *La casa de Vecindad*, *El pantano*, y *A la sombra del camino*. Al entonces Director, le llamaba la atención que las novelas *En noviembre llega al arzobispo* de Héctor Rojas Herazo y *Cien años de soledad* de García Márquez fueron muy poco solicitadas. En teatro, la gente buscaba las obras de Jouver, Alejandro Casona, Armand Salacrow, Ugo Betti, Gabriel Marcel, Jean Cocteau y Jean Anouilh. Todas las obras de Ortega y Gasset eran muy consultadas por estudiantes de bachillerato y universitarios.

De acuerdo con Roca Lemus, hubo algunos incrementos de consultas sobre literatura modernista colombiana, como las reseñas de Gonzalo Arango, Pablus Gallinazus y otros autores nadaístas. Lo clásico y lo neoclásico superaba a lo modernista, que apenas estaba tomando fuerza³³.

En un artículo sobre la divulgación de los escritores nacionales, en 1965, a propósito de la recién inaugurada Academia de Historia Eclesiástica de Colombia, con sede en la Universidad Pontificia Bolivariana, se propendía por una participación activa de la cultura nacional en los medios foráneos. En ese sentido, criticaron la forma como

algunas publicaciones nacionales les daban mayor relevancia a los temas que en Europa ya eran lugares comunes, de suficiente comentario, mientras que los intelectuales de esta parte del continente estaban más interesados en los temas colombianos. La comunicación decía al respecto, sobre una conversación con un autor extranjero, que:

Nos relata, por ejemplo, cómo un académico de la lengua, amigo suyo había criticado acremente el que las publicaciones que recibía se interesasen tanto por Cervantes y Unamuno, tan discutidos ya y tan estudiados por críticos, ensayistas, y comentaristas, cuando la Academia Española tenía cerca de 35 peritos investigando la obra de don Tomás Carrasquilla³⁴.

Una biblioteca moderna en tiempos de lecturas clásicas

En Bello, Fabricato además de ser pionera en la formación y capacitación de los trabajadores, fue la primera empresa colombiana en crear una biblioteca técnica y funcionalmente organizada en su planta. Por esa razón, se afirmó que “los historiadores de la empresa tendrán que citar el año de 1967 como el año del despertar masivo del interés por la capacitación integral”. Inicialmente, en 1959 —el mismo año de la primera edición del boletín *Fabricato al día*— la biblioteca fue un proyecto piloto, que se ubicó en unas estanterías a la salida de la empresa, para que los trabajadores, al terminar sus turnos, pudieran llevar el material a sus casas; de esta manera, se buscó contribuir a una mayor comprensión de los derechos

y deberes laborales, a un mejor entendimiento de los problemas obrero-patronales y a facilitar la comunicación entre los distintos sectores. Debido a los resultados y al uso masivo que tuvo, se proyectó la adecuación de las instalaciones para la que fue considerada una *biblioteca moderna*. Según Uriel Lozano, asesor de la Escuela Interamericana de Bibliotecología, “la biblioteca en la empresa moderna existe y se justifica desde el momento en que sus asalariados encaminan su mente y su cuerpo hacia los materiales impresos que van a llenar el espíritu de sanas palabras, el cerebro de nuevos conocimientos, el corazón de noble comprensión humana... es la verdadera democracia de la lectura porque es completamente gratuita y universal”³⁵.

La biblioteca de trabajadores fue creada en 1961 y su proyecto estuvo a cargo de los bibliotecólogos de la Universidad de Antioquia —entre ellos el español Luis Floren, precursor de la bibliotecología en Colombia— quienes afirmaron que ésta era un importante avance de acceso a bibliotecas dentro de la industria antioqueña. Por esta razón, la empresa recibiría una mención de honor otorgada por el rector del Alma Mater de Antioquía en 1962. Ésta adquirió grandes y costosos libros de arte, como la *Summa Artis*, *Historia general del arte*, de José Fijoan, de 18 tomos, considerada para la época una joya de la bibliografía moderna. Así mismo se podían consultar las enciclopedias *Cumbre*, *Espasa-Calpe*, *Barsa*, la *Historia Universal* de Cantú, la *Moderna Encyclopædia Femenina* de Luis Miracle, las dos colecciones de *El tesoro de la juventud*, los diccionarios de literatura, música, sicología, idiomas, textiles, sinónimos, mujeres célebres, botánica, caza, mitología, entre otras obras generales, que eran en total 2561 volúmenes³⁶. Este catálogo da una idea de la alta inversión en libros importados y del material que estuvo a disposición de los estudiantes y obreros de la ciudad. Así lo comenta, en 1964, Hernán Saldarriaga, editor de la revista *Fabricato al día*:

Recuerda los grandes beneficios obtenidos cuando las aulas de trabajo se vieron inundadas

por obreros que leían libros distintos a novelas y folletines; por obreros que empezaron a estudiar filosofía durante sus horas libres en bibliotecas, que empezaron a alcanzar mayores conocimientos en relaciones humanas, y aprendieron a saborear a Papini y a admirar a Gandhi³⁷.

La divulgación de la información sobre la biblioteca, estaba orientada en ideas de progreso moral e intelectual. En la Revista, se publicaban las nuevas adquisiciones y los libros de interés para los trabajadores, la selección consistía en dos o tres libros de arte y cultura general, otros de conocimientos aplicados a la industria y la mayoría eran libros de relaciones humanas y de doctrina social de la Iglesia, sobre ésta última se insistía bastante en su lectura. De acuerdo a estos informes, se percibe el entusiasmo y el idealismo puesto en función de la biblioteca, por lo que se escribieron palabras enaltecedoras y rimbombantes sobre la importancia del libro para el trabajador.

Una revista a la que llamaron “fábrica de cultura”

Por más de diez años, desde 1959 se publicó en Bello *Fabricato al día*, que llegó a ser una de las revistas culturales más importantes de Colombia, editada por la Gerencia de Relaciones Industriales, impresa por Talleres Litográficas Medellín. Inició en el 56 como Boletín Mensual o Quincenal, del cual publicó 8 números. El primer año fue mensual, luego tuvo una periodicidad bimensual. Llegó a su número 100 en agosto de 1971.

Ésta se entregaba a sus cerca de 5000 trabajadores, para 1961, a quienes se veía pasar con la revista debajo del brazo o en corrillos de animada lectura. La publicación fue recibida en las principales bibliotecas públicas, en empresas y universidades de todo el país,

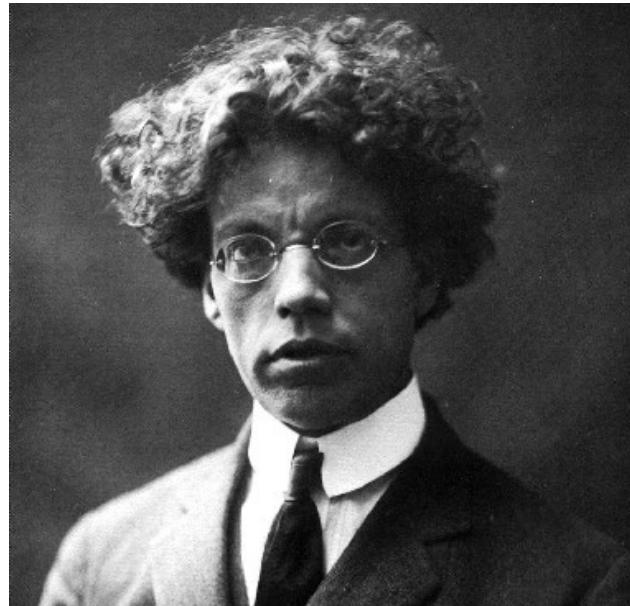


Los libros del western de Marcial Lafuente Estefanía eran una de las principales lecturas de obreros, artesanos, estudiantes y hasta lectores desocupados.

que hoy las conservan, al igual que en diversas partes del mundo, tales como, en la Universidad de Texas, en su *Latin American Collection* (1964). Así mismo, desde Antwerpen-Bélgica (1965), donde, en carta al editor, el señor R. Dupont escribió: “Es una revista que me da una imagen muy clara de su país, su desenvolvimiento, y el ardor de su población para hacer del país un estado moderno en un mundo moderno”³⁸. Igualmente, publicó comunicaciones enviadas desde España, Chile, Perú, entre otros. Más tarde, cuando la revista alcanzó mayor prestigio, algunas instituciones se basaron en ella para sus publicaciones.

En su primera edición, aparece en portada un mecánico dominando una máquina; en la contraportada, la poetisa antioqueña Olga Elena Mattei, ubicada en un decorado cajón, mientras lucía un traje que, según Humberto López, tenía un ruedo muy debajo de la rodilla y en un estilo de diez años atrás. La filosofía de la revista se mantuvo y se recordó en

cada quinquenio que cumplía. En palabras del entonces presidente de la compañía Luis J. Villa: “aspira la empresa a que su revista sirva de vocero a todas aquellas ideas que tiendan al mejoramiento de la vida de sus asociados, sin olvidar que el bienestar se adquiere, no con fuerzas económicas únicamente, sino con las fuerzas espirituales que guían y dirigen a aquellas”³⁹. De esta forma, se propuso que la revista debía llegar al hogar del trabajador, no para ser una prolongación de su trabajo, sino para constituirse en parte de su diversión, a la vez que le sirviera de orientación moral.



“Si un hombre cualquiera, incluso vulgar, supiera narrar su propia vida, escribiría una de las más grandes novelas que jamás se haya escrito”. Giovanni Papini, escritor italiano (1881-1956), era uno de los autores más leídos en Bello en la década del sesenta.

Las orientaciones editoriales: discurso edificante y doctrina social de la Iglesia

58

En los primeros años, la revista tuvo una vocación hacia el discurso edificante, sobre la mentalidad del progreso, el pensamiento positivo, la relación entre el contrato laboral y el deber moral del trabajador en sociedad, la incidencia sobre la conducta de los trabajadores fuera de la fábrica, las buenas maneras, la lealtad, la disciplina, el uso del tiempo libre, la confianza en sí mismo, el entrenamiento y la capacitación. La sección editorial se definía como Orientación, la mayoría de ellas iniciaban con fábulas y parábolas: *Si haces esto te pasará lo que le ocurrió a...* Se dirigían al lector de “usted” lo que generaba una interpellación para condicionar el comportamiento. Tuvieron una fuerte inclinación

hacia el catolicismo obrero, desde los preceptos de la *Propaganda Fide* de la Misión del Concilio Vaticano II, emitida en 1959, que en Fabricato se acogió para evangelizar la población obrera, dentro de lo que llamaron la “mística de la empresa” y la “fe en la producción nacional”.

Para la vigilancia temática de las lecturas, se publicaron varios artículos dirigidos a los padres de familia, maestros y obreros. En ese sentido, se recurrió a la concepción moral de la *buena lectura*: “No es raro encontrar en el libro, en la novela juvenil, truculencias, morbosidad, vida irreal, crímenes sin cuento, pasiones desbocadas... cuando no impurezas, amores vergonzosos, esposos infieles, matrimonio ridiculizado, virtudes burladas. La juventud necesita libros. Entendamos: *libros buenos*”⁴⁰. Las cosas no habían cambiado mucho después de la década de los años locos.

Bajo la consigna “Un aporte de Fabricato a la Cultura Nacional”, tuvo un cambio de orientación que trascendió los intereses del ámbito laboral e industrial, su contenido era más formativo que informativo, dirigido a aumentar el nivel cultural y las relaciones humanas de los trabajadores en la

sociedad. Aunque, algunos se pronunciaron por este cambio, debido a que no se publicaban las noticias del giro ordinario de la empresa. Esto se debió a que las temáticas ofrecidas eran de una cultura a la que los trabajadores no estaban acostumbrados. En ese sentido, en 1965, uno de los editoriales afirmaba que:

Con Miguel de Unamuno hemos convenido, cuando presentamos artículos al parecer de mayor elevación, que no suele la rutina crear dificultades y que es preciso que el escritor no esté siempre al alcance del público, sino que es necesario que el público se ponga al alcance del escritor para que tenga ciertamente la elevación del nivel cultural, que de otra manera no se lograría⁴¹.

Por la mención a Unamuno, es usual la referencia a los autores clásicos y neoclásicos españoles, como lo había señalado el escritor Roca Lemus, la lectura moderna en Bello estaba tardía.

La revista, que “mezclaba las telas con las letras”, tenía una sección fija de cuentos, relatos y poesías. Por las manos de los lectores pasaron escritores y pensadores, tales como: Séneca, Cervantes, Tomás Carrasquilla, Marco Fidel Suárez, Carlos Castro Saavedra (varias entregas), Fernando Soto Aparicio, Ana Frank. Igualmente, sobre los 100 años de la edición de *María de Jorge Isaacs* en 1967 y el Bicentenario de nacimiento de Hegel, en 1971, entre otros. En poesía, se publicó a León de Greiff, Olga Elena Mattei, Dolly Mejía, Esther López Martínez, Mario Carvajal, y sobre poesía negra norteamericana, entre otros.

La revista difundió el Premio Esso de Novela, que dejó de abrirse en 1969, uno de los principales reconocimientos que impulsó a los escritores colombianos: Gabriel García Márquez (*La mala hora* – 1961), Manuel Zapata Olivella (*Detrás del rostro* – 1962), José Antonio Osorio Lizarazo (*El camino de la sombra* – 1963), Oscar Hernández Monsalve (*Al final de la calle* -1965), Héctor Rojas Herazo (*En noviembre llega el arzobispo* – 1967), Alberto Duque López (*Mateo el flautista* – 1968).

Sin embargo, uno de los mayores énfasis de la revista eran los temas sobre humanismo aplicado a la empresa, las relaciones familiares, la formación cultural y humana de los hijos, las buenas maneras, el lenguaje del hombre culto, el clima sicológico de la empresa y la espiritualidad.

Ser lector

La lectura promueve el desarrollo de la capacidad crítica y reflexiva, de las libertades de pensamiento y de expresión, así como del uso público de la propia razón. Debido a estos potenciales cognitivos y políticos, la lectura fue considerada un peligro para la “salud del alma”, por lo tanto tenían que cuidar el consumo de contenidos acordes con las metáforas digestivas usadas para higienizar la lectura. Aunque tampoco se trata de pontificar sobre consignas como la de “leer libera” y que aquellos que no lo hacen están condenados a la ignorancia. La lectura también puede llegar a ser parte de los clichés pseudo intelectuales que asumen el culto a los libros como un gusto refinado y superior al que no tienen acceso las personas corrientes. No sólo se trata de leer como una forma de saber y de poder, sino de una manera de ser. Ser lectores, no sólo de libros, sino de las gramáticas de la realidad y de las superficies sobre las que se escriben las historias humanas.

Referencias

- 1 Ciorán, Emile. *El aciago demiurgo*. Madrid: Taurus, 1979.
- 2 Gómez, Anita. Medellín, los años locos. Una mirada a la década del veinte a través de los diarios de un testigo. Medellín: Editorial UPB, 1985, p. 29.
- 3 Villamarín, Paola. Nuestras letras prohibidas. En: Periódico *El Tiempo*, marzo 11 de 2001.
- 4 Periódico *El Obrero Católico*. La afición por la lectura. Medellín, octubre 29 de 1927.
- 5 _____ . Un buen libro. Medellín, agosto 6 de 1927.
- 6 _____ . Las lecturas. Medellín, marzo 26 de 1927.
- 7 _____ . ¡Alerta! Medellín, junio 4 de 1927.
- 8 _____ . Una lectora de novelas. Medellín, marzo 05 de 1927.
- 9 _____ . El Credo del Lector. Medellín, abril 30 de 1927.
- 10 Citado por Gómez, Anita. Op. cit. p. 85.
- 11 Periódico *El Obrero Católico*. El Credo del Lector. Medellín, abril 30 de 1927.
- 12 Ibídem.
- 13 Boletín del Círculo de Obreros, No. 12,
- 1918 En: Archila, Mauricio. El uso del tiempo libre de los obreros. En: *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Bogotá: Universidad Nacional-sede Bogotá, No. 18-19, Años 1990-1991, pp. 145-184.
- 14 Periódico *El Obrero Católico*. Un buen libro. Medellín, agosto 6 de 1927.
- 15 Periódico *El Obrero Católico*. ¡Alerta! Medellín, junio 4 de 1927.
- 16 _____ . El Credo del Lector. Medellín, abril 30 de 1927.
- 17 Bradbury, Ray. *Fahrenheit 451*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 2007, p. 60.
- 18 Periódico *El Obrero Católico*. El Credo del Lector. Medellín, abril 30 de 1927.
- 19 _____ . ¡Alerta! Medellín, junio 4 de 1927.
- 20 _____ . Por la moral de la sociedad. Medellín, abril 30 de 1927.
- 21 Periódico *El Obrero Católico*. El Credo del Lector. Medellín, abril 30 de 1927.
- 22 _____ . El mundo es una cárcel de papel. Medellín, noviembre 12 de 1927.
- 23 Periódico *La Defensa*, Septiembre 18 y 22 de 1924; abril 7 de 1927; octubre 31 de 1941 y noviembre 20 de 1944. En: Archila, Mauricio. Op. cit.
- 24 Periódico *El Obrero Católico*. ¡Alerta! Medellín, junio 4 de 1927.
- 25 Villamarín, Paola. Op.cit.

- 26 Ladrón, Pablo. *Novelistas buenos y malos*. Bogotá:
Editorial Planeta, 1998.
- 27 Villamarín, Paola. Op.cit.
- 28 Arciniegas, Germán. Entre la libertad y el miedo. En:
Periódico *El Tiempo*, 1996, p. 5A.
- 29 Giraldo, Graciela & Vélez, Regina. Entrevista con
el vendedor ambulante de libros. En: Revista
Fabricato al Día, Bello, octubre de 1965.
- 30 Ibídem.
- 31 Ibídem.
- 32 Montoya, Javier. Se necesita un lector. En: *Revista Fabricato al Día*, agosto de 1965.
- 33 Roca, Juan. Ni merma ni mengua la cultura. En:
Revista *Fabricato al Día*, Bello, 1967.
- 34 Comentarios sobre divulgación de autores colombianos.
En: Revista *Fabricato al Día*, Bello, 1965.
- 35 Lozano, Uriel. La biblioteca y el trabajador. En: Revista
Fabricato al Día, 1965, p. 2A.
- 36 Ramírez, Hernando. Adquisiciones de la biblioteca. En:
Revista *Fabricato al Día*, Bello, marzo de 1962.
- 37 López, Humberto. Diez años de la revista *Fabricato al Día*, 1969.
- 38 Carta al editor. En: Revista *Fabricato al Día*, Bello,
1965.
- 39 Editorial. En: Revista *Fabricato al Día*, Bello, 1959.
- 40 Roca, Tomás. La formación humana y cultural de los
hijos. En: Revista *Fabricato al Día*,
Bello, 1958



Facetas de la clase obrera bellanita, primera mitad del siglo XX

De las “pobres bobas” a los empresarios vivos

Por Adriana María Correa Arboleda

Resumen. En Antioquia nació un modelo empresarial que se extendió al resto del país a través del siglo XX. Los libros de personal han brindado una serie de datos que evidencian el control, la domesticación del trabajador y los mecanismos de productividad. Los métodos empresariales recaen, en un principio, sobre las mujeres y culminan en una política general de moralidad y conductas en el trabajo.

Palabras clave. Clase obrera, disciplina, domesticación, solterismo fabril, Fabricato, patronos, Bello.

El nacimiento de la industria y de la clase obrera en Bello

Desde que en los últimos años del siglo XIX, hombres de negocios se propusieron crear industrias, visionaron los lugares más propicios para la instalación de sus factorías. Bello, por sus condiciones topográficas, sus quebradas, que posibilitaban la generación de energía eléctrica para la maquinaria, fue uno de los territorios elegidos. Allí se instaló en el primer quinquenio del siglo XX, la Compañía Antioqueña de Tejidos. Pero, poco después, la Compañía de Tejidos de Medellín, fue lentamente adquiriendo fuerza y se constituyó en un gran atractivo laboral para la población circundante.

En 1909, trabajaban ciento quince mujeres y cincuenta y tres hombres. No obstante, las condiciones en la infraestructura en transporte y desarrollo técnico que existía en el país, ocasionó en la compañía muchas intermitencias en la producción. Bello era un poblado con terrenos

cenagosos, barro y estiércol. Por lo tanto, el transporte de maquinaria fue dispendioso.

La instalación y el montaje de la maquinaria se hicieron con la asesoría de los industriales ingleses. Emilio Restrepo Callejas, representante de un sector de los accionistas y gerente de la fábrica desde sus inicios hasta 1932, recibió técnicos y suministros para la capacitación y el montaje textil. La comunicación y recepción se vieron interrumpidas en varias ocasiones por las precarias condiciones de infraestructura vial que tenía el país. Para la importación y exportación de productos, el río Magdalena era la vía obligada, pero la comunicación entre una población y otra era casi nula. De Inglaterra llegaba maquinaria a Puerto Berrío, de allí, en tren hasta Caracolí y luego, a lomo de mula, al lugar



Encanilladora. Obrera de Fabricato de mediados de siglo XX. Foto Carvajal. Tomada de: Archivo Histórico de Fabricato.

de destino, con las consecuentes dificultades que originaban estos medios de transporte.

En repetidas ocasiones el gerente de la compañía escribía a sus asesores sobre los inconvenientes de la recepción de la mercancía, porque, en ocasiones, llegaba incompleta y también por los problemas de adaptación de los técnicos en este lugar. Otro de los grandes inconvenientes fue el sistema de transporte. Traer la maquinaria desarmada y cargada a lomo de mula de la estación Sofía,

se hizo muy difícil, debido a que en invierno se volvían los caminos casi intransitables, las mulas caían y la mercancía sufría serios daños. También, la irresponsabilidad de los arrieros que descansaban largas jornadas en las posadas o se quedaban en ellas de un día para otro sin razón aparente, retrasaban las entregas que se urgían para el funcionamiento de los procesos textiles¹.

Pese a estas irregularidades, la Compañía de Tejidos Medellín, que fue asimilada rápidamente como la fábrica de Bello, se posicionó en el mercado local y regional. Cada vez, llegaron más hombres y mujeres que se vincularon a ella, que presentaron también desde sus inicios, muchos

problemas de adaptación a la nueva disciplina laboral.

Fabricato logró crear en sus obreros un sentimiento de familiaridad y lealtad con la empresa, gracias a una sistemática política de asistencia social, e impartió una profunda educación ético-religiosa que arraigó en sus trabajadores valores como la constancia y el cumplimiento con el trabajo. Fue justamente, un proceso que inició desde muy recién inaugurada la empresa (1923), tras los problemas de adaptación que encontró en el personal vinculado. Fabricato, al igual que las demás empresas antioqueñas, se encontró con una masa de trabajadores dispuesta, que no se acomodó rápidamente a los procesos productivos esperados. Primero, porque esta nueva clase obrera, en su mayoría, procedente de los campos, estaba compuesta de hombres y mujeres muy jóvenes casi niños, que no estaban acostumbrados a la intensidad de los trabajos mecanizados, las largas jornadas de trabajo y los niveles de concentración que exigía. También, operar las máquinas no fue tan sencillo para un gran porcentaje de estos obreros que eran despedidos por dañar telas y piezas, graves problemas de indisciplina a los que incitaba el mundo urbano, sobre todo en estos centros obreros donde el alcoholismo alcanzó niveles preocupantes.

Obreras sumisas, obreras rebeldes

En la tradición cultural antioqueña se había caracterizado a la mujer como un ser sumiso y laborioso. De hecho, la religión católica

a través del púlpito y la escuela reforzaba permanentemente estos roles, adjudicándole una actitud de obediencia ante la autoridad masculina en diferentes ámbitos de la vida social. Los empresarios veían en las mujeres, en su mayoría campesinas, el personal ideal para vincular en sus factorías. Se precisaba cumplir con largas jornadas de diez o más horas de trabajo, además de la permanencia en un solo oficio. Tareas que cumplirían mejor las mujeres, aunque también se emplearon hombres, pero fueron en principio ellas las predilectas.

Pese a estas consideraciones, la relación no fue siempre tan idílica. La novedad y estabilidad que podían presentar estos nuevos trabajos, no lograron seducir completamente el ánimo de estas primeras generaciones de obreras. Además de la tradicional laboriosidad, había también hábitos de intermitencia laboral y cierta indisciplina en la vida personal. Este fue uno de los grandes problemas con que se tropezaron los industriales antioqueños. En fábricas como Coltejer, Fabricato, Rosellón, entre otras, sus dueños se lamentaban de la inestabilidad de su personal, argumentando que esto afectaba los ritmos de producción, pues cada vez era necesario entrenar nuevos trabajadores².

Otra de las características de esta joven clase obrera fue la impuntualidad al comienzo de la jornada o a la hora del almuerzo, sobre todo en este último momento, cuando los obreros salían a almorzar a sus casas y se demoraban más de lo autorizado y en el peor de los casos no volvían hasta el otro día. Por ejemplo, en la Compañía de Tejidos de Medellín, en 1909, el gerente preocupado por las tardanzas creó nuevos horarios, y prescindió de los trabajadores que salían a almorzar. Aunque a este respecto aducían dificultades de acceso, se optó por las reformas y despidos, lo que provocó el descontento, tal como lo informa el gerente a las directivas:

...Estas innovaciones, agregadas a la despedida de las mujeres de edad, produjeron varias huelgas que tuve que ir venciendo poco a poco; en una de ellas se fueron a medio día los principales hombres que manejaban las maquinas, pero logré detener al que atendía a la Pelton y pudieron seguir trabajando las mujeres de los telares y parte de las de los hilados, lo que fue un desengaño para los huelguistas³.

Aunque fueron protestas que no tuvieron una gran trascendencia en la cotidianidad productiva y a

juzgar por las fuentes no hubo mayor resonancia local, se evidencia una resistencia a asumir completamente las exigencias que se les hacían. Por eso fue tan famoso el sistema de multas impuesto a los obreros por las reiteradas llegadas tarde, por faltar sin ninguna razón a trabajar y también por "...aglomerarse varias en un mismo excusado, sobre todo cuando lo hacen para fumar tabaco"⁴.

Emilio Restrepo, combinando su autoritarismo con ciertas dosis de estímulos y de ejercicios y educación espiritual para sus obreras y obreros logró la marcha y el engrandecimiento de su fábrica. No obstante para sorpresa suya y la de la comunidad en general, se dio en su empresa la primera huelga de obreras en el país (1920). Estas jovencitas que desde tiempos atrás parecían haberse sometido a los designios de su jefe, no resistieron los embates de los vigilantes, ni las desconsideraciones laborales y económicas que se habían impuesto allí. En un lapso de 25 días Colombia entera conoció esta



Capacitación que se ofrecía a las obreras que vivían en el Patronato de Fabricato en sus ratos libres. Tomada de: Archivo Histórico de Fabricato.

huelga y gracias al apoyo de los demás obreros y de la comunidad antioqueña en general, Emilio Restrepo y la Junta que él representaba, debió someterse y cumplir las exigencias de las huelguistas

Pater Noster Fabricato

En 1920 Bellogozaba el reconocimiento por ser un importante centro textil. Ya otros empresarios habían avizorado las ventajas económicas que representaba este lugar. Por ello tres firmas comerciales, los Navarro, los Mejía y los Echavarría, iniciaron la construcción de la Fábrica de Hilados y Tejidos del Hato – Fabricato. Esta nueva empresa, cuyo montaje culminó en 1923, vinculó un gran número de obreros y sobre todo obreras, con las mismas características de las que trabajaban en las otras industrias. La dirección estuvo a cargo de Jorge Echavarría, miembro de una de las familias de reconocida trayectoria comercial e industrial, que sabía el engranaje mecánico y administrativo de estas empresas aprendido en Europa y Estados Unidos. El señor Echavarría rigió los destinos de Fabricato, investido de mucho poder, combinado con un “sentimiento paternal” que le permitiría un mayor estímulo para sus trabajadores.

Pero el mundo obrero antioqueño poseía en estos años de los albores de la industrialización ciertas características que contrastaban con las expectativas económicas y sociales de los empresarios. En el caso de las mujeres, personal preferido por ellos, porque tradicionalmente han ejercido el oficio de la tejeduría e hilandería—más



Filas de camas en el dormitorio de las obreras del Patronato. Allí las religiosas vigilaban el sueño de las internas para que no adoptaran posiciones “lascivas” al dormir.
Tomada de: Archivo Histórico de Fabricato.

que por su docilidad y laboriosidad—no se acomodó inmediatamente a los designios de sus respectivos jefes. De esto da cuenta la descripción de Jorge Echavarría, de los primeros conflictos que se presentaron en su nueva factoría:

... 21 de Septiembre de 1923... Anuncié los precios del contrato para el salón de telares. Les parecieron muy bajos a las pobres bobas que sólo saben de telares simples. Comenzaron a hablar de esto en corrillos y pararon todos los telares. Cuando supe lo que estaba ocurriendo paré los dos motores y dije que cuando los motores volvieran a empezar, cada telar debía estar trabajando. Sólo cuatro desobedecieron y fueron despedidas inmediatamente. Después de que se fueron le eché a las otras discurso

áspero y les dije claramente que no iba a soportar nada por el estilo y que lo que estaban queriendo era el trato duro que siempre habían recibido de don Emilio Restrepo, de los negros capataces y de los directivos⁵

A pesar de las constantes amonestaciones, multas y estímulos que la familia Echavarría empleaba para motivar a sus obreras, éstas se resistían ante la autoridad de sus patrones. A los pocos días de haber sido inaugurada la empresa, una joven bellanita fue despedida “por haber venido tarde le cerraron la puerta y sedujo a otras obreras para no venir al otro día”⁶. Casos de rebeldía como este fueron típicos en las diversas fábricas del Valle de Aburrá. Gerentes de varias empresas se lamentaban de la inconstancia y la falta de compromiso de los trabajadores, hombres y mujeres, en sus respectivos empleos, que se explicaba no sólo por las dificultades de adaptación en un lugar determinado, sino también, por la variada oferta laboral que había en la región.

Otro de los fenómenos que se presentó fue el ausentismo a causa de las festividades religiosas. Las fiestas patronales, las diferentes ceremonias religiosas, y demás ritos que la Iglesia católica había establecido, eran mandamientos más importantes que

el mismo cumplimiento al trabajo. Era un asunto que, aparte de llamar la atención, preocupaba bastante a los dueños de las empresas. Acudir a las fiestas religiosas en tiempo de la jornada laboral, era una situación muy frecuente: los obreros no dimensionaban el alcance de su falta. Al parecer era más satisfactorio y necesario cumplir con estos ritos que con los compromisos en sus respectivos trabajos⁷.

En el libro de personal aparecen registrados motivos de suspensiones y despido de mujeres por “...desobediente y perniciosa altanera, imperiosa, insolente, grosera impetuosa, porque vivía como aletargada; despedida por insopportable, porque le parecían injustas las obligaciones que le hacían, fue despedida por la misma causa por la que fue despedida la otra vez. Regañada se enojó y se fue, se retiró porque se disgustó con una compañera... En 1928 una obrera de 14 años, que reingresaba a la fábrica se retiraba nuevamente porque su hermana fue despedida”⁸. Sin embargo no se puede afirmar que la totalidad de esta clase obrera asumió estos comportamientos, pero sí se evidencia que un número significativo de ellos, era reacio a la rigurosidad de los largos ritmos de trabajo, a la estricta vigilancia y a los resultados que previamente se establecían para ellos.

De hecho, estas mujeres en su mayoría campesinas, muy jóvenes y casi niñas tenían dificultades en el manejo de la maquinaria, pues aunque no era de grandes complicaciones, estar atentas a los ritmos de la producción y a los óptimos resultados que debía arrojar, se hacía tedioso para quienes no estaban acostumbradas a desempeñar oficios que exigían tanta

mecanización. Cuando se despedía alguna obrera, los jefes anotaban que “era muy perezosa, se dormía recostada en los pedales, por dañar telas, se retiró por floja de cerebro por poca habilidad en el oficio... por mala trabajadora”⁹. Es posible que por la misma lógica del capitalismo, las largas jornadas de trabajo, la falta de adiestramiento o de motivación, obligaran a unas metas de producción difíciles de alcanzar.

Imposición del solterismo o vientres “estériles”

La tradición cultural y religiosa inculcaban una alta valoración de la virginidad de la mujer. El mito mariano de la virginidad era exaltado y recalcado desde la infancia. La sexualidad era vedada para las mujeres antes del matrimonio, y después de éste los fines eran exclusivamente para la procreación. De ahí que “una fuerte himenolatría y un violento rechazo al madresolterismo, generan el marginamiento y el repudio de la mujer que infrinja esta regla”¹⁰. En todas las esferas de la vida social, a las mujeres se les insistía en el valor y la castidad femenina: en la familia, en la escuela, en la iglesia y en la fábrica

por eso aquellas que “fracasaban”, al quedar embarazadas, eran inmediatamente rechazadas no sólo por las directivas de la fábrica que las expulsaban de sus empleos, sino porque eran socialmente marginadas. Bien lo describe el escritor antioqueño Jaime Sanín Echeverri, en su novela *Una mujer de cuatro en conducta*, cuando relata la vida de Helena Restrepo, una campesina que llega a trabajar en la fábrica Coltejer y quedó embarazada. Una de sus compañeras toma la vocería e informa al administrador:

“Doctor... nos da mucha pena, pero en el salón de hilados hay un escándalo que pone en tela de



Obreras en la sección de rotulado de las telas. Tomada de: Archivo Histórico de Fabricato.

juicio el buen nombre de la empresa. Usted sabe que nosotras con todo transigimos, nunca elevamos una solicitud, sino cuando se trata de la dignidad y la moral...”¹¹.

Son manifestaciones que reflejan la mentalidad de una época imbuida de un alto moralismo, en la que cada quien tenía la misión de ser guardián de los preceptos y de las “buenas costumbres”, a fin de evitar que estos transgresores de la moral habitaran sus espacios. Por eso las empresas antioqueñas adscritas a este pensamiento reforzado y promovido por la religión católica, cuidaban con alto celo la castidad y la buena conducta de sus trabajadoras.

No siempre estas mujeres esperaban que debido a su “estado” fueran retiradas de su trabajo. Así consta en los registros de salida del personal cuando anota que “se retiró porque dio un mal paso; se salió para atender asuntos propios de su estado; estaba encinta... se retiró sin avisar. Dicen que flaqueó”¹², son las anotaciones más comunes y en las que se evidencia que muchas mujeres antes de ser amonestadas por sus jefes tomaban la

decisión de irse, incluso sin avisar directamente o lo hacían a través de terceros, a lo mejor para evitar el escarnio.

Hábitos itinerantes de estos trabajadores

La gran curiosidad por otros empleos, la inestabilidad en el trabajo y los fuertes nexos familiares, fueron entre otros, situaciones que generaron la itinerancia de los obreros, con mayor frecuencia entre el sexo femenino. Las mujeres iban y venían. Trabajaban en la empresa un tiempo, volvían a su casa a solicitud de sus padres, a atender un familiar enfermo o a “temperar”. Se iban “para la fábrica de arriba sonsacadas por una compañera” y muchas por su propia voluntad; algunas volvían para retirarse poco tiempo después, como se presenta con altísima frecuencia en el periodo tratado. En 1923 una jovencita “sufrió un accidente en un dedo, mejoró pronto pero no volvió”. Poco después otra obrera fue retirada, tras haber reingresado por



Paseo al Picacho. Fotografía Rodríguez, 1920. Los paseos familiares en esta época eran promovidos por los empresarios en aras de un buen uso del tiempo libre. Toma de: Exposición virtual, festejos y costumbres. Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto.

quinta vez, pero ahora había sido despedida por levantar chismes en la calle¹³.

Cabe anotar en este punto, que los centenares de obreros que entraban a la empresa solo por una temporada que no excedía los cinco años, se retiraban para casarse. En la tradición cultural antioqueña, las opciones sociales de la mujer eran pocas: El matrimonio, la soltería con las connotaciones peyorativas que implicaba, y la vida religiosa. En Fabricato centenares de mujeres que trabajaron en sus instalaciones, estuvieron periodos que no excedieron los cinco años, pues en su gran mayoría se retiraban para casarse. De hecho, las mujeres casadas no se permitían allí ni en ninguna otra empresa porque se consideraba que el trabajo de obrera era incompatible a sus roles de esposa y madre. Aunque hubo algunas casadas que continuaron trabajando, eran casos raros entre las trabajadoras. Sólo a las viudas se les permitía trabajar en razón de las dificultades económicas que su estado civil representaba.

La moralidad dentro y fuera de la fábrica

La moral religiosa era espacialmente exigente con las mujeres. La fábrica y la Iglesia no ahorraban métodos para introyectar las “buenas” costumbres y el decoro con el que debían conducirse. Así mismo, ambas instituciones fueron drásticas cuando se violaban estos preceptos. Una mujer que se manejaba bien en su casa, haría lo mismo en todas partes. Por eso la vida en familia era un asunto de notoria importancia para los

empresarios antioqueños. De hecho se optaba por emplear aquellas niñas procedentes de “buenos hogares”, para lo cual se requería generalmente, de la recomendación de un sacerdote que diera cuenta del comportamiento de la futura trabajadora. La sumisión y la obediencia eran valores muy importantes. A la fábrica llegaban noticias de quienes tenían “mal manejo con la madre”, o de las que eran “inmorales en la calle, de las que bebían licor en un paseo y también de las que tenían mucha confianza con hombres en espacios públicos”¹⁴.

Por eso era política de las empresas evitar al máximo que hombres y mujeres se encontraran en la calle, razón por la cual establecían horarios de salida distintos. No es gratuito entonces lo que relata la literatura a este respecto de la empresa Coltejer en Medellín:



Publicidad de algunas marcas comerciales de la época de los años treinta.
Tomada de: Periódico *El Obrero Católico*, 1937.

Para la conservación del personal, las obreras salían antes que los obreros, a las diez. Los hombres salían a las diez y media. Con eso las mujeres ya habían llegado a las casas y se evitaban perjudiciales relaciones entre los sexos. Además se les inculcaba la virtud a las trabajadoras en todas las formas posibles y casi inconscientemente. La atmósfera era de una gran moralidad. Jamás una obrera de este salón salía sola ni transitaba en la noche por las calles oscuras. De a tres o de a cuatro se iban regando por los barrios de la ciudad, silenciosamente estas buenas mujeres que tenían necesidad de trabajar de noche...¹⁵

La rigurosidad en los comportamientos implicaba tanto el buen hablar como el hablar poco. Aquellas damitas, “un poco libres al hablar”, “groseras”; mal habladas no representaban tampoco un personal ideal y productivo. Según los empresarios, el buen ambiente lo posibilitaban aquellas trabajadoras calladas, que no desconcentraran a los demás con sus comentarios inoportunos, y sobre todo cargado de connotaciones inmorales de

acuerdo con los parámetros éticos y religiosos establecidos¹⁶.

¿Cómo debían manejarse los hombres?

Aunque la predilección de los primeros empresarios antioqueños fue por el personal femenino, se vinculó a sus factorías un significativo porcentaje de varones, en la mayoría de los casos menores de dieciocho años; incluso, hubo niños de catorce años que ya laboraban en estas empresas. En principio, los hombres desempeñaban oficios de mayor fuerza física o riesgo, en las secciones de mecánica y tintorería principalmente. En cuanto a su rendimiento,

presentaron muchas reticencias, que al igual que en las damas se daban porque aún no había un sentimiento de pertenencia totalmente arraigado, que hiciera más funcional y duradera su permanencia en la fábrica.

Muchos casos se encuentran en los registros de salida de estos personajes que evidencian claramente esta situación. En 1923, un joven de catorce años, que trabajaba en la sección de construcciones, huyó por



Jorge Echavarría. Primer gerente de Fabricato.
Foto Benjamín de la Calle. Fondo fotográfico BPP

la parte de atrás porque lo regañaron. En ese mismo año, un compañero suyo de dieciocho años se retiró disgustado con la fábrica porque

no le quisieron prestar dinero y otro, se fue contrariado por la suspensión de su hija. Se prescindió de trabajadores que asumían actitudes que podrían lesionar el nombre de la fábrica ya que no rendían como debía ser, tales como el joven de catorce años, arriero de burras, fue “despedido por maltratar a las bestias con otros niños, y otro obrero de la misma edad, que salió también por “perder tiempo en el excusado”. Son algunas muestras que evidencian el desarraigo de estos trabajadores, en épocas de inicios de la industrialización antioqueña. Hombres itinerantes, muy jóvenes en su gran mayoría, iban de empresa en empresa, y retornaban temporalmente a sus labores en el campo¹⁷.

Las exigencias en el comportamiento moral no fueron tan estrictas para los hombres como para las mujeres, pero sí se les amonestaba con severidad cuando su comportamiento vulneraba el buen nombre y la integridad de sus compañeras. “Gastar mucha confianza con las obreras”, ceder a la tentación de una compañera y abrazarla, eran situaciones mal vistas y sobre todo peligrosas si se daban en los sitios de trabajo. En los registros de salida de muchos trabajadores aparecen razones como las anteriormente descritas. En otras sólo se refieren a la falta de moral, sin describir el hecho. La administración de la fábrica no permitía que estos hábitos “moralmente escandalosos” se dieran en sus instalaciones, ya que el buen nombre de la empresa dependía de sus comportamientos sanos y socialmente aceptados. Otras razones no especificadas, motivaron altas deserciones de los que no permanecían largos años en sus trabajos. Jóvenes que duraban pocos meses, un año o a lo sumo cuatro¹⁸.

¿Políticas sociales o mecanismos de control?

Para la segunda década del siglo XX, Bello se fue configurando como centro industrial de gran importancia. Hacia 1918, la población era cerca de 6.500 personas y en 1938 había ascendido a casi 15.000 habitantes. Al igual que en los demás centros industriales del país, cerca a la empresa se fueron formando los barrios obreros; la actividad comercial se fue expandiendo: aparecían almacenes, tiendas, ladrilleras, trapiches y sitios de esparcimiento como billares y cantinas. En cuanto a estas últimas, era un asunto preocupante para varios estamentos de la sociedad. En los tiempos libres, los obreros iban a las cantinas, o a los prostíbulos que estaban en las periferias de las poblaciones, lo cual perjudicaba la disciplina laboral. La inasistencia al trabajo era mayor los lunes, llamados jocosamente “lunes del zapatero”, costumbre que procede desde el siglo XIX. Por ello, los patronos emprendieron serias campañas en contra del alcohol y de esparcimiento para los obreros, a fin de controlarlos.

De igual manera, se programaban conferencias semanales, ejercicios espirituales, regalos, medallitas y se incentivaba a hombres y

mujeres a participar en grupos de educación eclesiástica. Los patronos, eventualmente, iban a los salones de producción a trabajar con los obreros con la finalidad de crear un sentimiento de confianza e igualdad.

Hacia 1933, se promovieron los paseos familiares a los alrededores de las poblaciones. En Fabricato, a solicitud de Jorge Echavarría, se creó un club con comedor, duchas, salón de billares, sala de lectura, y cancha cubierta de básquetbol¹⁹. Por esos años, se inicia la práctica del fútbol como espectáculo de masas. Los empresarios impulsaron torneos en las fábricas. Hacia los años cuarenta se crearon los secretariados sociales, que organizaban fiestas y reinados entre las obreras y en los cincuenta se promovió para las mujeres la natación²⁰.

Para la satisfacción de las necesidades materiales se crearon políticas de vivienda. Por ejemplo, la Compañía de Tejidos de Medellín, construyó casas cerca de la fábrica para alquilárselas a los obreros a bajos costos, con el fin de que llegaran más temprano e incluso, les impuso que no asistieran con zapatos para que no se demoraran en los caminos cenagosos y no llevaran barro a la empresa²¹.

Fabricato, desde sus inicios,

emprendió políticas de bienestar para sus obreros. Así lo describió en su diario, el primer gerente Jorge Echavarría, el 19 de junio de 1924:

Comencé la escuela nocturna para los trabajadores —64 se inscribieron como si estuvieran ansiosos por aprender—. La maestra Delia Jaramillo de C. causó muy buena impresión. Yo dije un corto discurso animándolos²².

Una institución emblema de la empresa Fabricato, por el servicio social que representaba y que redundó en su beneficio, fue el Patronato de Obreras, inaugurado en 1936, que se estableció con la finalidad de albergar a las campesinas jóvenes que venían a trabajar y no tenían familia donde hospedarse. La regencia del Patronato se encomendó a las religiosas de La Presentación.

Los objetivos del Patronato eran hacer que estas nuevas obreras se adaptaran fácil y rápidamente a los nuevos métodos de trabajo. Que la conducción de su vida personal, no entorpeciera su ritmo de trabajo. La vida allí, en términos materiales, aparece como adecuada, pero la disciplina era estricta. Las obreras, al terminar su jornada laboral, debían estar inmediatamente en el Patronato y cumplir una rutina milimétricamente diseñada por las religiosas. Era una determinada cantidad de tiempo para el orden, las comidas, los hábitos de dormida y el cumplimiento de las actividades religiosas que no eran pocas. Tanto las salidas los fines de semana, como las visitas de noviazgo eran controladas.

¿Qué se debía ver, leer y pensar?

El desarrollo económico, el crecimiento de la ciudad, la dinámica social que se generó al lado de las grandes industrias y los requerimientos de los habitantes, condujeron a un proceso de modernización. A partir de los años treinta, además de la radio, el cine y los periódicos, irrumpieron los idearios socialistas, comunistas y anarquistas que contribuyeron al proceso de laicización del país y que pusieron en alerta a sectores conservadores como la Iglesia y la clase dirigente.

Para contrarrestar estos efectos “inmorales y revolucionarios”, la Iglesia en conjunción con sectores del Estado emprendieron campañas de “impermeabilización” ideológica para las masas populares. El púlpito se fortaleció como espacio de ataque a lo foráneo y fortín del establecimiento. La Iglesia arremetió desde allí y también creó órganos informativos para la sociedad en general. *El Obrero Católico*, fundado en 1919, fue un semanario dirigido a controlar y a disciplinar a los trabajadores. El periódico, de gran circulación departamental, condenaba los fenómenos modernos que aparecían en contravía de sus prédicas. La Iglesia, en su pretensión ecuménica, quiso asumir el control de la conducta y la cotidianidad de la sociedad colombiana y en especial de la clase obrera.

Ante la arremetida de la Iglesia, por un lado, y el descontento popular, por el otro, el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) emprendió políticas de laicización de la educación y propaganda para contrarrestar la

influencia religiosa y para satisfacer las expresiones de inconformidad de los sectores de la población. Además, los medios de comunicación de entonces tenían una orientación eclesiástica. En Medellín la radio difusión católica que emitía el rosario todos los lunes por “Ecos de la Montaña”; “La Voz de Antioquia”, que daba clases de catecismo y el rosario todos los martes; “La Voz del Hogar”, con la Hora Santa los viernes, y la emisora “Philco” que transmitía la Hora Apologética todos los sábados a las cuatro de la tarde, que tenían el propósito fundamental de contrarrestar la avanzada de las ideas liberales y socialistas en Colombia.

Con las mujeres la religión católica era más drástica. Se recordaba el ocultamiento del cuerpo como norma esencial de vida, por tanto quien no acatara esta norma caía en el mal gusto y la obscenidad. Para la mentalidad religiosa, la “fealdad del codo y la rodilla”, así como el horror de que las mujeres los anden exhibiendo... eran los “graves peligros” que acechaban a las que se atrevían a entrar en las modas, por lo que eran consideradas “instrumentos del vil Satán, a quien de corazón aborrecen y con su cuerpo ayudan...”²³. La Iglesia no escatimaba esfuerzos para mantener intactas sus tradiciones y condenaba aquellos discursos que fueran en contravía de sus postulados. La escuela y la familia

eran las instituciones en las que se cimentaban las doctrinas religiosas, que en la vida social se reforzaban. Los empresarios antioqueños, poco a poco, implantaron su discurso predominante de la moral del trabajo, de hacer que estos nuevos trabajadores vieran a sus respectivas empresas como espacios inherentes a sus vidas y que fueran acoplándose a los duros ritmos de trabajo que imponía la disciplina industrial.

Epílogo: empresarismo domesticador

A mediados de los años cincuenta, Fabricato se había posicionado en el imaginario colectivo como una empresa “benefactora”, artífice del crecimiento de Bello, y que había inculcado en sus obreros sentimientos de agradecimiento incondicional y servicio a los patronos. Para estos años, el empresarismo antioqueño, bajo la propuesta capitalista de mecanización y domesticación del trabajo, del tiempo de sus trabajadores, había logrado su propósito de construcción de un mundo regido por horarios, ritmos, turnos, producto de una intervención metódica y de una ingeniería administrativa, que incluía los llamados modelos aparentes de cooperación. El resultado fue la

creación de un ritual casi religioso de “acción de gracias” de los trabajadores hacia los patronos.

Las acciones empresariales y el control de los obreros maduran en una empresa como Fabricato, que al finalizar la década de los cincuenta se erige como modelo para el empresarismo nacional. Esto se expresó en una estabilidad financiera, social y productiva, que contrastó con el mundo inicial de 1923 a 1946, en el que predominaba la inestabilidad del trabajador por la falta de adecuación al nuevo sistema fabril. En los primeros 20 años la inestabilidad del personal de Fabricato fue alta. En efecto, en el libro de personal que registró a cerca de 6.500 obreros entre los años 1923 a 1946, se registraron diversos motivos de retiros y despidos del personal que en un 85% aproximadamente, no duraba un periodo mayor de cuatro años. Para los cincuenta ya había estabilidad, porque ésta no era fabril, sino que obedecía a los mecanismos de control de los empresarios sobre sus trabajadores. El *Pater Noster* había triunfado: padre nuestro confío en vos.

Referencias

- 1910-1945. Bogotá: Cinep, 1992, p. 183-184
- 1 Sala histórica de Fabricato. Libro copiador de actas, 1909. En adelante se citará S.H.F.
- 2 Mayor, Alberto, pp. 255 256
- 3 Archivo Histórico de Fabricato. Op. Cit.
- 4 Ibídem.
- 5 Gómez, Anita. Medellín, los años locos. Una mirada a la década del veinte a través de los diarios de un testigo. Medellín: Editorial UPB, 1985, p. 67.
- 6 S.H.F. Libro de personal de Fabricato. Folios 72,73.
- 7 Mayor, Alberto. *Ética, Trabajo y Productividad en Antioquia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, reimpresión abril, 1996, p. 256.
- 8 Libro de personal de Fabricato. Folios 2, 4, 10, 11, 40, 63, 117, 187.
- 9 S.H.F. Folios 3,8,14,42,52,101,118
- 10 Arango, Luz Gabriela. *Mujer, religión e industria Fabricato 1923-1982*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1991, p. 153.
- 11 Sanín, Jaime. *La mujer de cuatro en conducta*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1995, p. 99.
- 12 S.H.F. Libro de personal, Folios 28,118
- 13 Ibíd. Folios 155,186.
- 14 Ibíd. Folios 47-109-190-191
- 15 Sanín, Jaime. Op. Cit., p. 76.
- 16 S.H.F. Libro de personal, Folios 5,117
- 17 Ibíd. Folios 117.
- 18 Ibíd. Folios 42,167, 187.
- 19 Gómez, Anita. Op. Cit., p. 68.
- 20 Archila, Mauricio. *Cultura e identidad obrera. Colombia*,



Fabricato y Rosellón: aporte a la historia de dos ciudades

Por Edgar Hernando Restrepo Gómez

Resumen. El presente artículo describe, de forma comparativa, la influencia de la industria textil en las poblaciones urbanas de Bello y Envigado, sobre todo en la naciente clase obrera, a través de diferentes aspectos de índole religiosa, laboral, cultural y económica.

Palabras clave. élite empresarial, clase obrera, asistencialismo comunitario, cultura del trabajo, idea de progreso, Envigado, Bello, Fabricato, Rosellón.

Introducción

La modernización de la región antioqueña se ha interpretado en la corriente de la nueva historia colombiana, como el resultado del proceso de industrialización, tecnificación, crecimiento urbano y cambios culturales, aspectos que influyeron en el desarrollo de las ciudades y con mayor impacto en el asentamiento de las dos más importantes industrias textiles del siglo XX en Antioquia: Fabricato en Bello y Coltejer-Rosellón en Envigado.

Se han escogido ambas ciudades, primero, por tener un elemento similar, la implementación de una industria textil con todos sus beneficios y dificultades; y, lo segundo, por sus diferencias en la relación empresa-población: la inversión de capital de sus empresarios, los beneficios sociales implementados, los impactos económicos en sus respectivas localidades.

¿Cómo afectó la industria textil el desarrollo

de la localidad? ¿De qué manera estas ciudades fueron influenciadas en su población por el asentamiento de ambas industrias? La primera respuesta está en la creación de un sector obrero, que asimiló los nuevos ritmos de trabajo, con sus horarios, reglamentos y modos de ser. La segunda respuesta está en la influencia de la industria en la economía local, a través de los tributos al municipio, los salarios de sus empleados y obreros y las obras civiles o de infraestructura que propiciaron. Veamos a continuación el desarrollo de los aspectos mencionados.

Inicios de la industria

Las empresas textiles comenzaron a fundarse a fines del siglo XIX por la élite económica, ya que habían acumulado un importante capital por sus actividades en el comercio, el cultivo del café y la explotación minera del siglo XIX¹. Esa élite empresarial inició el montaje de la industria manufacturera como una actividad adicional a sus negocios, y aprovechó algunos factores como “la disponibilidad de mano de obra femenina dispuesta a abandonar el campo y a emplearse con salarios relativamente bajos; y la circunstancia de que los sistemas de trabajo, las actitudes frente al salario y la disciplina derivados de la experiencia en la minería y en la industria cafetera, permitieron acomodarse más fácilmente al trabajo fabril”².

Adicionalmente a estos factores, se agregaba otro: la demanda de energía eléctrica, puesto que era primordial para el éxito de la producción de las empresas. Es así como Germán Jaramillo Villa, con experiencia y estudios en

Europa, ubicó los mejores lugares tanto en Bello como en Envigado, pues las caídas de agua de las quebradas La García y La Ayurá, respectivamente, cumplían los requerimientos técnicos para mover las ruedas Pelton y suministrar la energía eléctrica. “Por su cercanía a Medellín, su situación topográfica y abundancia de aguas, Bello fue escogido para levantar allí la fábrica. Burgo triste, feo y de poquísimas población en esa época; distrito alegre, rico y floreciente hoy, con más de veinte mil almas, y con perspectivas de más brillante porvenir”³.

Otros elementos de la relación entre la élite y la formación de la industria fueron el carácter social de la familia como institución financiera, fue la principal fuente de canalización de fondos destinados a las empresas, como lo afirma Brew: “los miembros de una misma familia, como hermanos y primos, generalmente eran socios comerciales y manejaban los intereses de los parientes viejos y de las viudas de la familia... en un medio inseguro y sin instituciones legales adecuadas, esta costumbre fue esencial y permitió invertir con confianza en empresas



Acción de Fabricato (1992) para recapitalizar la empresa. Muchas familias como “amor filial” por la empresa, suscribieron varias empresas. Archivo Familia Betancur Jaramillo.

demasiado grandes para los recursos de un solo individuo”⁴. Este aspecto va a ser un factor común a las empresas textiles ubicadas en Bello y Envigado, y en la definición de la administración paternalista y su relación con la población y la administración pública de cada una de ellas.

El caso de Bello

El primer intento de empresa textil en Bello, fue la *Compañía Antioqueña de Tejidos* en 1902. Los socios fueron el Banco Popular de Medellín, Eduardo Vásquez J., Pedro Nel Ospina, la casa comercial de Álvarez y Cía y el comerciante Camilo C. Restrepo. El capital se estipuló en \$600.000 mil pesos, distribuidos en 1.200 acciones, a 500 pesos cada una. Eduardo Vásquez fue su principal accionista, teniendo en cuenta que además de sus acciones era socio del Banco Popular. Era hijo de Pedro Vásquez Calle, y junto a su hermano Julián, amasaron una de las más grandes fortunas comerciales en la segunda mitad del siglo XIX⁵.

Pedro Nel Ospina, sobrino y yerno de Eduardo Vásquez, fue un importante

ganadero, caficultor, exportador de café, y minero, gerente de la Cervecería Antioqueña, fundada en 1901 y de la Ferrería de Amagá en 1890, de la cual también fue accionista, además fue socio del Banco Popular y llegará

a la Presidencia de Colombia en 1922, como lo había hecho su padre Mariano Ospina Rodríguez en 1858.

Sin embargo, este primer experimento industrial fracasó y, según Santiago Montenegro, por “la inexperiencia de los empresarios y las elevadas y frecuentes alzas de tipo de cambio, dieron al traste con el capital inicial cuando no se había terminado de construir el edificio y la maquinaria no había sido despachada”⁶.

En julio de 1905 se constituyó la *Compañía de Tejidos de Medellín*,



Fábrica de Tejidos de Bello. 1919. Momento de descanso de las obreras. Fondo fotográfico Biblioteca Pública Piloto (BPP)

que después adquirió todos los bienes y se hizo cargo de las deudas de la *Compañía Antioqueña de Tejidos*. Sus accionistas pertenecían a dos familias: de un lado, la casa comercial de los

Cuadro 1: Desarrollo de las Fábricas textiles

Compañía	año de	Capital inicial (pesos)	Valores estimados de los activos			Número de telares				Número de Husos			
			1915	1925	1945	1915	1925	1945	1967	1915	1925	1945	1967
1.Compañía de Tejidos de Medellín (Bello)	1904	40.000 (Oro)	200.000	200.000	Adquirida por Hato	212	212	-----	-----	5.388	8.000	-----	-----
2.Fábrica de Hilados y Tejidos del Hato	1920	800.000 (oro)	-----	800.000	15.000.000	-----	150	1500	3440	-----	3588	50000	180000
3.Compañía de Tejidos de Rosellón	1911	102.000	102.000	1.000.000	Adquirida x Coltejer	100	200	600	-----	2908	-----	-----	-----

Fuentes: Brew, Op.cit., p. 397; Montenegro, Santiago Op.cit., p. 111, 118, 226; Ospina, Livardo Los Hilos Perfectos, pág. 26

Cuadro 2: Número de trabajadores 1915-1967

compañía	1915			1925			1945			1967		
	H.	M.	total	H.	M.	total	H.	M.	total	H.	M.	total
1.Compañía de Tejidos de Medellín (luego Bello)	110	400	510									
2.Fábrica de Hilados y Tejidos del Hato	-----	-----	-----			250			3746			6600
3.Compañía de Tejidos de Rosellón	20	100	120	90	290	380			1400			
4. Compañía Colombiana de Tejidos (Coltejer)	20	200	220	60	240	300			4000			8500

H: hombres M: mujeres Fuentes: Brew, Op.cit., p. 397; Montenegro, Santiago Op.cit., p. 111, 118, 226; los hilos perfectos, pág. 26

Cuadro No. 3: Número de obreros, sexo, salarios y jornada de trabajo en la industria de hilados y tejidos (centavos por día)

Año	No. fabricas	Hombres	Mujeres	niños	Total	Salarios Hombres	Salarios Mujeres	Salarios Niños	Horas Diarias
1926	14	969	1.906	179	3.054	146	67	47	9,5
1927	16	945	2.072	268	3.285	169	73	49	9,0
1928	17	1.168	2.134	279	3.581	172	81	48	9,0
1929	16	986	1.934	189	3.118	187	78	50	9,3
1930	16	1.063	1.742	201	3.006	149	67	52	9,0
1931	19	1.102	1.928	347	3.377	120	62	54	10,0
1932	23	1.254	2.061	387	3.702	101	59	42	8,5

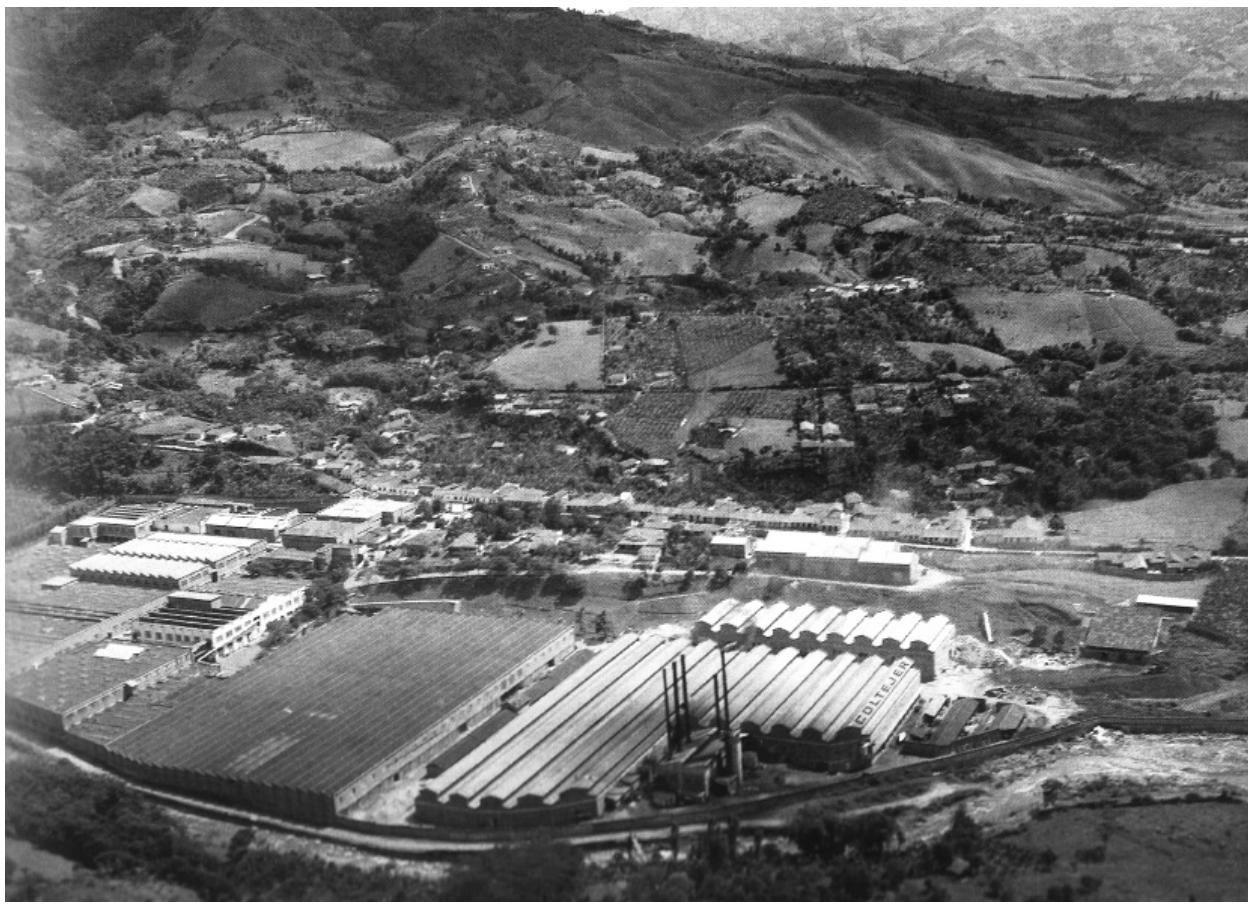
Fuente: Montenegro, Santiago Op.cit., p. 222

Restrepo Callejas y sus parientes; del otro, Eduardo Vásquez J., por ello su primer gerente fue Emilio Restrepo Callejas hasta su muerte en 1932. La compañía cambió de nombre en 1935 por Tejidos Bello y luego en 1939, fue absorbida por Fabricato.

Después de la superación de sus dificultades, Restrepo Callejas expresaba su optimismo y beneficio para la ciudad: "las personas que visiten nuestra fábrica y se den cuenta del capital invertido en ella

se persuadirán de que los empresarios estamos forzados a seguir adelante y a vencer cuantas dificultades se presenten... si nuestros deseos no nos ciegan, esperamos ver no muy tarde a Bello convertido en el Manchester de Colombia..."⁷.

Finalmente, Fabricato (Fábrica de Hilados y Tejidos del Hato) inicia sus operaciones en 1923 con los aportes de tres casas comerciales: Lázaro Mejía Santamaría y Cía., M. Navarro y Cía., y R. Echavarría y Cía., (Ramón, Pablo, Alberto y Jaime Echavarría), sociedad última que había participado en la fundación de Coltejer. Estas sociedades eran comerciantes al por



Panorámica de la Fábrica Rosellón. Fondo fotográfico BPP

mayor, con participación en bancos y minas. Los echavarrías fueron, inicialmente, minoritarios, pero luego compraron la participación accionaria a los Navarro. La inmejorable ubicación de la fábrica en Bello, es corroborada por Enrique Echavarría, cuando decía que:

Suerte y tino hubo en levantar la fábrica, pues ésta se alzó a orillas y a la desembocadura del mismo riachuelo del Hato y contigua a la estación del ferrocarril; los rieles de éste entran a la fábrica y sus vagones llegan hasta el mismo depósito de calderas. Gran facilidad hay así para el cargue de mercancías, y para el descargue de maquinaria y de carbón; éste entra diariamente por toneladas para alimentar la potente caldera de la planta eléctrica; la mano de hombre,

dificultosa y tardía, queda por ende eliminada⁸.

El caso de Envigado

La Compañía de Tejidos de Rosellón fue la tercera empresa moderna que se estableció en Antioquia. Aun cuando se inaugura en el año de 1915⁹ ya se había construido desde 1911 el edificio para la fábrica y se había importado una porción de la maquinaria; la parte correspondiente a la planta para hilados se perdió al hundir los alemanes el barco que la transportaba durante la primera

guerra mundial.

Rosellón fue fundada por la casa comercial de Heliodoro Medina E. constituida en 1895 en la ciudad de Yarumal y, desde principios de siglo XX, domiciliada en Medellín. Esta casa se ocupaba de la introducción de mercancías extranjeras, especialmente de telas y participó en la fundación del Banco de Yarumal

transcurso del tiempo, esta familia compraría otras empresas pequeñas de textiles: Compañía Unida de Tejidos y Encauchados (Tejiúnión), la cual con el tiempo se transformara en Satexco, Fábrica de Tejidos Hernández (luego *Tejidos Medina*) y Calcetería Helios.

Los más activos miembros de la familia Medina, fueron Heliodoro (padre) y Roberto (hijo), quienes serán los gerentes de Rosellón en sus primeros años. En Medellín, Roberto figuró en 1910 entre los directivos de la Cámara de Comercio y en 1911 como miembro del Concejo de Medellín¹¹. En 1939, cuando la fábrica fue vendida a Coltejer, el hijo migró a Bogotá donde fundó Tejidos Monserrate y Paños Colombia.

Campaña moral en Fabricato. Revista Fabricato al día, No.10 marzo 1960, p.38

Donhato



(1901) y fueron accionistas del Banco de Medellín (1884)¹⁰. Con el

En definitiva, la inversión de la élite comercial, financiera e industrial en el proceso manufacturero, implicó 17 principales empresas de textiles; nueve se encontraban en Antioquia (ocho en Medellín y una en Sonsón); además, de los \$2.389.400 (ver cuadro No. 1) que representaba el capital de las 17 empresas, un poco más de la mitad correspondía a las nueve empresas antioqueñas, aunque para entonces el mayor establecimiento textil era la fábrica Obregón en Barranquilla, seguidas por las fábricas de Bello y Coltejer en Medellín.

La clase obrera textil

Con la industria nació la clase obrera, no sindicalizada, fragmentada, sin objetivos comunes de lucha, con reivindicaciones coyunturales, con precaria influencia de los recién conformados partidos obreros y socialistas. La estadística obrera es incierta, no se tienen cifras fiables, salvo para algunos años posteriores, registrada en los censos industriales del municipio de Medellín, o la feria industrial de 1923 (ver cuadro No. 2). Según la investigación de Luz Gabriela Arango, en esta clase obrera predominaban las mujeres y los niños en un 85%, solteras en su mayoría, y menores de 25 años¹².

Sobre esta creciente clase asalariada, se realizó un constante control moral, social y religioso, con ayuda de las diferentes organizaciones católicas, en especial la *Acción Social Católica* y los órganos de prensa como *El Obrero Católico*, además de la labor de varias comunidades religiosas como los Jesuitas, las Hermanas de la Presentación, los Hermanos Cristianos o Lasallistas. Esta labor era complementada con la acción de la Juventud Católica, la cual preparaba a los jóvenes varones para la defensa de la Iglesia y la propagación de la Doctrina Social Católica entre los obreros¹³. Estas



Cooperativa Rosellón, 1967, asociación mutuaria de trabajadores, buscaba el progreso de sus asociados mediante el ahorro. Fondo fotográfico BPP

acciones de la Iglesia combinadas con medidas de la élite empresarial centradas en los “beneficios sociales y laborales”, y un asistencialismo comunitario; dieron como resultado obras de infraestructura como los barrios obreros, la clínica o centro de salud, el Patronato de obreras, las cooperativas de trabajadores, las escuelas públicas, los periódicos y revistas; con el fin de mantener los trabajadores sumisos y optimizar la producción, así como para prevenir la infiltración de las ideas y partidos comunistas. Por otro lado, se introdujo una ideología del trabajo de naturaleza religiosa, en la cual, la responsabilidad, el deber y el amor por la empresa y el patrón (como familia y comunidad cristiana) primaban en las relaciones laborales y sociales.

La población obrera textil en Bello como en Envigado, fue un sector social pequeño, ya que entre 1905 y 1925, su crecimiento se hizo al ritmo de ampliación de la producción. Así en la de Tejidos Bello ascendió de 150 a 510, entre hombres y mujeres, y la de Rosellón fue de 120 a 380. Esta evolución explica el crecimiento moderado de ambas empresas, que sólo se modificó cuando se superó la crisis financiera de 1929 y se dio la expansión de su productividad en 1930, lo que permitió alcanzar los

aproximadamente, de los cuales 2.505.000 eran trabajadores o población económicamente activa y descontando los demás sectores económicos, quedaban 101.000 obreros en la industria manufacturera¹⁴. La industria textil antioqueña, comenzaba a representar un peso significativo en la sociedad y en la economía local, pues lideró el proceso de modernización de la región.

Este peso significativo del sector obrero en las ciudades tuvo efectos a largo plazo en el crecimiento poblacional. Bello triplicó su población, al pasar a más de 5000 habitantes en 1913, a 13.416 en 1938. En contraste, Envigado fue más lento, y aunque poseía 9.624 habitantes en 1918, su incremento fue escaso pues sólo pasó a tener 14.054 habitantes en el mismo periodo. Este crecimiento es paradójico, teniendo en cuenta que existían otras empresas de importancia, como las fábricas de Calzado Grulla, La Bota del Día, Rey Sol, una empresa de curtidores, varias fábricas de bocadillos y otras pequeñas industrias¹⁵.



Coltejer Rosellón. 1950. Autor Gabriel Carvajal. Para estos años, la presencia de hombres entre los trabajadores se había incrementado, desplazando paulatinamente a las mujeres. Fondo fotográfico BPP

4.746 obreros en 1945, Fabricato y Coltejer juntas (ver cuadro No. 2).

Con referencia a esta demografía y en el contraste de las dinámicas del siglo XX, en 1925, Colombia poseía 6.724.000 habitantes

Adicional a su crecimiento poblacional, el impacto de los salarios en las economías locales, se evidenció en la creación de varios almacenes comerciales, el consumo de electrodomésticos y la modificación paulatina del dominio patriarcal, ya que las mujeres obreras pudieron aportar a los ingresos familiares, adquiriendo mayor consideración, reconocimiento social y estatus. Aunque

varias de ellas, alejadas de sus parientes en el campo, se alojaron en los Patronatos, donde las Hermanas de la Presentación moldearon su conducta, su cuerpo, su mentalidad¹⁶.

Los salarios percibidos por las mujeres eran la mitad con respecto a la de los hombres y algo más que las percibidas por los niños (Ver cuadro 3). Esta situación contribuyó a las altas márgenes de utilidades de las empresas textileras en las tres primeras décadas del siglo XX; y sólo comenzaría a cambiar a partir de 1930, con la incorporación de mayor fuerza de trabajo masculina al proceso productivo, el consiguiente aumento de remuneración, y el establecimiento de la jornada laboral de ocho horas, por medio de la promulgación del decreto 895 de 1934, en el gobierno de Enrique Olaya Herrera. Adicionalmente, los salarios se verían afectados por reformas administrativas y técnicas en las empresas textileras, con el fin de lograr mayores niveles de productividad como la generalización del sistema de pago a contrato (o a destajo), mediante el cual los sueldos dependían del rendimiento sacado a las máquinas; mejoras en los sistemas de liquidación de producción por obreros; traslados internos de personal, despidos de la mano de obra considerada superflua; y, por último, importación de maquinaria equipada con contadores para medir la producción del obrero¹⁷.

Estas reformas antiobreras causaron una reacción de los trabajadores y produjo en la región, las huelgas de Coltejer en 1935 y Rosellón en 1936. La primera, paralizó a Medellín, pues generó solidaridad de otros sindicatos, como el de los electromecánicos, que dejó la ciudad sin energía eléctrica; la segunda, en Envigado, donde la empresa cerró la fábrica y el gobierno de López Pumarejo declaró ilegal la



Monumento a Cristo Rey. Barrio Mesa. Envigado. Sitio de oración y culto en medio del barrio obrero de Rosellón. Fondo fotográfico BPP

huelga por haberse omitido algunos trámites en el proceso de declaración. Ésta última contó con un amplio apoyo de la población, de otros sindicatos e incluso de las autoridades municipales, situación que permitió el éxito de la misma cuando el gobierno medió para

que la empresa firmara un acuerdo que reconocía a los obreros el alza de salarios, mejoras en los servicios médicos, vacaciones remuneradas en Semana Santa y Navidad, entre otros reclamos¹⁸. Esta huelga de Rosellón demostró la relación estrecha entre la empresa, la población y el municipio, pues los conflictos, dificultades y éxitos implicaban efectos sociales y económicos de largo plazo.

Cambios culturales

“Dios y Fabricato”, se decía en esos años entre los habitantes de Bello y “Rosellón lo es todo”, entre los de Envigado; fueron frases que constituyeron el síntoma de una nueva cultura del trabajo, de una nueva concepción de familia y comunidad. La fábrica inició un proceso de cambio de ritmo de vida y noción del tiempo, que fue introducido paulatinamente en la mentalidad de los obreros y de la población en general. El sonido de la sirena de la fábrica marcaba el paso de las horas, ayudado por las campanadas de la iglesia, el movimiento apresurado de sus habitantes, ya que quedaba poco tiempo para el ocio y el tiempo libre, “el tiempo es oro”, y se introducían nuevos valores sociales como la responsabilidad y la puntualidad. Estos aspectos configuran el propósito de la élite empresarial de



Semanario Lanzadera, No. 238 de Septiembre de 1953. La Revista cumplía nueve años de difundir cultura, educación y noticias locales en el medio obrero. Sala Antioquia, Biblioteca Pública Piloto

inculcar una disciplina capitalista del trabajo. Y sin embargo, las diversiones se produjeron alrededor de lugares donde se consumía alcohol como las cantinas y fondas, y éste uso del tiempo libre generó recelos en los empresarios que lo consideraban tiempo “dilapidado” y, por lo tanto, recurrieron al sistema de recompensas y multas en la fábrica, por un lado (sanciones ya instauradas por Emilio Restrepo desde 1909); y campañas morales, por el otro (Ver caricatura). Adicionalmente, para la Iglesia, eran los momentos de la inmoralidad y la corrupción del buen cristiano y, para el Estado, oportunidades de fraguar rebeliones y huelgas¹⁹.

En el obrero textil, el pensamiento de ser parte de la empresa, de cumplir un destino y una

cultura se elevó, porque los conocimientos de índole diversa llegaron a los trabajadores de la Compañía.

El semanario ha librado campañas provechosas para la colectividad trabajadora, ha rendido frutos indudables que no es preciso resaltar.

Al registrar un nuevo cumpleaños, LANZADERA reitera sus propósitos firmes y sus propósitos que siempre lo han animado, a trabajar por un adelanto cultural y material de los trabajadores de Coltejer, La Primera Empresa Textil y Clínica Colombiana.

COLTEGERENCIA SIGUE INVICTA.
Coltegerencia 6
Quilbanco, 1

El sábado pasado a las 4 de la tarde se enfrentaron en la cancha de Sedeco los cuadros Quilbanco y Coltegerencia, presentando este último los siguientes jugadores: Jaime Restrepo; Marco A. Sánchez y Alfonso Díaz; Vernal Gómez, Guillermo Posada y Jesús Quiroga, adelante Luis Betancur, Aristarco Sánchez, Juan N. López, Rafael Calad y Humberto Aristizábal. En el primer tiempo salió Aristizábal Sánchez y entró William Betancur.

Goles: Abrió el marcador Quilbanco en el primer tiempo. Vinieron luego dos goles de Juan N. López en menos de dos minutos, uno de ellos al colgar en gran forma un tiro libre. Terminando el primer tiempo dos por favorable a Coltegerencia.

En el segundo tiempo el dominio de Coltegerencia fue perfecto y anotó 4 goles por intermedio de Juan N. López (3) y Luis Betancur (1), terminando el encuentro seis por uno favorable a Coltegerencia. El gol de Betancur fue un “balzo” desde el arquero, bastante difícil para tirar a la puerta. Escoger los mejores de Coltegerencia sería una injusticia, ya que todos actuaron como verdaderas estrellas; sin embargo, el mejor si se puede escoger y ese fue Juan N. López.

función importante, era un elemento que giraba constantemente en su cabeza. En el tiempo de su jubilación, se presentaba el “síndrome del pensionado”, que causaba depresión porque la vida había perdido su razón de ser, su sentido de “utilidad” para la sociedad y la ciudad. Este pensamiento de los obreros, no nació de ellos, fue el producto de un sistema empresarial, religioso, social y moral que vio la forma de moldear a una clase social popular, en una nueva cultura capitalista del trabajo, haciéndola parte indispensable de la cadena productivo.

La idea de progreso

La instalación de la energía eléctrica y la fundación de las industrias, fueron aspectos que para los habitantes de Bello y de Envigado, representaron avances de la modernidad, de los cuales no debían sustraerse, si querían estar a la par de otros países industrializados o ciudades modernas del siglo XX. El cosmopolitismo de la élite empresarial y su visión de los negocios impusieron la ya decimonónica *idea de progreso*²⁰ en las poblaciones locales, convirtiéndose en la abanderada de la sociedad y de la cultura regional.

La llegada del ferrocarril con sus estaciones, sus locomotoras y la agitación de viajeros y mercancías, estimuló la imaginación y el entusiasmo de los pueblos; así también el alumbrado de calles, parques y barrios, amplió el horario del diario vivir y la diversión nocturna se fortaleció; por igual el tranvía con sus rutas integraban y acercaban aún más las comunidades. En definitiva, fue una época de grandes transformaciones técnicas y cambios

en las condiciones de vida que eran percibidas como de un “progreso infinito” de nunca acabar. Fue la demostración precisa del poder del hombre sobre la naturaleza y la confianza en sus capacidades para crear un mundo mejor. Un cronista de la ciudad anotaba el cambio de la modernidad y el progreso en el transporte, cuando observaba “que muchos pasajeros del tren descendían de él para concluir su trayecto en tranvía. Como quien dice, para cambiar de material rodante tirado por carbón a material rodante tirado por electricidad. Eran cosas del progreso”²¹.

En Envigado, los líderes locales veían que la instalación del alumbrado eléctrico, así como la creación de industrias locales eran sinónimos de “civilización y progreso material” indispensables para la población y para el renombre de la ciudad misma. Así, concedieron exención de impuestos y también concesiones de aguas tanto para los asentamientos de fábricas como para la instalación de plantas de energía eléctrica. La familia Medina, una de las dueñas de Rosellón, obtuvo condiciones ventajosas del Concejo Municipal al obtener la concesión de aprovechamiento de la quebrada La Ayurá y la exención de impuestos por 20 años, a cambio de emplear mano de obra de la ciudad. Posteriormente,

el vertimiento de tintas, la reducción del caudal para los productores paneleros y el uso doméstico, fueron las quejas de la población para retornar el dominio en el uso de las aguas al municipio en los siguientes años. Además de Rosellón, otras fábricas aprovecharon las aguas de la quebrada La Ayurá para sus procesos industriales como la Fábrica Nacional de Chocolates, los talleres mecánicos y de fundición, entre otros²².

Un aspecto de las concesiones a la “corriente del progreso”, fue la manera como las empresas locales se hicieron accionistas mayoritarios de

el suministro de energía. La empresa Rey Sol (1912), en Envigado, obtuvo la mayoría accionaria en la Compañía de Instalaciones Eléctricas de Envigado creada en 1910, para el montaje de la planta eléctrica y la administración del servicio de energía. Ante la prevalencia de los intereses privados en la prestación del servicio y las protestas de la comunidad, el Concejo Municipal inició un proceso de recuperación de la compañía hasta lograr su municipalización en 1926²³.

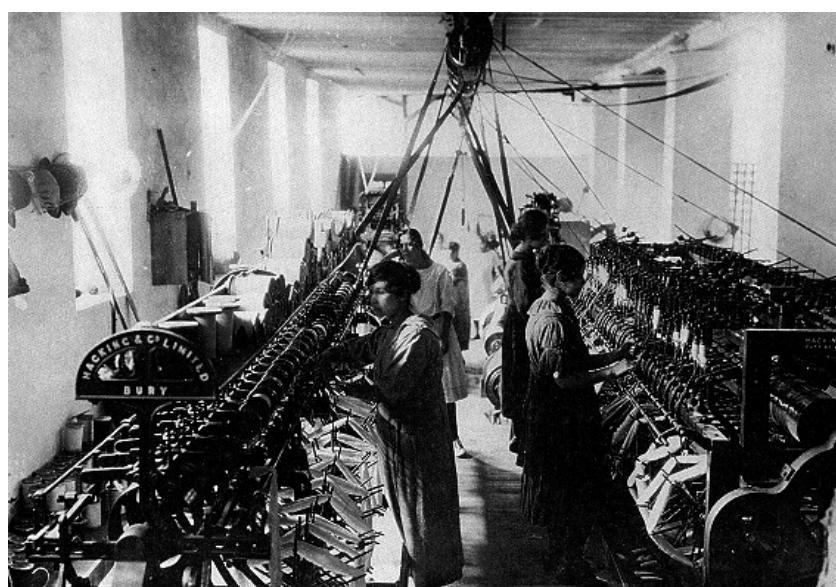
La fábrica de Tejidos de Bello o fábrica “vieja” utilizó las aguas de las quebradas y la exención de contribuciones directas por 10 años del Concejo Municipal hasta que por Acuerdo de 1916, y luego de la demanda del gerente Emilio Restrepo Callejas, fue grabada en 1000 pesos

anuales²⁴. En los siguientes años, se incrementaría la contribución directa o impuesto a la industria por la creación de Fabricato en 1923, y la fusión de ambas textileras en 1939; además, el ente municipal negoció el pago de impuestos por medio de préstamos condonables u obras públicas prioritarias.

En sus comienzos, el suministro de energía eléctrica para la población

las compañías eléctricas, y en menor proporción el municipio y algunos particulares, con el fin de obtener tarifas preferenciales al monopolizar

fue precario y se limitaba a las oficinas oficiales y a algunos almacenes comerciales del centro de la ciudad. Esto se debió a la poca capacidad de las plantas eléctricas instaladas en el cerro El Calvario (1919) y la vereda Potrerito (1930), a



pesar de que la primera contó con la participación del ingeniero civil Alejandro López.

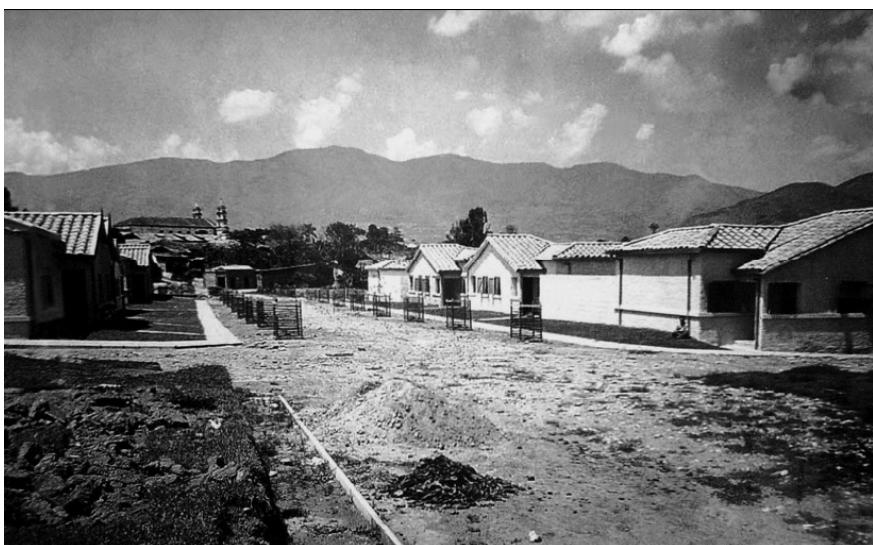
Otro elemento para afianzar la idea de progreso en el sector obrero fueron los medios de comunicación impresos en las fábricas como forma de impulsar sus ideales productivos y patrones culturales; así, Fabricato público *Gloria* y *Moda Nova*, como divulgación de estilos y modas modernas. Posteriormente, la revista *Fabricato al Día*, fue el órgano comunicativo por excelencia de los logros y campañas de la empresa; el periódico *El Telar* en la década de los cuarenta y el *Boletín Quincenal* en los cincuenta, que propagaba la doctrina social Católica. Coltejer-Rosellón impulsó la revista *Lanzadera* (1944), medio centrado en la literatura, la educación obrera, la recreación deportiva y las noticias de Envigado.

Desarrollo urbano

El tránsito de pueblo a ciudad es un proceso de largo aliento, se inicia con la fundación de las fábricas textileras, la expansión urbana con nuevos barrios, y continúa hoy con la creación de nuevas centralidades de comercio y servicios. Se piensa que la clase obrera, con sus mejores ingresos, modificó el panorama de las economías locales, puesto que los salarios eran ligeramente superiores a los percibidos en el

campo; pero, ante el costo de vida de la ciudad, se reducían sustancialmente.

Las huelgas ocurridas tenían como una de sus reivindicaciones el alza de salarios, como fue la desarrollada en la Compañía Antioqueña de Tejidos, en 1920, en la ciudad de Bello. Entre sus reivindicaciones, además de la remuneración, estuvo el chantaje sexual, la prohibición de entrar



Barrio Obrero Envigado. La empresa construye nuevos espacios urbanos, como parte de los beneficios sociales. Fondo fotográfico BPP

calzadas y las numerosas multas sin motivo²⁵.

En Bello, los puntos de referencia que establecieron las líneas del desarrollo urbano, en sus primeros treinta años, fueron las dos principales fábricas de textiles mencionadas, y la estación del ferrocarril con sus talleres, 1913 y 1925 respectivamente. Estos nuevos polos de desarrollo atrajeron y concentraron mano de obra local y de otras regiones, y marcaron las

directrices de la expansión urbana en los próximos años, que convirtieron a un pueblo en ciudad²⁶.

Los barrios obreros en Bello se crearon por iniciativa de Fabricato para darles una vida más digna a sus trabajadores, por ello impulsó los barrios Manchester (1925), el Obrero (1947), Santa Ana (1954) y, el San José Obrero con iglesia, cancha deportiva, teatro y cuadras con amplio trazado de calles. Igualmente, la empresa estableció las proveedurías con alimentos a bajos precios, la clínica para los servicios de salud y el Patronato como alojamiento y comedor comunitario.

Otro aspecto de la influencia de la empresa en la población fue la creación de las cooperativas, que buscaron incentivar el ahorro, mejorar los beneficios sociales y el nivel de vida de sus asociados. En 1953 se creó la Cooperativa de Rosellón y Sedeco y, en 1957, se creó la Cooperativa de trabajadores de Fabricato, Cotrafa, por iniciativa de directivos y con la participación de 161 trabajadores²⁷.

En Envigado, el establecimiento de la fábrica, propició principalmente el desarrollo del sector oriental de la ciudad, entre otros y la ampliación de su sector tradicional, alrededor del parque, abrió nuevas calles y

zonas futuras de expansión urbana, como los barrios Mesa, Obrero, la margen nororiental de la quebrada La Ayurá, las lomas del Escobero y las Brujas, La Mina y Chinguiú.

De igual manera, la fábrica de Rosellón en el sector de El Salado, requirió la apertura del camino que conducía a sus instalaciones, lo que propició el surgimiento de casas a lo largo del mismo y la urbanización de las tierras aledañas²⁸. Es el caso del barrio Jesús María Mejía²⁹, o barrio Obrero como es conocido, construido por Rosellón en un lote de terreno de 12 cuadras, y comprado a la Sociedad Félix de Bedout e hijos para destinarlo a vivienda obrera. El fomento y creación de los barrios obreros, en esa relación fábrica-población, permitió a los propietarios de las empresas la posibilidad de anclar a sus trabajadores, darles sentido de pertenencia y evitar las dificultades en los desplazamientos urbanos, dado que los trayectos comenzaban a hacerse más largos.

Como apoyo y complemento al trabajo social, algunos particulares impulsaron la creación de la parroquia de San José (1952), patrono de los trabajadores, ubicada a pocas cuadras de la fábrica, donde laboraban cientos de obreros. El templo de estilo neogótico, se construyó en terrenos donados por las hermanas Elvira y Lucrecia Rendón. Su primer párroco, Antonio J. González, comentaba en 1956 sobre su labor en el medio obrero y sus creencias religiosas: “sólo me resta por decir que anhelo, con todas mis fuerzas, el mejoramiento permanente de la vida espiritual de la parroquia, así como el mejoramiento material de varios miles de obreros que componen mi grey y cuyo fervor y

entusiasmo religioso me ha llenado siempre de satisfacción y de orgullo”³⁰.

La población envigadeña como la de Bello, fueron objeto de control del pensamiento, la cultura y la moral, a través de diferentes grupos religiosos, como la Juventud Católica, la cual impulsó la erección del monumento a Cristo Rey en la avenida del barrio Mesa Jaramillo (1931) y la estatua de la Santísima Virgen en el Barrio Obrero o Jesús María Mejía (1941)³¹. Este control y moldeamiento de la conducta en la población fue criticado por Fernando González, el filósofo de Otraparte, quien decía en la *Revista Antioquia* en 1936: “el muchacho envigadeño es maligno, inquieto, trepador de torres y tapias, poseedor con anzuelo, atarraya, tacos y totuma achicadora. Pero últimamente, con la fábrica de Tejidos de Rosellón, Medellín le ha contagiado a Envigado la sífilis, y los niños se están volviendo raquííticos”³². Esa intrepidez y vivacidad de los pelaos fueron menguadas por los sometimientos disciplinarios fabriles, que permearon la familia, la escuela y las diversiones infantiles.

Epílogo

Es indudable que las empresas textiles dejaron una huella profunda en las ciudades estudiadas, que aún hoy, se ve en el paisaje urbano, en la cultura local y en las personas mismas. Fueron referentes obligados en el desarrollo de los municipios, sus crisis y paros, que afectaban de forma considerable su economía y sus familias. Fabricato y Coltejer-Rosellón crearon parámetros sociales para los trabajadores que fueron modelo para el capitalismo paternalista, con sus diferentes programas, cuyo derrumbe se

empieza a evidenciar por la arremetida de las políticas neoliberales que le dieron protagonismo al capital financiero y especulativo que obligaron a una transformación radical del modelo industrial. Además la irrupción del narcotráfico dio al traste con la idea del trabajo como productor de riqueza. La muchachada “raquítica”, como decía el brujo González, ya no quería gastar su vida en los telares ni sufrir el “síndrome del pensionado”. El espejismo del narcotráfico los encandiló³³.

Fabricato entró en crisis en 1980 y “afectó la población, al comercio, la vida cotidiana, y poco a poco, la arquitectura de este imaginario que consideraba a la empresa como lo mejor que le había ocurrido a Bello, también se derrumbaba. ¿Cómo operaba todo esto en la mente de las nuevas generaciones?”³⁴. Fabricato ya no era la industria que marcaba la pauta a la ciudad, la mayoría de sus trabajadores no eran de allí, y otros sectores económicos como el comercio y los servicios entraron a dominar en los paisajes urbanos.

En contraste, en Envigado la presencia de Coltejer-Rosellón comenzó a desaparecer a partir de 1995, cuando sus directivos decidieron reorganizar sus plantas de producción, cerrar las instalaciones de Rosellón, trasladar sus máquinas y trabajadores a

Sedeco. Algunos continuaron, otros negociaron su salida recibiendo una precaria liquidación y pensión. Posteriormente, los terrenos que ocupaba la fábrica se convirtieron en nuevas urbanizaciones y unidades residenciales de estrato cuatro; y, en una franja que se utilizó como medio de pago al municipio, por deuda de impuestos, se constituyó en el espacio donde se levantó la actual Institución Universitaria de Envigado.

El narcotráfico se valió de lo conquistado en lo mental y lo religioso por parte del modelo empresarial, para reclutar “mano de obra” para sus funestos propósitos. No en vano, como el caso de Bello, se supo que muchos de los sicarios de la época fueron hijos de obreros. En cambio, en Envigado el asunto fue distinto, hubo una centralización de la “inteligencia” táctica de este nuevo fenómeno. Rosellón desapareció y de Fabricato, que era la “Tela de los hilos perfectos” se está deteriorando en su trama y su urdimbre.

Referencias

1Botero, Fernando. *La Industrialización en Antioquia: Génesis y consolidación 1900-1930*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2003, p. 10.

2Brew, Roger. *El Desarrollo Económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920*. Bogotá: Banco de la República, 1977, pp. 393-394.

3Echavarría, Enrique. *Historia de los Textiles en Antioquia*. Medellín: Bedout, 1943, p. 17

4 Brew, Op.cit., p. 112.

5 Botero, Op. Cit. p. 46-47

6Montenegro, Santiago. *El Arduo tránsito hacia la modernidad: historia de la industria textil colombiana durante la primera mitad del siglo XX*. Bogotá: Editorial Norma, 2003, p. 109

7Dávila, Carlos. *Empresa y empresarios en la historia de Colombia: siglos XIX-XX*. Bogotá: Planeta, 2003, p. 125

8 Echavarría. Op.cit., p. 36-37

9 Archivo Histórico de Antioquia. Estatutos Compañía de Tejidos de Rosellón, Escritura 25, enero 7 de 1915.

10 Echavarría, Enrique. *Crónicas e Historia Bancaria de Antioquia*. Medellín, Instituto Tecnológico Metropolitano, 2003, p. 136

11 Para mayor detalle del proceso inversionista de la familia Medina en la industria, ver: Olano, Ricardo. *Memorias: 1890-1950*. Medellín: Editorial Eafit, 2004, p. 323.

12 Arango, Luz Gabriela. *Mujer, Religión e industria: Fabricato 1923-1982*. Medellín: Editorial U.de.A., 1991, p. 44.

13 Londoño, Patricia. *Religión, Cultura y Sociedad en Colombia*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 85,129

14 Archila, Mauricio. La otra opinión: la Prensa Obrera en Colombia 1920-1934. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 13-14, p. 210.

15 Se decía que estas primeras fábricas mencionadas contaban cada una con 80 obreros, y que “la estadística acusaba un número de 1081 personas dedicadas a las industrias manufactureras”. Monografía de Antioquia, Envigado. 1941, Cervecería Unión, p. 2

16 Cf. Restrepo, Edgar. El Patronato de Fabricato (1938-

- 1974): Instrumento de control y adoctrinamiento de obreros. En: *Revista Huellas de Ciudad*, Centro de Historia de Bello, No. 10, abril-junio de 2008, pp. 45-55.
- 17 Montenegro, Santiago. Op. cit., p. 233
- 18 Osorio, Iván Darío. Historia del Sindicalismo. En: *Historia de Antioquia*. Coordinador Jorge Orlando Melo, Editorial Presencia, Suramericana de Seguros, 1989, p. 284.
- 19 Archila, Mauricio. El uso del tiempo libre de los obreros. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Bogotá: Universidad Nacional-sede Bogotá, No. 18-19, Años 1990-1991, pp. 145-184.
- 20 Bury, John. *La idea del progreso*. Madrid: Alianza Editorial, 1971, p. 290.
- 21 Ospina, Uriel. *Medellín tiene historia de muchacha bonita*. Medellín: ITM, 2004, p. 140.
- 22 Acuerdo 22 del 2 de agosto de 1912 del Concejo Municipal de Envigado. En: Preciado, Bibiana. Fecundidad y progreso en disputa: agua y modernización en la quebrada La Ayurá. Tesis de Grado, Universidad de Antioquia, 2007, p. 109.
- 23 Preciado, Bibiana. Op.cit., p. 117. Igual ejemplo existió en Medellín con la empresa textilera Coltejer al obtener el dominio accionario de la Compañía Antioqueña de Instalaciones eléctricas.
- 24 Archivo Histórico de Bello. Carta de Emilio Restrepo al Concejo Municipal, diciembre 2 de 1916, folio 511.
- 25 Correa, Adriana. Bello 1920: primera huelga de obreras en Colombia. En: *Revista Huellas de Ciudad*, Centro de Historia de Bello, No. 12, abril de 2010, p. 73
- 26 Restrepo, Edgar. Crecimiento Urbanístico de Bello. En: *Revista Huellas de Ciudad*, Centro de Historia de Bello, No. 9, enero-abril de 2007, p. 45.
- 27 Aricapa, Ricardo. *Lo Importante no es durar: Crónica de Cotrafa Cooperativa Financiera en sus 50 años*. Bello: Editorial Zuluaga, 2008, p. 31.
- 28 Gómez, Marilyn. *Tejidos de Memoria*. Medellín: Divergráficas, 2010, pp. 29,30
- 29 El nombre fue en honor del sacerdote que adelantó la construcción de la iglesia principal de Santa Gertrudis y de quien se dice fue “el forjador del alma envigadeña”. En: *Personajes de Envigado en el siglo XX*. Centro de Historia de Envigado. Medellín: Editorial Lealon, 2010, pp. 221-226
- 30 Monografía de Envigado. Medellín: Ediciones Hemisferio, No. 26, 1959, p. 116. Ver también: Restrepo, Alberto. El Desarrollo económico envigadeño: la Fábrica Textil Rosellón. En: *Boletín del Centro de Historia de Envigado*, noviembre de 2005, No 18, pp. 50-64.
- 31 Acuerdo 51 del 7 de septiembre de 1931. Concejo Municipal. Envigado: *De la montaña al río*. Editorial Lealon, 2002. Tomo I, pp. 464,603. El monumento a Cristo Rey fue elaborado en los Talleres de Arte Religioso de Emiliano Álvarez y Cía.
- 32 González, Fernando. En: *Revista Antioquia*. No. 8, 1936, p.299, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1997, Colección Señas de Identidad.
- 33 Espitaleta, Sergio. La eternidad fugaz de la juventud bellanita. En: *Revista Huellas de Ciudad*, Centro de Historia de Bello, No. 10, abril-junio de 2008, pp. 22-29.
- 34 Spitaletta, Reinaldo. Sombras de una década maldita. En: *Revista Huellas de Ciudad*, Centro de Historia de Bello, No. 10, abril-junio de 2008, pp. 10-15.

Instrucción y educación públicas en Hatoviejo y Bello en el siglo XIX

De los cuarteles a las misiones educativas



Por Manuel Arango Londoño

Resumen. Partiendo de literatura y fuentes secundarias, se aborda la pesquisa del devenir de la Instrucción y Educación Públicas en Hatoviejo adscrito a la Villa de la Candelaria de Medellín. Con la ayuda de fuentes primarias se intenta reconstruir la historia educativa del Partido de Hatoviejo (1780) y durante el Siglo XIX. Se hace expresa referencia a Bello a partir de 1883. Los archivos históricos de Medellín, son generosos en aspectos educativos y de Instrucción Pública, para los procesos bellanitas anteriores a 1900.

Palabras clave. instrucción, educación, escuela, Hatoviejo, Bello, Regeneración.

Antecedentes

Del sitio Hatoviejo, incluido en la merced de tierras otorgada a Don Gaspar de Rodas, por la Real Cédula de los Reyes de España en 1576, se encuentra poca información, que nos acerque e ilustre sobre su pasado escolar y educativo.

A comienzos del siglo XVIII la Hacienda Niquía en Hatoviejo estaba en manos del capitán Don Felipe Rodríguez Manzanos (o del Manzano). Don Felipe estuvo casado con Doña Leonor de Villa, del matrimonio nacieron cuatro hijas, quienes ingresarían al convento de las Carmelitas, el progenitor terminó en la Compañía de Jesús. Además, el Licenciado Don Juan José de Orrego y Pereira, quien había sido comisario del Santo Oficio de la Inquisición, ejerció en el siglo XVIII el ministerio sacerdotal en Hatoviejo.¹

A mediados del siglo XVIII, la Instrucción Pública empezó a perfilarse como necesaria para la virtud y el buen gobierno y para los principios

de la vida colectiva. No obstante, el acceso a los pocos establecimientos educativos (colegios mayores, seminarios y escuelas) estuvo limitado por fuertes discriminaciones sociales, culturales, étnicas y económicas. Las únicas profesiones, como bien indica el historiador Jaime Jaramillo Uribe, eran la Jurisprudencia y la carrera eclesiástica; para ingresar a ellas y obtener títulos, se exigía probar pureza de sangre.²

De 1790 a 1810, la población (de la Parroquia) en el Partido Hatoviejo ascendió a 1500 habitantes, entre dueños de tierra, agregados y esclavos.³ Desde 1826, Medellín es la capital de la provincia de Antioquia. Hacia 1828, la Parroquia de Hatoviejo, perteneciente al Cantón de Medellín, tenía 901 libres y 97 esclavos, según Botero Guerra, en el Anuario de 1888.



Normal de señoritas de Envigado, en el salón de clases. 1958. Fondo fotográfico BPP

La primera escuela

En la Provincia de Antioquia, siendo gobernador Francisco Luis Campuzano, se firmó el Decreto del 2 de marzo de 1832, con el cual se creaba en todas las ciudades, villas y parroquias las juntas curadoras de Instrucción Pública. Este mismo año el Alcalde del Distrito de Hatoviejo (erigido en 1788) Ese mismo año, Don Felipe Barrientos Villa se quejó, ante el Gobernador de la Provincia de Antioquia, dada la pobreza que reinaba en estas tierras ubicadas al norte de Medellín:

Es un vecindario pequeño y extremadamente pobre; sus habitantes (1200, según el censo de 1832) viven muy dispersos por

las montañas; no hay ninguna clase de rentas, ningún hombre apropiado para preceptor, ni un local que se pueda aplicar a ese objeto; por cuyas razones y a pesar del interés que el gobierno ha tenido por la educación pública, ningún esfuerzo ha podido allanar las dificultades que se presentan para establecerlas en esta parroquia.⁴

Para 1836, el Partido o Distrito de Hatoviejo contaba con una escuela oficial, en la cual fue maestro Don Félix Barrientos Villa, en esta escuela se matricularon 33 niños. Barrientos Villa fue el profesor hasta 1853. Un año después, en 1837, existían en la provincia de Antioquia 57 escuelas de niños con 2.523 alumnos, y tres escuelas de niñas con 172 alumnas. Las escuelas privadas eran 30 de varones con 545 educandos o “escueleros”, y 25 escuelas privadas de niñas con 421 alumnas. En 1839 la provincia de Antioquia tenía 174.400 habitantes,

de esta población solo 3.000 eran estudiantes de ambos sexos, quienes asistían a 56 escuelas públicas y a 45 escuelas privadas.⁵

En el contexto nacional, el Ministro del Interior Mariano Ospina Rodríguez intentó en 1840 modernizar la educación secundaria, mediante la enseñanza y aplicación de las ciencias. En Hatoviejo, se destacó durante las cuatro primeras décadas del siglo XIX el señor Gabriel Echeverry, quien realizó actividades de instrucción pública, y creó cinco escuelas primarias en Amagá y, además, estimuló la recién fundada escuela de Itagüí⁶.

El gobernador de la Provincia de Antioquia, Jorge Gutiérrez de Lara, fue el artífice para establecer escuelas de artes y oficios en las cabeceras de los cantones y, con su influencia, “dictó la Cámara Provincial Ordenanzas acertadísimas sobre Escuela Normal, sobre educación femenina y la (ordenanza) número 45 de 31 de octubre de 1850 que concedía auxilio de 400 reales por año a las casas de educación secundaria de los cantones”. Un año después, en 1851, se abrió la Escuela Normal en Medellín, al mismo tiempo se entabló la guerra civil en Antioquia. Mediante la Ley del 15 de mayo de 1851, administrativa y territorialmente la Provincia de Antioquia se dividió en tres unidades: Antioquia, con capital la ciudad de Santafé de Antioquia; Córdoba, cuya capital fue Rionegro y Medellín con la capital del mismo nombre. Hatoviejo hacía parte de esta última.

La Cámara provincial de Antioquia, por Ordenanza No. 20 del 15 de diciembre de 1851, autorizó al gobernador ser, además, Inspector

de Instrucción Pública, asignándole las funciones de vigilar la enseñanza, adelantar progresos en la educación, aprobar los programas de exámenes, visitar los establecimientos educativos, llevar estadísticas escolares, dotar los planteles y propender por una buena marcha de la educación en toda la provincia.

Félix Barrientos Villa fue maestro de escuela de Hatoviejo hasta 1853, como se ha dicho, siguiendo esta labor en el Distrito de Hatoviejo Enrique Barrientos Jaramillo (hijo de Félix Barrientos Villa, a su vez abuelo paterno de Suárez) quien había reemplazado a su padre en las labores educativas, se vio obligado a abandonar el cargo de maestro, ya que en 1855 la Administración del Distrito se declaró incapaz de sufragarle \$ 96 que se le adeudaba por concepto de sueldos.

De la escuela, la cárcel y la casa consistorial

Tres años después, en 1858, el Concejo de Medellín ordenaría la construcción de la Casa consistorial en el Corregimiento Hatoviejo, en ella funcionará la escuela por muchos años, además de ser sede de gobierno y cárcel, ubicados en el parque principal.

En 1856, el gobierno conservador de

Manuel María Mallarino promulgó la Ley de Instrucción Primaria, en la cual se le atribuyó al prelado diocesano la aprobación de los textos de enseñanza moral y religiosa. El 28 de febrero del mismo año, el gobernador

Rafael María Giraldo optó por dividir la provincia ya reintegrada, en nueve circuitos de educación: Medellín, Antioquia, Marinilla, Rionegro, Salamina, Sonsón, Santa Rosa, Sopetrán y Nordeste.

El Estado Soberano de Antioquia, bajo el gobierno de Rafael María Giraldo, se propuso fomentar las vías de comunicación y la enseñanza en el Estado. En correspondencia, la legislatura de Antioquia estipuló que la enseñanza religiosa y moral fuera impartida en las escuelas, mediante textos aprobados por la dirección general de Instrucción Pública y avalados por el prelado correspondiente.

Con la ley del 2 de diciembre de 1857, se estableció el código sobre Instrucción Pública Primaria, pionero en materia educativa para el Estado de Antioquia, en su Artículo I estipulaba que las materias que se debían impartir en las escuelas primarias serían: Lectura, escritura, doctrina cristiana, aritmética y urbanidad.

El artículo V, precisaba que la instrucción sería gratuita y obligatoria.

Cada municipio se comprometía a suministrar los muebles, útiles para las escuelas y coadyuvar a su normal funcionamiento. Esta ley exigía buen comportamiento, idoneidad y excelente moralidad para que un maestro aspirara a dirigir una escuela.

No obstante, la Ley del 3 de diciembre de la legislatura de 1857, creó un completo organismo de Inspección de la enseñanza, conformado por el gobernador, como director general, los prefectos, los inspectores de la enseñanza, los alcaldes y los curadores.⁸

En 1863, se crean los Estados Unidos de Colombia, bajo la Constitución Liberal Radical de Rionegro. Un año después, en 1864, la Asamblea Constituyente del Estado de Antioquia, divide a éste en 6 departamentos: Norte, Sur, Oriente, Occidente, Centro y Sopetrán. Y es elegido, como presidente del Estado de Antioquia, Pedro Justo Berrio. El presidente de los Estados Unidos de Colombia era para ese momento Manuel Murillo Toro. Además, en Antioquia se elabora el Código Judicial.

La impronta de Pedro Justo Berrio

En la creación de escuelas primarias y en la formación de maestros para dichas condiciones históricas, tendría aplicabilidad la Ley del 1 de agosto de 1865, la cual autorizaba a Pedro Justo Berrio a establecer un Plan de Instrucción Pública Primaria. Con la elaboración del plan general para la administración y dirección de las escuelas primarias (abril 20 de 1866) se modificó el código educativo de 1857.



Escuela de Rosellón, Homenaje a la bandera. 1956. Fondo fotográfico BPP

98

Las guerras civiles, en la década del sesenta en el territorio colombiano, obstaculizaron la dinámica educativa, exceptuando en Antioquia donde el avance de la Instrucción Pública alcanzó desarrollos considerables como más adelante se verá. Diez años después de abandonar el cargo como maestro de escuela, Enrique Barrientos y otros cuarenta vecinos de Hatoviejo le enviaron una carta al presidente del Estado Pedro Justo Berrío, en la cual le solicitan la creación de una escuela en dicha fracción, entre los firmantes de la misiva se encontraba el joven Marco Fidel Suárez.⁹

En el citado legajo documental, aparece una circular emitida por la Prefectura del Departamento del Centro, firmada por Baltazar Botero, la circular en los siguientes términos iba dirigida a los distritos:

Con el fin de saber qué niños reciben instrucción

en el distrito i cuales no, i para hacer que los padres de estos los hagan concurrir a los establecimientos de educación, i en caso de no hacerlo, manteniéndolos ociosos, persegúírselos como vagos, sírvase usted remitirme lista de los niños que asisten constantemente a su establecimiento, expresando los que no dan igual asistencia estando matriculados.¹⁰

Educar a los niños y jóvenes, normales como díscolos, en primeras letras, artes, ciencias, formación moral y religiosa fue una constante en el proyecto educativo emprendido por Pedro Justo Berrío. Proyecto que estaba acorde con las doctrinas de la Iglesia católica y el poder conservador antioqueño. Para 1867, la legislatura de Antioquia modificó lo estatuido



Escuela de Rosellón, 1956. Fondo fotográfico BPP

sobre la reelección inmediata y garantizó la continuidad de Pedro Justo Berrío en el cargo.

Las políticas esenciales, trazadas durante los dos gobiernos de Pedro Justo Berrío, que en 1869 arrancó su segunda gobernación, se pueden resumir en tres: Fomento a la educación, construcción de vías de comunicación y saneamiento fiscal.

En concordancia, el caucano Néstor Castro, Secretario de Gobierno de Antioquia —hasta 1868—, conocedor del proyecto de Pedro Justo Berrío,

dirigió una circular a los sacerdotes solicitándoles dictar clases de religión y moral en la escuela primaria de sus respectivas parroquias. Como bien lo anotó el profesor Luis Javier Villegas, en esa época "...los clérigos más destacados son promotores incansables de establecimientos educativos...".¹¹

En Hatoviejo, como se verá más adelante, el papel de los sacerdotes en la creación de escuelas y dinamización educativa será invaluable. De otro lado, se ha creído que las clases altas latinoamericanas fueron sectores sociales que cultivaron las humanidades, las artes, la política y, al contrario, descuidaron los estudios y profesiones prácticas, como la ciencia, la técnica, la industria y el comercio. El investigador Frank Safford plantea que se presentó una "contracorriente en la cultura de las clases altas en latinoamérica".¹² En efecto, un grupo de jóvenes cursaron estudios en el extranjero. Durante 1850-1880, cinco estudiantes neogranadinos asistieron al Instituto Politécnico Rensselaer de Nueva York, de estos, tres educandos se graduaron. Los jóvenes colombianos fueron llevados a estudiar fuera del país, dadas las corrientes expansivas del comercio exterior, la condición del exilio de sus padres y con la expresa intención de alejarlos del ambiente político que se vivía en el país, pletórico de guerras civiles.

Las élites de los Estados Unidos de Colombia, vieron la necesidad de diversificar los cánones educativos y contratar maestros extranjeros, con



Portada del libro enseñanza simultánea, 1917. Tomado de Gran enciclopedia de Colombia Círculo de lectores Bogotá 2007 p.70

el fin de impartir nuevas tecnologías y prácticas laborales, requerimientos acordes al desarrollo económico de la nación.

En Antioquia, gobernada por los conservadores entre 1864 y 1876, la cooperación entre ambas potestades (el poder político y la Iglesia), propició un desarrollo más rápido que en los demás Estados soberanos.¹³ Algunos sectores de las élites, en franca oposición a la formación

tradicional en derecho y letras, crearon el ambiente adecuado y aprovecharon el impulso educativo de las ciencias exactas, físicas y naturales, por una aplicación real al incipiente desarrollo industrial y como variante política para conservar el poder.

Especialmente en Antioquia, se dio un fuerte impulso a la educación técnica, con la creación de la Escuela de Artes y oficios (1864), la Universidad de Antioquia (1871) y la Escuela de Minas (1887), tríada para el despegue industrial y formadoras de los más preclaros líderes nacionales.

Según Roger Brew, “hasta 1888 los estudios académicos de técnicos e ingenieros tenían que hacerse en el exterior y este era un lujo que sólo se lo podían dar los hijos de las familias ricas. Además, para seguir estudios avanzados en el exterior en ingeniería, química o metalurgia, era esencial tener una educación secundaria, lo cual limitaba todavía más el número de los que podían hacerlo”¹⁴.

En 1863, el Distrito de Hatoviejo

asignó de su presupuesto de gastos 192 pesos para el sueldo del Alcalde, igual cantidad para sufragar la nómina del director de la Escuela y 20 pesos destinados a la compra de útiles escolares.¹⁵ Dos años más tarde, el director de la Escuela Privada del Barrio o fracción de Hatoviejo, Presbítero Joaquín Bustamante, en circular al Señor Gobernador del Estado soberano de Antioquia, Pedro Justo Berrío, que hace referencia al resultado de los exámenes realizados a los niños de dicha escuela. El método de enseñanza utilizado era El Mutuo de Bell y Lancaster. El presbítero Bustamante solicitaba en la circular restablecer la escuela pública, recientemente suprimida. Observaba además, que la inexistencia del establecimiento público condenaba a los jóvenes a la ignorancia y a la pobreza de los pobladores, obstaculizando las ideales labores educativas.¹⁶

Para subsanar la falta de instrucción pública de niños en Hatoviejo, se pensó de nuevo en nombrar como director al señor Enrique Barrientos, de no grata experiencia laboral con el Distrito, pero de “recomendable conducta, alguna instrucción i patriotismo”.¹⁷

El 20 de abril de 1866, el gobierno del Estado emite el Plan General de Enseñanza Primaria, el cual destacaba

en sus apartes que en las escuelas elementales se enseñara lectura, escritura, doctrina cristiana, elementos de aritmética, gramática castellana y urbanidad. Para las escuelas de niñas, se impartiría además de costura, “labores propias de su sexo”. La enseñanza estaba dirigida “más al entendimiento que a la memoria”.¹⁸

Este Plan de dirección y administración de las escuelas primarias, ratificó en la dirección general de Instrucción Pública al Presidente; también, se concibió al Estado de Antioquia en departamentos, subdivididos estos en distritos de enseñanza bajo la tutela de los prefectos y de los alcaldes o corregidores.¹⁹ En concordancia al articulado del Plan, se creó el 10 de agosto de este año de 1866 la Escuela Pública de Hatoviejo, apoyada con la recolecta y contribución de los vecinos más pudientes y generosos, la donación voluntaria sumó \$77.²⁰

Uno de los hombres que apoyó decididamente la construcción y puesta en marcha de esta escuela fue el sacerdote de Hatoviejo Joaquín Tobón, incansable promotor quién donó “la cuarta parte de sus bienes para la educación de las niñas. El legado incluía un extenso lote en Fontidueño, y en él se estableció la escuela, con el apoyo del Cabildo de Medellín”.²¹

Este sector de Fontidueño sería luego disputado entre Hatoviejo y Copacabana. El presbítero Joaquín Tobón en documento dirigido al Presidente del Estado Soberano de Antioquia, Pedro Justo Berrío, exponía el grado de desarrollo y avance de la Escuela Pública, que contaba con setenta niños bajo la orientación del preceptor Ramón María Pérez, quien se lamentaba por

la escasez de útiles, lo incómodo del local y su reducido sueldo de \$16 mensuales.²²

En febrero de 1869, el director de la escuela pública de Hatoviejo Ramón María Pérez presentó ante el director general de Instrucción Pública “formal renuncia del empleo de director que actualmente ejerzo en la referida escuela; pues siendo el sueldo enteramente deficiente para vivir de él, me es imposible continuar tal empleo”.²³

Un año después y, según el decreto del 4 de enero de 1870, Ramón María Pérez asistió como maestro - estudiante a la Escuela Normal. Mediante decreto del 19 de mayo —del mismo año— fue designado el Señor Pérez para desempeñar el cargo de Director en propiedad de la Escuela de Hatoviejo, contando, además, con un sueldo mayor pagado preferencialmente a cualquier otro.

En este contexto, el señor Juan José Molina, en su informe al secretario de gobierno del Estado, refirió el balance de los exámenes llevados a feliz término en la escuela de Hatoviejo, exámenes que versaron sobre lectura, escritura, religión, moral, urbanidad, aritmética y gramática castellana; de 65 niños matriculados, 17 obtuvieron la calificación de “muy bien”, 29 alcanzaron la calificación de “bien” y 4 fueron evaluados de “medianamente”, 15 alumnos no asistieron a los exámenes de mitad de año.

De acuerdo con el concepto de los examinadores, los actos resultaron muy satisfactorios, en esta ocasión no se distribuyeron premios debido a la carencia de fondos; a estos actos evaluativos asistió el Presbítero Joaquín Bustamante, quien

dictaba de manera gratuita la clase de religión.²⁴

Este mismo año de 1870, se estableció la Escuela de Artes y Oficios en el Colegio del Estado, con profesores alemanes, además una junta de Inspección Escolar. Se fundan sociedades de fomento en las capitales provinciales de Antioquia, con diversas secciones: Agricultura, artes y oficios, instrucción pública, comercio, salubridad, minería y vías de comunicación. “La Instrucción pública ha sido cultivada como la primera de nuestras exigencias y, como el más fuerte dique que oponer podemos a la subversión de los principios morales... ”.²⁵

Graciliano de Villa, en visita diligenciada a la fracción de Hatoviejo, con el objeto de inspeccionar las oficinas y la escuela pública de niños, encontró que en esta última hay carencia de libros y útiles para la enseñanza, además se reportó que la pieza destinada como escuela, era inadecuada para tales fines, en consecuencia recomendó ampliar dicho establecimiento.

Paradójicamente, tras cumplir las anteriores previsiones, fueron comisionados el señor inspector y su secretario, bajo una multa de \$16 cada uno.²⁶ En evidente respuesta al Decreto Orgánico expedido por el Gobierno



Colegio Pestalozziano de Bogotá.

Grabado de Alfredo Greñas Colegio Pestalozziano de Bogotá publicado en Colombia Ilustrada 1891 Tomado de Gran enciclopedia de Colombia Círculo de lectores Bogotá 2007 p.71

de la Unión, el 1º de noviembre, en el Estado de Antioquia, se promulgó el Decreto orgánico de Instrucción Primaria (diciembre 19 de 1870) que, a su vez, reformaba el Plan General de 1866 y estableció la asignatura de religión y moral, de carácter obligatoria. Además, se precisó que los directores de las escuelas debían frecuentar socialmente los actos religiosos en días festivos. Este decreto ratificó la presencia del sacerdote en el ámbito escolar como formador moral y dispositivo para la defensa de la religión ante el “peligro” liberal radical. No obstante, el método o sistema de enseñanza mutua o

de Lancaster fue reemplazado por el método pedagógico de Pestalozzi.

Juan María Gutiérrez, curador de la enseñanza de Hatoviejo, indicó en un censo de población escolar, llevado a cabo en cumplimiento del Decreto orgánico de la Instrucción pública del Estado, que en la fracción de Hatoviejo había 192 niños y 150 niñas entre 7 y 13 años, de los cuales 49 niños y 26 niñas asistían a dicha escuela.²⁷

Con la legislación anterior, y de acuerdo al número de escuelas públicas en el departamento del Centro, existían 54 escuelas públicas de ambos sexos; a la fracción de Hatoviejo correspondían una escuela de varones con 55 niños y una escuela con 52 niñas matriculadas.

El sueldo para el director de la escuela urbana de varones era de \$288 anuales, mientras que para María del Carmen Pérez, directora de la Escuela de niñas sólo se designaba \$144 anuales.²⁸ En esos años, María del Carmen Pérez directora de la Escuela de Niñas de Hatoviejo, y las maestras Margarita Calle de R. y Elena Bertrand de C., realizaron ingentes esfuerzos por la instrucción y educación del “bello sexo”, como era denominado el sexo femenino. No obstante, la educación femenina fue espacio de disputas entre los liberales radicales quienes proponían una educación laica; mientras que los conservadores y los sectores de la Iglesia pretendían un control estricto sobre las mujeres.

En un informe sobre el resultado de los exámenes verificados en las escuelas públicas de ambos sexos en Hatoviejo, asistieron cincuenta alumnos: Obteniendo la calificación de “muy bien” 28, de “bien” 22 niños. De estos alumnos, 19 fueron premiados a la usanza de la época.

Las materias sobre las que versaron los exámenes fueron: lectura, escritura, doctrina cristiana, aritmética, urbanidad, geografía, gramática castellana e historia sagrada. Los examinadores, Francisco A. Saldarriaga, Juan María Gutiérrez, Jesús María Uribe, Justiniano y Ciro Peláez, notaron buen aprovechamiento en los alumnos, gracias a la labor del preceptor Ramón María Pérez.

Por su parte, la señorita María del Carmen Pérez directora de la escuela de niñas de Hatoviejo, reportó una mayor concurrencia de alumnas a las pruebas, con respecto a la asistencia (reportada) de los niños; de 48 niñas matriculadas: 7 obtuvieron calificación de



Portada manual para la enseñanza según el método pestalozziano, 1887 Biblioteca Nacional, Bogotá. Tomado de Gran enciclopedia de Colombia Círculo de lectores Bogotá 2007 p.71

“sobresalientes”, 37 de “muy bien”, 4 de “bien”. Fue sorprendente este resultado, debido a que la escuela de niñas era de muy reciente creación y su local muy incómodo.²⁹

La obra de los liberales radicales se adaptó a las teorías de Heinrich Pestalozzi (Suizo), Froebel y Herbart (alemanes), haciéndolas más cercanas a los métodos pedagógicos colombianos. La polémica desatada en torno al Decreto orgánico polarizó los sectores: En Instrucionistas e Ignorantistas. Al debate se sumó el ingrediente religioso, tan caro al siglo XIX, se dijo entonces que la Reforma

Educativa y el Decreto orgánico eran expresión de guerra a la Iglesia Católica colombiana. No tuvo que esperarse demasiado para que se desatara una guerra civil con la consigna de “abajo las escuelas”.

Los gobiernos de los Estados regionales, como Antioquia por ejemplo, invirtieron en obras públicas (ferrocarriles, caminos y puentes) y en educación, comprometiéndose a financiar la Instrucción Pública, creando así nuevos impuestos.

Con estas proyecciones, en Antioquia se asignó un sueldo de \$60 mensuales para los directores de escuelas de más de cien alumnos; \$40 a los directores de las escuelas de más de 60 alumnos; \$32 a los directores de escuelas de 40 alumnos, y \$20 a los directores restantes.

Se puede inferir que en los primeros años de la administración de Pedro Justo Berrío, el Estado soberano de Antioquia tenía 204 planteles de educación con aproximadamente 7.758 alumnos de ambos sexos. Al terminar su segundo período de gobierno, contó con 485 establecimientos educativos concurridos por 21.461 estudiantes.³⁰

Instructores e ignorantes

En 1875 (en este año murió Pedro Justo Berrío), el distrito de Medellín contaba con diez escuelas públicas de niños y cuatro escuelas públicas de niñas; de estas había una escuela de niños y otra de niñas en Hatoviejo.³¹

En este mismo año, se fundó la Escuela Normal para Institutoras, con la finalidad de formar las

maestras de las escuelas elementales, fue visto el magisterio como prolongación del destino femenino maternal, además de profesión permitida para las mujeres, lo que les posibilitó cierta independencia económica, y las ubicó en posiciones y actitudes abiertas frente a las nuevas tendencias de la sociedad.³²

Años más tarde, Juan P. Arango B. planteaba la incompatibilidad entre magisterio y maternidad, en un proyecto de decreto presentado al ministro de Instrucción Pública, se decía que “para la instrucción primaria son muchas las directoras que han contraído matrimonio, aumentando las incapacidades laborales y los problemas de sus esposos alcohólicos”.³³

Durante la presidencia del General Eustorgio Salgar (1870-1872), la Reforma Educativa alcanzó dimensión nacional, a tal punto, que el cónsul general de Colombia en Berlín, Eustasio Santamaría contrató maestros alemanes con el objetivo de dirigir las escuelas normales en Colombia. En 1872, nueve profesores alemanes llegaron al país, dirigiéndose cada uno a un Estado diferente de la Unión.

La creación de las escuelas normales y esta primera misión de educadores alemanes, hizo factible formar mejores maestros y pedagogos en el país. Sin

“para que la memoria no se olvide”



Escuela Departamental de Artes y Oficios 1938 fotógrafo Francisco Mejía.Fondo fotográfico BPP

106

embargo, las guerras civiles al acecho desvertebraron el proyecto educativo. Estas escuelas normales, regentadas por los maestros protestantes de la primera misión pedagógica alemana, convocada al país por el gobierno Radical Liberal, se vieron afectadas por la Guerra Civil en 1876. Los rigores de la guerra no superaron las divergencias suscitadas en materia educativa.

De acuerdo a los datos aportados por Frank Safford, entre 1877 y 1886, cinco colombianos más estudiaron en Rensselaer; José María Villa de la pequeña población de Sopetrán, se

graduó en el Stevens Institute en 1878, ingeniero que diseñaría el puente de occidente, entre otros puentes; dos hijos de Mariano Ospina Rodríguez, Túlio y Pedro Nel, se graduaron en ingeniería de minas y metalurgia en la Universidad de California; esta profesión fue de gran importancia para la economía y el desarrollo industrial de Antioquia y del país.

Safford plantea que los resultados de los estudios realizados en el extranjero, se deben analizar considerando los deseos de los padres, el contexto de las corrientes educativas y las inconstantes posturas de los partidos políticos colombianos.

El papel de Marco Fidel Suárez

En 1876, Marco Fidel Suárez estudiaba en el Seminario Conciliar de Medellín; allí mismo se desempeñó como profesor de filosofía, latín y álgebra. En 1877, luego de clausurarse dicho Seminario, a consecuencia de la invasión del general Julián Trujillo, entre otros, regresó Marco Fidel Suárez a Hatoviejo, y se dedicó a enseñar en la escuela de niñas, dirigida en ese entonces por Doña Guadalupe Gutiérrez.

Cabe destacar que, en 1878, Marco Fidel Suárez fue director de la escuela elemental de niños en Hatoviejo, allí devengó \$25,80 por 25 días de servicio en dicha institución educativa.³⁴ Marco Fidel enseñaría en Hatoviejo hasta 1879, cuando se enroló en la guerra contra el gobierno liberal del Estado de Antioquia, en la cual participó de manera decidida, llegando hasta Santa Rosa de Osos. En 1879 Marco Fidel Suárez se firmaba con el seudónimo de Frutos Calamocha.³⁵

En un artículo intitulado “El trabajo”, aparecen quizá las aspiraciones máximas de la sociedad emergente y rectora del espíritu y la época de Antioquia: “...virtud, paz y trabajo, industria, economía e instrucción, es lo que el pueblo necesita para rejenerarse...”³⁶

Para 1880, existían en Antioquia 186 escuelas urbanas y tan solo 47 escuelas rurales. En ésta década, mediante diversas ordenanzas, la Asamblea Departamental:

se ocupó de reglamentar la instrucción pública, diferenciando sus funciones de las municipales y, así, correspondió a los municipios la

construcción y conservación de los edificios y mobiliarios de sus respectivas escuelas; el pago de empleados de las escuelas urbanas de niñas y de la mitad del sueldo de los directores de las escuelas alternadas; la provisión de vestidos a los niños indigentes y los gastos ocasionados por el aprendizaje de artes y oficios en escuelas urbanas; los demás gastos de instrucción, correspondían al departamento y a la nación. Tales funciones continuaron vigentes hasta después de 1910.³⁷

En el Estado de Antioquia, fue característico el supremo celo de la Iglesia y los gobernantes frente a las tareas educativas, se defendió a capa y espada la instrucción religiosa, atacando toda idea que intentara, al menos, suprimir o contrarrestar la enseñanza confesional. Una muestra de este celo lo expresa la convocatoria hecha al clero antioqueño a impartir clases de moral y religión en las escuelas; igualmente, nombrar sacerdotes como examinadores en los certámenes evaluativos de los establecimientos de educación. En Antioquia, durante los gobiernos conservadores creció rápidamente el número de estudiantes y la escolaridad en general, producto del esfuerzo conservador, que reforzaron el desarrollo económico y social.

La formación de los valores en la Antioquia del siglo XIX, fue motivada

por actitudes y prácticas sociales, lo que indica que, investigando la construcción de los valores en la escuela y precisando las tareas y responsabilidades, podría sopesarse la tensión entre la tradición y la modernidad.

Para el año 1883 (entre 1881 y 1885 el presidente del Estado de Antioquia fue Luciano Restrepo), existían en el Estado de Antioquia 232 escuelas entre urbanas y rurales de ambos sexos, con una población escolar de 16.511 educandos, bajo la orientación de 121 maestros y 127 maestras.³⁸

En octubre de este mismo año, un grupo de vecinos de la fracción de Hatoviejo, le escribieron al presidente del Estado de Antioquia, Luciano Restrepo, solicitando cambiarle el nombre de Hatoviejo por el de Bello. En el texto se invocaba al joven Marco Fidel Suárez y sus estudios sobre Don Andrés Bello, el documento fue firmado por 54 ciudadanos, dentro de los que se encontraban dos sacerdotes: José M. Nilo y Baltazar Vélez, preceptores y amigos de Suárez.³⁹

De Hatoviejo a Bello

Mediante el Decreto No. 595 de enero de 1884, se nombró al señor Biviano Patiño: “Quien posee diploma para ejercer las funciones

de maestro, de escuela elemental, director en propiedad de la escuela Elemental de Varones de Bello, antes Hatoviejo, distrito de Medellín, en reemplazo del señor Paulo Emilio Echeverry, a quien se ha concedido permiso para separarse transitoriamente del ejercicio del profesorado...”⁴⁰

De nuevo, el espectro de la guerra civil de 1885 provocó el cierre de las escuelas oficiales en el territorio colombiano. Es el contexto socio-histórico que hace de Antioquia uno de los pioneros intentos de restauración moral de las costumbres, tanto en el ámbito del trabajo como en los negocios, contando con un modelo educativo aferrado a elementos ético-religiosos.

Alberto Mayor Mora, analizando las conquistas y realizaciones de los antioqueños y en particular refiriéndose a la Escuela de Minas, centra su enfoque en las realidades, situaciones y posibilidades específicas de fines del siglo XIX, dicha centuria: “...había sido campo de acción, como lo han demostrado varios historiadores, de las temidas cualidades del antioqueño para los negocios: astucia, oportunismo comercial, individualismo, deseos de ascender socialmente, desconfianza casi hereditaria, predisposición para discutir las órdenes y sentirse jefe, etc.”⁴¹.

Mayor Mora se cuestiona, en una perspectiva de cambio de actitud, mentalidad y clara tendencia de movilidad social: “¿Qué hacer con estos jóvenes estudiantes enviados a la Escuela (de Minas) por padres “ambiciosos”, si pobres para lograr un mejoramiento de sus condiciones de vida, si ricos para mantener su predominio?”⁴².

La Regeneración

El movimiento de la Regeneración, dirigido por Rafael Núñez, antiguo discípulo del liberalismo radical, quien viró luego hacia una teoría cercana al pensamiento social católico en relación con el rol estatal, determinó que “la educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la religión católica”.⁴³

En el orden regional, los valores relevantes de la instrucción y la educación de los sectores emergentes antioqueños, serían el utilitarismo y el pragmatismo, valores que incidieron en la mentalidad decimonónica tardía. Esta mentalidad dio posibilidad a Mariano Ospina Rodríguez y a otros antioqueños a enviar sus hijos a estudiar al extranjero.

Unos meses después, en vigencia de la Constitución de 1886, se encontraba dirigiendo los destinos del Departamento de Antioquia el General Marceliano Vélez, quien tuvo el honor de firmar y autorizar la creación del colegio San Ignacio; reorganizó la Universidad de Antioquia y creó la Escuela de Minas (1887).

Marceliano Vélez enfocó medidas conducentes a reabrir las escuelas del departamento afectadas por las guerras civiles.

De acuerdo con el mensaje del gobernador Marceliano Vélez, ante la Asamblea de 1888, se contabilizaron en Antioquia 268 escuelas primarias, a las que asistían 16.703 estudiantes que, al finalizar el año, ascendieron a 18.636, superando de esta manera a Cundinamarca, Cauca y a Boyacá⁴⁴.

La Constitución de 1886 y el Concordato con la Santa Sede de 1887, consignaron

que la educación debía estar fundamentalmente dirigida y orientada por La Iglesia Católica, frustrándose la pretensión de los liberales de ser orientada por el Estado, la dirección dada por la Iglesia Católica a la educación colombiana se prolongaría hasta los años treinta del siglo XX.

Durante el período de la Regeneración (1886-1899) apareció una formulación autoritaria, católica e intolerante, formulación que pretendió unificar la nación desde arriba, sin contar con los intereses populares. Este proyecto centralista y autoritario fue jalónado por un sector de los terratenientes⁴⁵. La visión del maestro, sus virtudes y, puntualmente, la tarea educadora, en una nación en vía de formación, fue determinada en 1888 por la Doctrina Regeneradora, dueña del poder político.

En la gestión presidencial de Carlos Holguín se expidió la Ley 89 de 1888, que reglamentó el manejo de la educación pública, ley que contenía parámetros similares al Decreto 402 de 1887. Se crearon, además, las Inspecciones Provinciales de Instrucción Pública, para facilitar las labores de los Inspectores Generales. También se editó el “Método o reglas para enseñar a leer y escribir a los niños”, texto compilado por el gobernador político de Antioquia, para ser usado en las escuelas de



110

Fotografía de Pedro Justo Berrio. Autor Wills y Restrepo, Fondo fotográfico BPP. Gobernador del Estado de Antioquia 1864 - 1873

la provincia de Antioquia. (Imprenta del gobierno, Medellín, 1890). En la década de los ochenta, la Librería Americana, centro cultural y político con sede en Bogotá, aglutinó a los “gramáticos” y gobernantes: librería especializada en importar los manuales de la biblioteca del maestro editados por la Casa Appleton y Compañía de Nueva York, colocándolos en la capital a bajo costo.

Entre los libros publicados por la

Casa Appleton, se trajo el texto Dirección de las Escuelas de James Baldwin, libro que serviría de base e inspiración a Liborio Zerda⁴⁶, para elaborar el “Reglamento Manual” o “Reglamento de escuelas primarias de la república de Colombia” conocido como el Plan Zerda⁴⁷. Plan expedido en 1893 y con vigencia hasta las tres primeras décadas del siglo XX. Este reglamento precisó que el método de enseñanza a seguir era el “Método de Pestalozzi perfeccionado”⁴⁸. El Plan Zerda, que estableció las secretarías de Instrucción Pública en los departamentos, reemplazó así las Inspecciones Generales. Se dividió además, la educación en primaria, secundaria y profesional.

En la educación primaria, la Nación se encargaría del suministro de los útiles escolares: Los departamentos nombrarían y costearían a los maestros, y los municipios se comprometían a facilitar los locales escolares⁴⁹. En el reglamento para las escuelas primarias (Capítulo VI. Reglas escolares) aparece un aparte contra el método memorístico usado en las escuelas colombianas:

Evítese todo engaño. En las escuelas y colegios suelen practicarse vergonzosos engaños. Son engaños manifiestos y reprobables: El sistema por el cual se procura que el alumno estudie y recite servilmente de memoria, al pie de la letra las lecciones del texto; la enseñanza en que se toma por base única la inteligencia; la preparación especial para los exámenes con el objeto de hacer brillar aún a niños ignorantes o incapaces⁵⁰.

Antioquia, por su parte, reglamentó la educación primaria, en julio de 1893, adoptando el Método de Pestalozzi Reformado. Un año después

sería gobernador Fernando Vélez Barrientos⁵¹.

Durante estos años, llegaron al país distintas comunidades religiosas. En Antioquia los jesuitas crean el colegio San Ignacio en 1885; los hermanos cristianos fundan el colegio San José en 1890; las hermanas de la Presentación de la Caridad instauraron su colegio en 1880, y las hermanas de María fundan el colegio la Enseñanza en 1899⁵².

La educación primaria amplió su cobertura, gracias a estas comunidades, a tal punto que en 1898 había más de 40 mil estudiantes en Antioquia. En 1897 Don Tomás Carrasquilla, caracterizó en su magistral cuento autobiográfico “Dimitas Arias” la imagen y método utilizado por el maestro conocido con el alias El Tullido. Trágica narración del primer maestro de Tomás Carrasquilla, que había quedado tullido e inválido, maestro de escuela rural que, mediante la educación buscó el contacto vital de los niños y jóvenes, encontrando la locura antes de morir.

En el siglo XIX, el analfabetismo seguía siendo el primer problema educativo, a la esfera educativa sólo accedían las élites dominantes y otros sectores emergentes, como característica principal se puede aseverar que la enseñanza revistió un enfoque verbalista y memorístico.

El siglo XIX terminaría con la Guerra civil de los mil días (1899-1902), corroborándose que, ni la Instrucción ni la educación pública lograrían pacificar el país, última confrontación bélica interna en la que se enfrentaron el liberalismo y el gobierno de la hegemonía conservadora, fruto de La Regeneración.

Referencias

- 1 García, Julio César. Historia de la Instrucción Pública en Antioquia. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1962, p. 35, 37.
- 2 Jaramillo, Jaime. Ensayos de Historia Social. Tomo I. La sociedad neogranadina. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989. Por limpieza de sangre se entendía que en su pasado no tuvieran mezcla de moros, judíos o negros.
- 3 Alcaldía municipal de Bello. Patrimonio Cultural del Municipio de Bello. Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos. Medellín: Imsergraf Ltda., 1993, p. 44. Para una mejor contextualización, ver el capítulo: "El Territorio de Bello, antes del siglo XX". Aguirre, Guillermo, p. 21-62.
- 4 Zapata, Heriberto. Marco Fidel Suárez. Medellín. Editorial Copymundo, 1981, p. 11, ss.
- 5 Palacio, Victoria & Nieto, Judith (Compiladores). Itinerario de la Instrucción Pública en Antioquia, 1833-1990. Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Medellín: Edinalco, 1990, p. 17-19.
- 6 Gabriel Echeverry nació en el paraje Guacimal el 3 de abril de 1796. Murió el 15 de febrero de 1886.
- 7 Palacio, Victoria & Nieto, Judith. Op. Cit., p.107.
- 8 García, Julio César. Op. cit., p. 109.
- 9 Archivo Histórico de Antioquia. República, Gobierno Federal. Volumen 1932. Legajo N. 4. Documentos "Oficios sobre instrucción Pública para la Secretaría de Gobierno". 244 folios. Año 1866. En adelante citaré A.H.A.
- 10 A.H.A. Ibíd. Medellín 8 de febrero de 1866.
- 11 Villegas, Luis Javier. Aspectos de la educación en Antioquia durante el gobierno de Pedro Justo Berrío 1864-1873. Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia. Colección didáctica. Volumen 6. Medellín, 1991, p. 37-39.
- 12 Safford, Frank. Aspectos del siglo XIX en Colombia. Ediciones Hombre Nuevo. Primera edición. Medellín, 1977. Para una mejor contextualización ver el apartado: "En busca de lo práctico: Estudiantes colombianos en el extranjero, 1845-1890", pp. 117-152.
- 13 Ortiz, Luis Javier y Villegas, Luis Javier. "Aspectos de la Educación en Antioquia. 1860-1915". En: Revista ciencias humanas N. 11. Universidad Nacional. Seccional Medellín., 1988.
- 14 Brew, Roger. El Desarrollo Económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920. Banco de la República. Archivo de Economía Nacional. Bogotá, 1977, p. 76. No obstante dice más adelante Brew: "en la segunda mitad del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial también se presentó un desarrollo relativamente rápido de la educación primaria, lo cual refleja el interés del gobierno antioqueño en impulsar el potencial productivo de las personas de talento que pertenecían a las clases bajas. La educación primaria fue el primer paso para fomentar el desarrollo de una mano de obra verdaderamente calificada". Op. cit., p. 79.
- 15 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1889. Año 1863.

- 16 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1921. año 1865.
- 17 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1932. Legajo N. 4. Año 1866.
- 18 Villegas, Luis Javier. Aspectos de la educación en Antioquia, p. 31 y siguientes.
- 19 Palacio, Victoria y Nieto, Judith. Escritos sobre la Instrucción Pública en Antioquia, p. 24.
- 20 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1931. Año 1866.
- 21 Villegas, Luis Javier. Op. cit., p.106.
- 22 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1939. Legajo N. 1. Año 1867.
- 23 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1966. Año 1869.
- 24 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1967. Año 1869.
- 25 Gutiérrez, Javier; Pedro Justo Berrío. Editorial Granamérica, Medellín, 1975. P. 90.
- 26 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1981. Año 1870.
- 27 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 1990. Año 1871.
- 28 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 2017. Legajo N. 5. Año 1873.
- 29 A.H.A. República. Gobierno Federal. Volumen 2022. Año 1873.
- 30 Agudelo, Omar. Las Escuelas Normales en el Estado soberano de Antioquia durante el gobierno de Pedro Justo Berrío. 1864-1873. Tesis de Historia. Universidad Nacional. Sede Medellín. 1993.
- 31 Ortiz, Luis Javier. "Medellín, política, cabildo y ciudad, 1850-1910". En: Historia de Medellín. Tomo I. Suramericana de Seguros. Jorge Orlando Melo, Editor. Formas e impresos Panamericana. Bogotá, 1996, p. 199.
- 32 Reyes, Ana Catalina. ¿Fueron los viejos tiempos tan maravillosos? Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín. 1890-1930. Tomo III. Tesis de Maestría en Historia. Universidad Nacional. Sede Medellín. 1993, p. 410.
- 33 Arango, Juan Pablo. Proyecto importante. En: El Monitor, Revista de Instrucción Pública del Departamento de Antioquia. Nos. 25 y 26. Medellín, abril de 1898, p. 1188-1190.
- 34 Álbum del Centenario. Homenaje de Bello a Don Marco Fidel Suárez. 1855. Abril 23-1955. (sin más datos)
- 35 Villa, Hernán. "Recuerdos de Don Frutos Calamocha". En: El periódico el Municipio y su historia. Año 2. Documento N. 2. Diciembre de 1994. Bello, p.4.
- 36 El Demócrata. N. 3 Marzo de 1878. A.P. Universidad de Antioquia.
- 37 Ortiz, Luis Javier: "Medellín, política, cabildo y ciudad, 1850-1910". En : Historia de Medellín. Tomo I. Suramericana de Seguros. Editor Jorge Orlando Melo. Bogotá. 1996, p. 193.
- 38 Itinerario de la Instrucción Pública en Antioquia, p. 26.
- 39 Registro oficial. Año VIII. Número 1219. Medellín, 4 de febrero de 1884.
- 40 Registro oficial. Año VIII. Número 1220. Medellín, 5 de febrero de 1884
- 41 Mayor, Alberto. Ética, Trabajo y productividad en

Antioquia: Una interpretación sociológica sobre la influencia de la Escuela Nacional de Minas en la vida, costumbres e industrialización regionales. Ediciones Tercer Mundo. Primera edición. Bogotá, 1984. Esta escuela fue creada en 1887, durante la última década del siglo XIX tuvo un sinnúmero de dificultades y problemas. Ver además: Duque, Berta y Rendón, Luz Elena. Anotaciones para una historia de la Escuela de Minas de Medellín. Tesis en Historia. Facultad de ciencias humanas. Universidad Nacional de Colombia. Seccional Medellín, 1986. Se desprende de la lectura a esta tesis un hecho palmario, en el período inicial 1888-1912 fue precario el funcionamiento de la Escuela de Minas. Solo sería una institución sólidamente constituida y en adecuado funcionamiento a partir de 1912.

Bravo, José María. Monografía sobre la Escuela de Minas. Lito Arte Ltda. Medellín. 1987.

Naranjo, Jorge Alberto. La estrella de cinco picos. (Una novela sobre la Escuela de Minas) Publicación de la Facultad de Minas. Medellín, 1995, p. 318.

42 Mayor, Alberto. Op. Cit., p. 18.

43 Núñez, inspirador de la constitución de 1886, redactada por el ideólogo conservador Miguel Antonio Caro, Núñez conoció los modelos educativos europeos, y redactó en la ciudad de Liverpool en 1871 su estudio sobre las instituciones escolares de Gran Bretaña.

44 García, Julio César. Op. Cit., p. 117.

45 Palacios, Marco. "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: Una perspectiva histórica". En: Revista Extensión Cultural N. 8. Universidad Nacional. Seccional Medellín, 1980.

46 Liborio Zerda (1833-1919) fue rector de la Escuela de Medicina y Ciencias Naturales. Ministro de Instrucción Pública. Médico y químico. Autor del "Estudio químico, patológico e higiénico de la

Chicha, bebida popular en Colombia". Ver, Nueva Historia de Colombia. Tomo IV. Educación y Ciencia. Luchas de la mujer. Vida Diaria. Editorial Planeta. Bogotá, 1989. P. 264.

47 Otro manual fundamental fue el Tratado- Manual elaborado por los hermanos Luis y Martín Restrepo Mejía bajo el título de Elementos de Pedagogía. Manual editado en 1885 y reeditado hasta 1911. Este texto fue adoptado por los gobiernos conservadores de Colombia y Ecuador, como Manual oficial para la pedagogía normalista durante los 25 años iniciales del siglo XX.

48 Confrontar. Reglamento de Escuelas Primarias. Zerda, Liborio. En: Revista de la Instrucción Pública de Colombia. N. 7. Bogotá, Julio de 1893. Reeditado por la Dirección General de Instrucción Pública de Cundinamarca, con el título Reglamento y Pensum para las escuelas primarias del Departamento de Cundinamarca. Imprenta del Departamento, Bogotá, 1927. Saldarriaga, Oscar. Pedagogía clásica, moral católica y modernidad en Colombia, 1903-1935. Foro Nacional por Colombia, Bogotá, dos tomos, 1997.

Deas, Malcolm. Del poder y la Gramática... Tercer Mundo Editores. Santafé de Bogotá. 1993. Específicamente: "Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y Poder en Colombia", p. 25-60.

Obregón, Diana. Sociedades Científicas en Colombia. La Invención de una tradición. 1859-1936. Banco

de la República. Santafé de Bogotá,
1992, p. 51-57

- 49 Zuluaga, Olga Lucía. "Escuelas y colegios en el siglo XIX". En: Historia de Antioquia. Director General Jorge Orlando Melo. Editorial Presencia. Segunda reimpresión, 1991, p. 362.
- 50 Zerda, Liborio. Reglamento para las escuelas primarias. En: El Monitor. Revista de Instrucción Pública del Departamento. Medellín. Nueva Serie. Tomo III. 1893.
- 51 Nació en Hatoviejo en 1849 y murió en Roma en 1935. Uno de los primeros abogados graduados en la Universidad de Antioquia, en 1869 en Jurisprudencia y Política.
- 52 Itinerario de la Instrucción Pública en Antioquia... p. 36.

Tecnologías de la alianza y el desamor Desideologización de la política en Bello, 1985 – 1995



Por Guillermo Aguirre González

Resumen. La elección popular de alcaldes en Colombia cambió las costumbres políticas. Este proceso se ilustra en el municipio de Bello. En este ensayo se pueden captar las prácticas políticas antes y después de la Ley 78 de 1986. Se detalla el ejercicio del poder dentro de los directorios políticos y se explica el porqué de las disidencias sistemáticas. Se muestra el proceso de desideologización de los partidos en el ámbito local, lo que lleva a la posibilidad de construir movimientos políticos pluralistas, en los que coinciden, por la búsqueda de la burocracia, conservadores, socialistas, comunistas, liberales y cívicos.

Palabras clave. tecnología política, movimiento pluralista, directorialismo, práctica política, desideologización, elección popular de alcaldes.

Apertura

Este texto ha sido inspirado en una lectura de la obra del analista político colombiano Francisco Gutiérrez Sanín, en la que nombra el ejercicio político colombiano de los años ochentas del siglo XX como una tecnología política. Este autor no desarrolla el concepto y a menudo habla de tecnología y técnica indistintamente. El concepto se puede foguear, precisar y aplicar a un caso de práctica política municipal. Este caso se puede asumir como una práctica de tecnología política, dentro de un mundo globalizado, en el cual el Estado ha perdido hegemonía.

En 1979 se inaugura la comunicación satelital. Esta evoluciona y hacia 1989

coincide con la caída de la Unión Soviética, para proclamar una nueva era llamada globalización. Internet y el capitalismo informacional, son elementos que permiten hablar de este fenómeno. Se plantea una premisa que a muchos les remueve los cimientos de su mundo mental e intelectual y es la sentencia a muerte del Estado nacional¹.

Después de 1989 se hace política en un mundo globalizado, donde el Estado-Nación ha perdido su preeminencia. Los poderes locales hacen visible este proceso más crudamente porque, desde siempre, los poderes unipersonales han suplantado allí al Estado. Ahora, el juego político, esa tecnología política, “el ‘juego de silla’ de las lealtades políticas”, han despojado al Estado de la facultad de poner orden. “La ‘desregulación’ es el lema, la ‘flexibilidad’ (léase no a los compromisos a largo plazo) el slogan,

y el ‘recorte del gasto público’ la sustancia de la vocación del Estado. La tentadora imagen de la ‘buena sociedad’ que se esperaba que el Estado construyera, y que se prometía que este construiría, se ha esfumado”.²

La década de los ochenta del siglo XX entra con una novedad en la práctica política de los colombianos. Los barones grandes electores tradicionales, ven llegar a la jefatura de los partidos, militantes educados por fuera de las viejas aristocracias partidistas. Estos nuevos, están fuera de lo que coloquialmente se llamó “la fila india”; es decir, el escalar todos los puestos de representación, desde lo local a lo nacional.

Los nuevos traen una novedad, su tecnología política³, desideologizada y esto los dispone, al juego de alianzas y pactos interpartidistas, puesto que el objetivo es la obtención del poder a como dé lugar. Para estos ya no tiene sentido el sectarismo político característico de los partidos antes del Frente Nacional.

Ahora, la política se hace como empresa personal y se le pone como distintivo un ismo adherido al nombre de pila o al apellido del candidato. Ya no hay disciplina de partido. Aunque los jefes tradicionales la logran recuperar, en momentos especiales como las candidaturas presidenciales. El proceso es imparable y se profundiza sobre todo en lo local y lo regional.

Se propone aquí un acercamiento a la vida política municipal de la década comprendida entre 1985 y 1995. El acercamiento se hace a partir de un periódico llamado *La Región*, dedicado al registro del acontecer de los municipios del norte del Valle de Aburrá (Barbosa, Girardota, Copacabana

y Bello). Esta publicación mensual, registró acontecimientos relevantes que posibilitan al observador de hoy construir una imagen del periodo nombrado.

Para este propósito se recabó información en los cien números del periódico. El análisis permite, dentro de los diez años, documentar la existencia de dos fenómenos: uno, la existencia de una tecnología política, y dos, un quiebre o un corte en la forma de hacer la política.

La tecnología política

Escribir sobre la tecnología obliga a hacer la diferencia entre técnica y tecnología. La primera es un atributo de los seres vivos, y por ella garantizan su reproducción y permanencia. La segunda es el sometimiento de la técnica a un proceso de reflexión, o lo que es lo mismo, a una racionalización. Esta distinción permite decir que la tecnología es el tratamiento científico de la técnica. La resultante es la garantía, mediante el método, de adquirir unos productos cada vez más sofisticados, hasta hacer creer al lego, que la tecnología dirige los destinos del ser humano.

Con los anteriores elementos, se puede afirmar que las técnicas políticas, en los años ochenta y noventa entraron en el ámbito de la



Luis Carlos Galán Sarmiento escucha atentamente el discurso del secretario del Nuevo Liberalismo, José Gallego. [Foto Alberto Escobar].

Registro de un movimiento político nacional en Bello. El entonces candidato a la presidencia Luis Carlos Galán se hizo presente en esta población para apoyar candidatos locales del Nuevo Liberalismo, 1985. Tomada de: Periódico La Región.

tecnología, porque comenzó a mediar todo un proceso de racionalización. Hasta 1980, los partidos políticos colombianos se comportaron como organizaciones monolíticas, en las que las disidencias fueron escasas y difíciles. Las costumbres políticas se pueden leer fácilmente como unas técnicas centenarias y casi perpetuas.

Las prácticas políticas en Colombia cambian desde 1980. Es ahí cuando realmente se visualizan los efectos del fin del Frente Nacional, por lo que dentro de los partidos, el libre juego de los candidatos, va a poner como característica del periodo, la disidencia a todos los niveles: hubo disidencias nacionales, departamentales y locales.

El juego de la disidencia y el acuerdo, tiene como base la reflexión y el

cálculo sobre las órbitas de poder y, por ello, la decisión sobre con quién hacer alianzas o no, debe entenderse como una tecnología política. En ese juego no se pierde. Si no se gana la alcaldía, se gana al menos una secretaría de despacho, por las alianzas, o por poner a disposición las curules del concejo para apoyar la gestión del alcalde.

La tecnología de la disidencia: un aspecto nacional en Bello

Puede identificarse la tecnología política del segundo lustro de los ochenta del siglo XX en una serie de hechos políticos. El liberalismo antioqueño se divide en dos corrientes, la federiquista y la guerrista desde antes de los ochentas. El Directorio Liberal Oficial de Bello del sector guerrista, dirigido por Armando Estrada Villa, inauguró su sede el viernes 24 de mayo de 1985, ubicada en la carrera 50 A. No. 53-29

"Continúa la armonía política"



pág. 7

La
Región

EXCELENTE SORTE

No. 17 - VALORES 8

**29 millones para
implementación de vía
evedo - Machado**

En el año anterior se autorizó para participar en la implementación, ejecución y administración de la vía Evedo - Machado. La cifra es de 29 millones de pesos. Dicho monto se destinó para el asfaltado, luego viene el diseño y la ejecución de la vía y de acuerdo a lo establecido, para el año que viene se iniciará la construcción de los puentes y se espera que para el año que viene se comience la construcción de la vía. La ejecución de la vía Evedo - Machado es una demanda de los vecinos y la ejecución de la vía es una demanda de los vecinos de la zona de la vía en este caso.

LO QUE SE HA DICHO

Girardota

Arreglan bocatoma

constuyen tanque

de agua



Miembros del Partido Conservador Oficial, sector villeguista. Foto Archivo Javier Arboleda.

120

y costó \$3.000.000 su construcción. La dirección hizo un desfile con delegaciones de los barrios, se homenajeó al nuevo militante presidente del concejo de Bello, William Ortega Rojas y se dividieron funciones: Comando de juventudes a cargo de Carlos Mario Marín Parias y el femenino a cargo de Priscila Díaz Pajón⁴. Presidente, Armando Estrada Villa; Vicepresidente primero: Javier Arboleda Gutiérrez; Vicepresidente segundo: Hugo León Sarrazola; Secretario: Gabriel Hoyos Ramírez; Fiscal: José Upegui; Tesorero: Pablo Marín⁵. La ocasión permitió al presidente del directorio referirse y condenar el sistema de disidencias en el país. Un periodista de *La Región* registró así su pronunciamiento:

Abordó el tema de las disidencias y dijo que estas sólo crean dificultades al partido liberal, catalogó al senador Luis Carlos Galán como el judas del liberalismo y dijo que este ya empezó a pagar su traición. Indicó que sus

propios amigos se encargarán de sacrificarlo como es el caso de los ángeles de La Playa y los arcángeles de Maracaibo⁶

Mientras los partidos políticos de Bello se preparan para las elecciones de marzo de 1986, se hacen otros pronunciamientos sobre el problema de las disidencias nacionales. En un foro programático del liberalismo que se realizó entre el 18 y el 19 de octubre de 1985 en el Colegio Cooperativo Manuel Mosquera Moreno del barrio Gran Avenida, Bernardo Guerra Serna dijo que Luis Carlos Galán dejó de ser liberal y pasó a ser suprapartidista; Galán sufre pesadillas como todos los discípulos de Carlos Lleras Restrepo. Guerra Serna llamó a fortalecer el oficialismo para derrotar las disidencias antioqueñas de William Jaramillo Gómez y Federico Estrada Vélez⁷.

Los galanistas de Bello, José Gallego y Gustavo Alberto Escobar, trajeron al municipio al candidato, quien públicamente abogó por un nuevo orden de paz, justicia y libertad. Gallego y Escobar se refirieron a la política local así: “los destinos de Bello han sido responsabilidad de muy pocos, que crearon en torno a la administración un cerco aparentemente impenetrable, lo cual ha repercutido en la situación de Bello funestamente”⁸.

Nombre y apellido para la disidencia

Lo más viable para identificar las disidencias se hizo con el apellido o el nombre del político que las

ocasionó. Así se registra la ruptura que hace un exalcalde de Bello con Federico Estrada Vélez: “federiquismo descalifica a Alberto Díaz Muñoz”; Estrada Vélez y su movimiento, el Directorio Liberal Popular de Antioquia, hicieron circular en Bello un comunicado en el que expulsan a Díaz Muñoz de ese movimiento. Este creó, como respuesta el Directorio Liberal Popular Social Demócrata⁹.

Los liberales oficialistas, es decir, los guerristas o los armandistas, muestran su actividad para cerrar el año de 1985. Bajo el título “El guerrismo con todo”, se dice que el Directorio Liberal Oficial de Bello tiene diez casas liberales en los barrios París, Barrio Nuevo, La Gran Avenida, Santa Ana, La Cumbre, El Congolo, Altos de Niquía, Barrio Mesa, Ciudad Niquía y Ciudadela del Norte. El veintitrés de noviembre el presidente del directorio departamental Jaime Enríquez Gallo, Armando Cerón y Armando Estrada Villa, las visitaron y prepararon la llegada del candidato a la presidencia de la república Virgilio Barco para el siete de diciembre. Según la prensa citada, “Se tiene una estricta organización que comprende jefatura del debate, comité de propaganda, comité ideológico, comité de capacitación y comité de finanzas”¹⁰.

Las prácticas de una tecnología política, son visibles también, en el partido conservador. Gustavo López Gómez en junio de 1985, y de cara a las elecciones de 1986, reorganiza el Directorio Conservador Oficial de Bello y llama a su seno a Alberto Builes Ortega, excontralor de Antioquia, a Guillermo León Velásquez, exalcalde de Bello, a Clímaco Lopera y a Eduardo Duque Becerra, viejos líderes conservadores.

En esos momentos el directorio tiene cinco concejales y está en coalición con los guerristas. Desde allí, sacaron una partida de \$2.000.000 para las acciones comunales; por esta acción, el dirigente López dijo: “...así, una vez más, demostramos que nuestro partido sí cumple”¹¹.

En el periódico aquí estudiado, en el número tres, un artículo intitulado “Álvaro, ‘jefe íntegro’”, se comenta una comunicación del directorio conservador: en “el folleto número dos de Opinión Conservadora, órgano del Directorio Conservador de Bello, se apoya la presidencia departamental de Álvaro Villegas Moreno, porque se reconoce en él, al ‘jefe íntegro’ que sabe para dónde va, que piensa



Expresión de dos corrientes políticas que pusieron el nombre y apellido para caracterizar disidencias dentro del Partido Liberal (guerrismo, armandismo), 1985. Tomada de: Periódico La Región.

siempre en su partido y que no se interesa por las triquiñuelas que se tejen a otros niveles con



Expresión de dos corrientes políticas que pusieron el nombre y apellido para caracterizar disidencias dentro del Partido Conservador (villeguismo, alvarismo), 1985. 1985. Tomada de: Periódico La Región.

sabores personalistas que dañan la esencia del verdadero trabajo por el partido”¹².

El sector alvarista del partido conservador, organizado como Directorio Conservador Oficial Altos de la Rosa, por estar ubicado en el segundo piso de la “Heladería La Rosa”, proclamaba “que la gente del pueblo gobierne a su propio pueblo sin intermediarios y caciques”. Este directorio lo presidía Luis Eduardo Roldán Arroyave. Vicepresidente primero, Abel Alzate Viana. Vicepresidente segundo, Alonso Ortega Ortega. Tesorero, Adolfo Ochoa Restrepo. Fiscal, Francisco Ochoa Castrillón. Secretario, Eleazar Orozco Quiceno¹³.

Ambos sectores, villeguistas y alvaristas, eran las fuerzas más importantes del conservatismo bellanita. Los villeguistas realizaron un acto el 23 de agosto de 19850 en el Teatro Rosalía de Bello, con Álvaro Villegas Moreno. Este afirmó que Álvaro Gómez tendrá más votos

que Belisario Betancur. Allí se apoyó la candidatura de Gómez para la presidencia de la república y Villegas dijo sobre el Nuevo Liberalismo que: “...el doctor Galán ha abandonado al partido liberal para salir a coquetear con conservadores deseñidos y con grupos creados para las Farc”¹⁴.

Bello conservador tuvo otro “ismo” importante, el valderramismo. En la sede del Conservatismo Progresista, dirigido por Luis Javier Velásquez y Everardo Aguilar, se impulsó la candidatura de Jota Emilio Valderrama a la presidencia de la república¹⁵.

El juego de las disidencias por los intereses personalistas y las uniones temporales o coyunturales, evidenció en la visita de Álvaro Gómez Hurtado a Bello, en noviembre de 1985. Los tres sectores, valderramistas, villeguistas y alvaristas, concurrieron pero se pelearon. *La Región* tituló “Revolcones azules” y dijo: en el acto del candidato a la presidencia Álvaro Gómez, quiso hablar el conservador valderramista Everardo Aguilar. El micrófono lo controló Gustavo López. “Otro de los ‘acuerpaditos’ del directorio, Alberto Builes, entró en acción y vigilaba silencioso cualquier movimiento del enemigo, y mientras Gustavo López decía unas palabritas a petición del público, los everardistas trataban de quitarle el sonido”¹⁶. Por otra parte, “Aprovechando la

confusión, Everardo con sus ‘movimientos fríamente calculados’, se hizo al micrófono de nuevo, ilusión que le duró muy poco porque de 1986. Participaron veinte listas para concejo, y siete directorios por partido¹⁹, como lo presenta la tabla 1.

Tabla 1. Listas para Cámara, Asamblea y Concejo, 1986.		
Curul	Nombre	Partido
Cámara	Armando Estrada Villa	Directorio Liberal Oficial de Antioquia
Asamblea	Jorge Iván Carvajal	Directorio Liberal Oficial de Antioquia Sector Democrático
Concejo	Armando Estrada Villa	Directorio Liberal Oficial de Antioquia
	Jaime Palacio Gallego	
	Gonzalo Zapata	
	William Ortega Rojas	
	Priscila Díaz	
	Jairo Ibarra	Directorio Liberal Popular Social Demócrata
	Alberto Díaz Muñoz	
	José Ángel Avendaño	
	Gustavo Alberto Escobar Pérez	Nuevo Liberalismo
	Gustavo López Gómez	Directorio Conservador Oficial
	Alberto Builes Ortega	
	Javier Ríos Marín	
	Gustavo Tamayo Tobón	
	Clímaco Lopera	Directorio Conservador Progresista
	Luis Javier Velásquez	
	Gustavo Jiménez	

entre bambalinas Alberto Builes le quitaba todas las posibilidades de que la multitud lo escuchara, pero estaba tan eufórico que ni cuenta se dio y continuó su discurso a pulmón abierto”¹⁷.

En febrero de 1986 se inscribió una lista elaborada por el Movimiento Cívico que nucleó sectores populares y de izquierda. El candidato se llamaba Carlos Cadavid Valderrama y dijo que su objetivo era defender los intereses de los adjudicatarios de los barrios Niquía, Bifamiliares, Las Vegas, y Barrio Nuevo¹⁸.

Las elecciones se realizaron el nueve de marzo

Malestares: la costumbre directorial

Toda tecnología debe ser pensada para retroalimentarla. La tecnología política en Bello, después de la posesión del nuevo concejo, del congresista y el diputado, entra en ajuste y rediseño. Bernardo Guerra Serna se posesionó como gobernador de Antioquia; por lo tanto, el alcalde de Bello es el signado por Armando Estrada Villa. Y este signo cae sobre

su primo hermano Rodrigo Villa Osorio. Al primo es necesario ponerle un concejo que le deje gobernar. Así, se entra en coalición. Guerristas y villeguistas ponen a disposición del alcalde un concejo municipal favorable.

Esta coalición lesionó los intereses burocráticos de algunos miembros del guerrismo y se manifiestan como rebeldes a las directrices del directorio. William Ortega Rojas se presenta como miembro del grupo rebelde y dice que “está en contra de las prácticas dictatoriales que impone el doctor Armando Estrada Villa”²⁰, que este no quiere convocar reunión del directorio porque teme al grupo rebelde, pues... “La ira del doctor Armando se ha incrementado porque algunos de sus amigos más cercanos le han dicho que nosotros estamos con el representante César Pérez García...”²¹. Pasa luego a nombrar sus seguidores y los que se quedan con el armandismo.

El grupo rebelde: Hugo Quintero, Hugo Sarrasola, Carlos Mario Marín Parias, Leonardo Guerra, Gabriel Hoyos, Jairo Ibarra, Guillermo Jaramillo, Desiderio Cardona, Sorener Zapata, Libia Arbeláez, Policarpa Zuleta, Heriberto Patiño, Jaime Palacio Gallego, Carlos Caro, Octavio Álvarez y Raúl Rodríguez. El grupo de Armando: Pablo Marín,



Registro de políticos bellanitas elegidos a la Asamblea Departamental, 1988.
Tomada de: Periódico La Región.

Darío Giraldo, Gonzalo Velásquez, Juan de Dios Muñoz, Rafael Múnera, Eduardo Patiño, Carmen Naranjo, Priscila Díaz, Roberto Barrientos, Saney Madrid, Libardo Serna. Los neutrales: Octavio Vargas, Amado Sánchez y Carlos Navarrete²².

Armando Estrada replica y dice que en el Directorio Liberal Oficial de Bello “hay una mayoría que manda y una minoría que se opone”. Un grupo minoritario se viene oponiendo a las decisiones de la mayoría del directorio, por la coalición que se hizo en el Concejo Municipal, con los cinco ediles conservadores de Gustavo López. Esta coalición, según Estrada, era necesaria para el engrandecimiento de Bello. Armando llama a la unión de los sectores liberales y a preparar al partido para asumir la elección popular de alcaldes²³.

El concejal guerrista Jairo Ibarra, denuncia que Armando Estrada Villa hizo coalición con los conservadores para apoderarse del directorio y la administración pública de Bello. Armando hace esto: malos manejos de la burocracia, de los auxilios y de la orientación política. El directorio decidió apoyar para la alcaldía a Leonel Gaviria y Armando impuso a Rodrigo Villa Osorio, su primo y a un secretario del concejo con tres puestos y tres sueldos; trae personas de otros municipios

a ocupar puestos públicos en Bello. Concluye Ibarra al decir que: el partido liberal es el pueblo, es el pueblo liberal y no Armando Estrada²⁴.

Los guerristas Jaime Palacio Gallego, concejal y Carlos Navarrete, militante, desmienten a William Ortega. Navarrete dice que Ortega lo ubicó como neutral dentro del directorio; pero él es fiel al partido y a sus directrices. Palacio dice que él no ha conformado grupúsculos dentro del directorio y acata las líneas oficiales. Otra comunicación firmada por Desiderio Cardona, Guillermo Jaramillo, Octavio Vargas, Jaime Palacio Gallego, Carlos Emilio Caro, Sorener Zapata, Amado Sánchez y Carlos Navarrete, dice que William Ortega “otrota conservador y que ahora pretende ser liberal” se apropió de sus nombres para crear una división en el directorio²⁵.

El concejal y exalcalde “Alberto Díaz Muñoz llama a superar estos personalismos”. Dice que “ya se han efectuado algunos contactos entre los diversos sectores liberales que funcionan en Bello, pero hasta el momento sin claridad absoluta” y lamenta la división en el Directorio

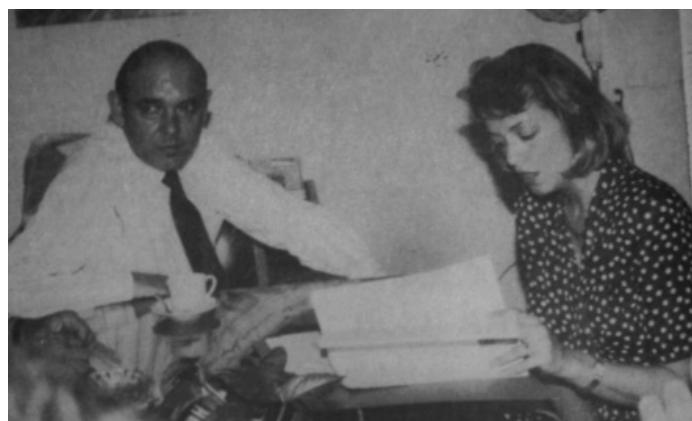
Liberal Oficial, porque es necesario levantar un programa liberal para la próxima elección popular de alcaldes²⁶.

Crisis por la elección popular de alcaldes

Jugar, indagar, crear expectativas, hacer abanico de aspirantes, crear alianzas y rupturas, mantener viva y centrada la atención en el tiempo, mientras llega el momento definitorio, es lo que puede llamarse tecnología política. Es el reino del cálculo y por él se destruye la democracia dentro de los directorios, porque estas tácticas las hace una persona o un pequeño grupo. Esto parece haber ocurrido de abril de 1987 a junio de 1988, en el proceso de escogencia de candidatos para la alcaldía bajo el nuevo marco jurídico de la elección popular de alcaldes.

La primera expresión de los directorios liberal y conservador es la de postular candidatos que porten la ideología del partido; pero, el proceso de desideologización sigue definido y se termina haciendo alianzas que es lo mismo que negociación del apoyo. En este negocio la moneda es la burocracia.

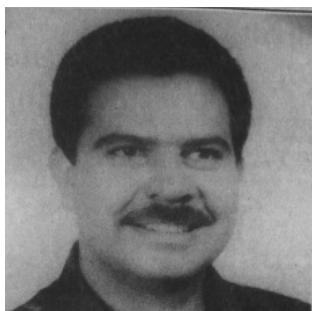
En abril de 1987, el representante Armando Estrada Villa, dice que se trabaja por un candidato liberal. El



Consejera Presidencial para el Área Metropolitana y el primer alcalde popular liberal de Bello, en diálogo sobre la violencia callejera en Bello, 1990. Tomada de: Periódico La Región.

“para que la memoria no se olvide”

Directorio Liberal Oficial de Bello no puede trabajar por un candidato conservador como lo hace el “concejal desleal”, William Ortega, que ha ofrecido su voto a estos. Por eso se convoca para el veinticuatro y veinticinco de julio un foro sobre los problemas de Bello. Se tiene en el directorio como precandidatos a Humberto Uribe, Mesulán Martínez, Juan Hernando Muñoz, Priscila Díaz, Federico Sierra, Hernando Gómez y Jaime Palacio²⁷.



Registro de uno de los primeros movimientos políticos pluralistas de Bello, 1992. Tomada de: Periódico La Región.

El proceso de escogencia del candidato serpentea. El militante del directorio liberal y exsecretario de gobierno de Bello, Oscar Montoya, dice ser uno de los elegidos y publica su programa de gobierno con tres puntos centrales: 1. Seguridad: dotar a cada comuna de un permanente de policía; 2. Incentivar la inversión privada en el municipio; 3. Colaborar con la creación de empleo organizando a padres de familia en kioscos ubicados en zonas libres y garantizar

así el orden en las ventas ambulantes²⁸.

Otro miembro del liberalismo oficial, Orlando Arenas Tamayo, se presenta como precandidato. Critica y se preocupa por la pugna entre los precandidatos del guerrismo en Bello; publicita un diálogo de convergencia para conseguir un candidato único del liberalismo. Participan Alberto Díaz Muñoz del Directorio Liberal Popular Social Demócrata, William Ortega Rojas del Directorio Liberal Oficial, Jorge Luis Gómez del jaramillismo, Bayardo Álvarez del federiquismo y Gustavo Alberto Escobar Pérez del Nuevo Liberalismo²⁹.

En octubre de 1987, se registra un acuerdo con base en cinco puntos mínimos, entre Armando Estrada Villa, Gustavo Alberto Escobar Pérez, y Alberto Díaz Muñoz. El acuerdo establecía: 1. Ningún grupo podrá apropiarse el candidato; 2. El candidato será escogido de la lista que pase Armando Estrada Villa; 3. La burocracia será pactada milimétricamente de acuerdo con el número de votos de cada uno; 4. La coalición en el concejo se hará entre liberales y no con conservadores; 5. La Secretaría de Gobierno será para la segunda fuerza liberal en votos³⁰.

El acuerdo de octubre se potenció con el ejercicio de una convención del liberalismo de Bello, supervisado y controlado por los representantes y senadores antioqueños. El 28 de noviembre de 1987 se reunió la convención para escoger candidato. Esta estuvo presidida por Santiago Londoño White; de secretario lo hizo Carlos Alberto Estrada. En la mesa principal estuvieron Álvaro Uribe Vélez, senador del federiquismo; Ernesto Samper Pizano, senador y miembro de la



Alberto Builes Ortega, primer alcalde popular de Bello.

dirección liberal nacional; Silvio Mejía Duque, representante del liberalismo oficial; y los firmantes del acuerdo de octubre en Bello, Armando Estrada Villa, y Alberto Díaz Muñoz. William Ortega Rojas se marginó.

La convención eligió un candidato que no había estado en el abanico de precandidatos y que posiblemente fue aupado por el senador Uribe Vélez. El candidato a la alcaldía de Bello por el liberalismo y para estrenar la elección popular de alcaldes, fue Carlos Salas, médico egresado de la Universidad de Antioquia, miembro de la Sociedad Amigos del País, y de la Junta de Fomento y Turismo del Municipio de Medellín, durante la alcaldía de Álvaro Uribe Vélez. Fue miembro de la Patrulla Aérea Colombiana.³¹ Sufrió un atentado el once de noviembre de 1988, en el barrio El Congolo de Bello, después de haber acompañado al gobernador Antonio Roldán Betancur en la inauguración de tres centros de salud³².

Carlos Salas venció por 33 votos, contra 23 de Orlando Arenas. Estuvieron en la convención todos los sectores del liberalismo bellanita, jaramillistas, federiquistas, guerristas, el nuevo liberalismo y el sector democrático; menos William Ortega. Este, de ahí en adelante, introdujo en Bello el movimiento Convergencia Liberal de César Pérez García y sacó su propio candidato. “En su intervención (Salas) anunció al grupo de Convergencia (bacalaos) que las puertas están abiertas al diálogo constructivo... hemos cerrado las puertas del insulto y el maltrato contra cualquier grupo liberal en Bello”³³.

La escogencia del candidato conservador pasa también por rebeliones y alianzas contra Gustavo López Gómez. En diciembre de 1986, Everardo Aguilar, Eduardo Duque Becerra, Gustavo Jiménez Narváez y Luis Javier Velásquez, es decir, valderramistas y alvaristas, se unen contra el villeguismo. Dicen que tienen seis mil votos y cuatro concejales, con este argumento llaman a todos los conservadores a unirse contra Gustavo³⁴.

El 21 de febrero de 1987, se reunieron los villeguistas de Bello bajo la dirección de Gustavo



Alberto Díaz Muñoz, dirigente del sector democrático del Partido Liberal.

López Gómez, con los de Itagüí, Envigado, Barbosa, Girardota y Copacabana; el objetivo fue iniciar de inmediato la campaña para la elección popular de alcaldes. Allí dijo el exgobernador Daniel Villegas: “Se debe buscar alianzas con otras fuerzas, incluso hasta se puede llegar el caso de votar por candidatos liberales, siempre y cuando haya una negociación previa”³⁵.

El villeguismo de Bello, en abril de 1987, se decide por el nombre de Alberto Builes Ortega, nombre muy sonado por el momento. Desde enero, llegó a la gerencia del equipo de fútbol Atlético Nacional, y venía desempeñándose como presidente de la liga de basquetbol de Antioquia. Dice Builes: “Seré un candidato de todos, no quiero “ismos” en mi campaña, por eso ya los sectores alvaristas, ignacistas y progresistas han manifestado su interés en apoyarme”³⁶.

En febrero de 1988 se tienen los siguientes candidatos: Carlos Arturo Restrepo, candidato del conservatismo progresista, es médico y su programa de gobierno lo centra en la ampliación del servicio de salud.

Leonel Gaviria, candidato de Convergencia Liberal, denominada también como los bacalaos, fue director de la cárcel San Quintín, exalcalde de los municipios de Concordia, Frontino, Santa Fe de Antioquia, Caldas, Apartadó, Segovia, Turbo y Barbosa. En su programa de gobierno resaltó: la construcción de una universidad para Bello, construcción de un centro de rehabilitación de drogadictos, construcción de una plaza de mercado y dotar a Bello de Centros de Atención Inmediata de la policía (CAI).

Alberto Builes Ortega, abogado de la Universidad de Medellín, cifró su programa de gobierno en estos puntos: apertura y ampliación de vías, arborización, construcción de escenarios deportivos, consecución de equipos de aseo, construcción de centros de salud pilotos en cada comuna, remodelación del teatro Bello para que sea un conservatorio, construcción de cuarteles de policía periféricos y otros más.

Carlos Salas, adopta como programa de gobierno las conclusiones del foro liberal sobre Bello, realizado el veinticuatro y veinticinco de julio de 1987, el cual hace un extenso listado de las necesidades sociales del municipio en aspectos como la ecología y el medio ambiente, la vivienda, los servicios públicos, los impuestos, la salud, la participación comunitaria, la educación, la drogadicción y las obras públicas³⁷.

En las elecciones del 13 de marzo de 1988 salió elegido como primer alcalde popular de Bello, Alberto Builes Ortega (ver tablas No. 2 y 3). El periódico aquí estudiado hizo el siguiente registro: Dice Alberto Builes: “que tiemblen los deshonestos e incapaces”. Afirma el Alcalde que la recreación y el deporte ayuda a vencer la delincuencia, que “en Bello haya muchos Higuitas, Leoneles Álvarez y Maturanas”. Y dice además el periódico: “a la posesión

Tabla No. 2. El gabinete de Builes ³⁹³⁹		
Secretaría/Dependencia	Nombre	Sector político
Gobierno	John Jairo Bermúdez	Villeguismo
Hacienda	Ramiro Álvarez Tobón	
Obras Públicas	Guillermo Piedrahita	
Planeación	Rubén Darío Montoya	
Tránsito	Eva Inés Sánchez	
Educación	Mariela Higuita	
Secretaría General	José Ángel Avendaño	Liberales Sector Democrático
Valorización	Fernando Berrío	Guerrismo
Tesorería	Humberto Araque	

Tabla No. 3. Elegidos para corporaciones públicas en Bello, según las elecciones del 13 de marzo de 1988 ⁴⁰⁴⁰		
Curul	Nombre	Partido/sector
Diputado	Gustavo López	Conservatismo villeguista
	William Ortega	Convergencia liberal. Bacalaos
	Alberto Díaz Muñoz	Directorio Liberal Democrático
Concejo	Armando Estrada Villa	Directorio Liberal Oficial de Antioquia
	Gonzalo Velásquez Zapata	
	Jaime Palacio Gallego	
	Priscila Díaz Agudelo	
	Eduardo Patiño	
	Alberto Díaz Muñoz	Directorio Liberal Democrático
	Orlando Arenas	
	Gustavo Alberto Escobar	Nuevo liberalismo. Galanista
	William Ortega Rojas	Convergencia Liberal. Bacalaos
	Gustavo López Gómez	Directorio Conservador Oficial. Villeguismo
	Javier Ríos Marín	
	Gustavo Tamayo	
	Orlando Ortega Delgado	
	Jorge Enrique Alzate	
	Luis Javier Velásquez Restrepo	Directorio Conservador Progresista. Valderramista
	Gustavo Giménez Narváez	
	Alonso Ortega Ortega	Unión Conservadora. Alvarismo.

asistió Álvaro Villegas Moreno, quien, según una fuente fidedigna, fue llamado para apaciguar los ánimos levantados por la conformación del gabinete municipal". Todo esto porque, ante el rumor de darle una secretaría a William Ortega, los liberales guerristas amenazaron con no participar en la coalición en el Concejo Municipal.

El alcalde Builes prefirió la coalición y sacrificar a Ortega a pesar del apoyo que recibió de este³⁸.

los triunfos, siempre con base en el esfuerzo, se siente una enorme satisfacción”⁴¹.

Dos alcaldías liberales

Armando Estrada Villa, aprende de la experiencia. Los hechos políticos de la coyuntura electoral del 13 de marzo de 1988, evidencian que la elección popular de alcaldes, exige reflexionar sobre la tecnología política empleada. Las decisiones directoriales deben virar hacia el mecanismo del consenso para poder generar acuerdos duraderos. Estos hechos hacen que el político de Bello con más prestigio sea el artífice de dos períodos liberales consecutivos en el poder local de Bello.

Armando Estrada, se inició a los catorce años en la política luchando contra la dictadura de Rojas en 1957. Ingresó al Partido Liberal y luego al Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) como opositor al liberalismo oficial, aunque paradójicamente terminaría militando en las mismas filas oficialistas. En 1967 comenzó a militar en el Directorio Liberal de Antioquia, de Bernardo Guerra. A los veintiséis años llegó al concejo de Bello de 1968. En 1974 se graduó de abogado en la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín y fue elegido diputado. Llegó a la Cámara de Representantes en 1986 y al Senado de la República en 1990. Fue Concejal de Bello desde 1974. Fundó el Directorio Liberal Oficial de Bello en 1978, en el marco del liberalismo antioqueño entre guerristas y federiquistas. Para 1988 contó con 11.000 votos y con sede propia. Dice: “la Política es una actividad dura, a veces despiadada. Exige consagración. Pero cuando se logran



William Ortega Rojas, dirigente Convergencia Liberal.

El periodo de gobierno de Alberto Builes, tuvo paz política en el Concejo Municipal, pero una guerra social en las calles de la ciudad. Carlos Salas, director del hospital Marco Fidel Suárez dijo que había pasado de julio a octubre de 1988 a atender de una a dos necropsias diarias de gente muy joven. Rumores callejeros involucraron a la alcaldía como causante de la violencia en las calles. El gobierno de la ciudad debió pronunciarse y lo hizo así:

Comunicado No. 001. La Administración municipal de Bello se permite informar a la ciudadanía en general: Que debido a la ola de violencia por la cual atraviesa nuestra localidad, se han tomado las medidas preventivas y necesarias con el fin de contrarrestarla, igualmente se

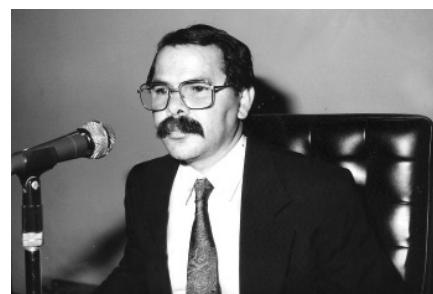
ha ordenado ejecutar planes de inteligencia e investigación a las diferentes instituciones de seguridad para dar con los responsables de tan deplorables hechos. Hace saber igualmente que personas tendenciosas y enemigas de la Administración se están dando a la tarea de implicarla en estos, los que en ningún momento son compartidos por razones de moralidad, ética y civismo, ya que como bien lo dispone la Constitución Nacional, es obligación de toda autoridad, velar por la vida, honra y bienes de los asociados. Octubre 19 de 1988. Atentamente. Jesús Alberto Builes Ortega Alcalde municipal. John Jairo Bermúdez Garcés, Secretario de Gobierno⁴²

El Directorio Liberal Oficial de Bello se enruta hacia la recuperación de la alcaldía. Estrada Villa, en mayo de 1989, propone dos fórmulas para la escogencia del candidato liberal a la alcaldía para el periodo 1990 – 1992: “una es el consenso entre todas las fuerzas liberales y la otra es el empleo de un mecanismo de consulta popular que puede ser directa e indirectamente. Directamente, si se acude a buscar la opinión del pueblo, o indirectamente, si se deja la decisión de quienes tienen la representación política, tal es el caso de una convención o un colegio electoral”⁴³.

Esta propuesta es bien recibida y se adhieren Alberto Díaz Muñoz y William Ortega y, para febrero de 1990, los liberales publican el siguiente texto:

El Liberalismo unido. El momento histórico que vive actualmente el país, requiere del concurso de la totalidad del partido liberal en nuestro municipio[...] Nos proponemos emprender acciones que contribuyan a fortalecer la política del cambio social y recuperar la Alcaldía del Municipio[...] Atendiendo al clamor popular que exigía un entendimiento de todos los sectores del partido, nos hemos puesto de acuerdo en el nombre del Doctor Federico Sierra Arango, como candidato único del partido, dada su experiencia política y administrativa y sus servicios al liberalismo. Armando estrada villa. Alberto Díaz Muñoz. Gustavo Alberto Escobar Pérez. William Ortega Rojas. Jorge Luis Gómez Benavides. Jairo Ibarra Urrego⁴⁴

Esta actitud de los liberales es seguida por los conservadores. Esto quiere decir que la elección popular de alcaldes obligó al consenso dentro de los partidos. Para el periodo 1990 – 1992, se enfrentaron Federico Sierra (liberal) y Juan Ignacio Castrillón (conservador). Ganó Sierra.



Alonso Ortega Ortega, dirigente del alvarismo conservador.

“para que la memoria no se olvide”

Para el periodo 1992 – 1995, se enfrentaron Rodrigo Villa Osorio (liberal) y Óscar Suárez Mira (conservador). Ganó Villa.

Un quiebre en la forma de hacer la política

Luego de inaugurada la elección popular de alcaldes, entran nuevos políticos de ambos sexos al escenario de lucha por el poder local. Los nuevos, toman como bandera la denuncia de la vieja tecnología política y proponen una nueva. Pero lo visible es que se vuelve a la vieja política. Es decir, se hace el esfuerzo por romper con la tradición, pero esta es tan fuerte y poderosa que termina por imponerse de nuevo. Puede decirse que la nueva tecnología política, basada en el juego de alianzas desideologizadas, con sentido pluralista, termina en reparto burocrático o en hacer política por y para la burocracia.

Lo nuevo se observa en el proceso político para ocupar la alcaldía en el periodo 1995 – 1998. Allí terminan los esfuerzos por sacar candidatos de partido, y comienzan las alianzas con todos, sin importar la ideología, sólo se debe cumplir con el requisito de estar de acuerdo con el programa de Gobierno.

Estas elecciones las gana Óscar Suárez Mira. Este había ingresado a la administración pública de Bello en 1982, como conductor del Municipio. En 1991 llegó a la dirección de relaciones laborales, en 1992 fue candidato a la alcaldía de Bello por el Partido Conservador, pero fue vencido por el liberal Rodrigo Villa. Según el periódico *La Región*, se conoció en él una nueva forma de hacer política, con murales

artísticos, que luego de la campaña política quedaron como obra de arte y decorado de la ciudad⁴⁵.

Con Suárez se afianza en la política tradicional el concepto de movimiento pluralista. De ahí en adelante, fue posible encontrar juntos, para una acción coyuntural, como elegir un alcalde, a conservadores, liberales, y algunos comunistas. Este fenómeno se presentó también dentro de las filas del liberalismo con el grupo Nueva Generación que acompañaron a la segunda administración de Rodrigo Villa con tres concejales: Rodrigo Arango, Salvador Marín y John Ceifer Flórez.

Óscar Suárez desde 1992 se adhirió a un movimiento llamado “La fuerza del Coraje” de los Valencia Cossío. Decía que quería imponer una nueva forma de hacer política. Por eso estuvo en el Grupo de Acción Social (Grupas), porque “con Gustavo López no había diálogo, y es necesario que con la existencia de tantos grupos dentro de un partido, debe haber un diálogo permanente por el beneficio de la organización y de la sociedad bellanita”⁴⁶.

Quedaron atrás los jefes tradicionales que manejaron los partidos dictatorialmente. Entraron los movimientos con un nuevo criterio. Renovaron la democracia dentro de

los movimientos políticos al menos mientras nacían y tomaban fuerza. Porque lo que sigue primando es pagar con burocracia la participación política.

Apéndice No. 1. Alcaldes de Bello

Se muestra en este cuadro los alcaldes de 1984 a 2011, de acuerdo a la legislación que reguló los períodos de duración de dos a tres y cuatro años.

Periodo	Alcalde	Legislación
1 de jun 1984 – 1 de junio 1986	Juan Ignacio Castrillón R.	
1 de jun 1986 – 1 de junio 1988	Rodrigo Villa Osorio	
1988 - 1990	Alberto Builes Ortega (primer alcalde popular elegido el 13 de marzo de 1988. Se posesionó el primero de junio)	Ley 78 de 1986
1990 - 1992	Federico Sierra Arango	
1992 – 31 dic 1994	Rodrigo Villa (primero de 3 años)	Ley 136 de 1994
1995- 1998	Óscar Suárez Mira	
1998 - 2001	Rodrigo Arango	
2001 - 2004	Rodrigo Villa	
2004 – 31, diciembre, 2007	Olga Suárez Mira (primero de 4 años).	Acto legislativo No. 2 de 2002 (6 de agosto)
2008 - 2011	Óscar Andrés Pérez	

Referencias

- 1 Giddens, Anthony y Hutton, Will. *En el Límite. La vida en el capitalismo global.* Barcelona: Tusquets Editores, 2001, pp. 22-23.
- 2 Bauman, Zygmunt. *La sociedad sitiada.* México: Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 32.
- 3 Gutiérrez, Francisco. ¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia 1958 – 2002. Medellín: Editorial Norma, 2007, p. 479.
- 4 Periódico *La Región*, No. 1, Bello, junio de 1985, p. 7.
- 5 Ibíd., No. 2, Bello, junio de 1985, p. 7.
- 6 Ibíd., No. 1, Bello, junio de 1985, p. 7.
- 7 Ibíd., No. 5, Bello, noviembre de 1985, p. 7.
- 8 Ibídem.
- 9 Ibíd., No. 8, Bello, marzo de 1986, p. 7.
- 10 Ibíd., No. 6, Bello, diciembre de 1985, p. 7.
- 11 Ibíd., No. 1, Bello, junio de 1985, p. 7.
- 12 Ibíd., No. 3, Bello, agosto - septiembre de 1985, p. 7.
- 13 Ibíd., No. 2, Bello, julio – agosto de 1985, p. 7.
- 14 Ibíd., No. 4., Bello, septiembre – octubre de 1985, p. 7.
- 15 Ibíd., No. 5, Bello, noviembre de 1985, p. 7.
- 16 Ibíd., No. 6, Bello, diciembre de 1985, p. 7
- 17 Ibídem.
- 18 Ibíd., No. 7, Bello, febrero de 1986, p. 7.
- 19 Ibíd., No. 9, Bello, abril de 1986, p. 7.
- 20 Ibíd., No. 17, Bello, enero de 1987, p. 7.
- 21 Ibídem.
- 22 Ibídem.
- 23 Ibídem.
- 24 Ibídem.
- 25 Ibíd., No. 18, Bello, marzo de 1987, p. 7.
- 26 Ibídem.
- 27 Ibídem.
- 28 Ibíd., No. 22, Bello, julio de 1987, p. 7.
- 29 Ibíd., No. 24, Bello, septiembre de 1987, p. 7.
- 30 Ibíd., No. 25, Bello, octubre de 1987, p. 7.
- 31 Ibíd., No. 27, Bello, diciembre de 1987, p. 7.
- 32 Ibíd., No. 38, Bello, diciembre de 1988, p. 7.
- 33 Ibíd., No. 27, Bello, diciembre de 1987, p. 7.
- 34 Ibíd., No. 16, Bello, diciembre de 1986, p. 7.
- 35 Ibíd., No. 18, Bello, marzo de 1987, p. 7.
- 36 Ibíd., No. 19. Bello, abril de 1987, p. 7.
- 37 Ibíd., No. 28, Bello, febrero de 1988, p. 7.
- 38 Ibíd., No. 32, Bello, junio de 1988, p. 7.
- 39 Ibídem.

- 40 Ibíd., No. 30, Bello, abril de 1988, p. 7.
- 41 Ibíd., No. 63, Bello, abril de 1991, p. 7.
- 42 Ibíd., No. 37 Bello, noviembre de 1988, p. 1.
- 43 Ibíd., No. 42, Bello, mayo de 1989, p. 7.
- 44 Ibíd., No. 50, Bello, febrero de 1989, p. 7.
- 45 Ibíd., No. 72, Bello, febrero de 1992, p. 7.
- 46 Ibídem.

COLABORADORES DE LA PRESENTE EDICIÓN



Reinaldo Spitaletta Hoyos

Comunicador social-periodista, Universidad de Antioquia. Estudios de Maestría en Historia, Universidad Nacional Sede Medellín. Escritor y autor, entre otras obras, de *El sol negro de papá*, *Barrio que fuiste y serás*, *Vida, Muerte y Resurrección de Benjamín Camacho*, 2007 (Reportaje); *El último Puerto de la Tía Verania*, 1999 (Novela), *El desaparecido y otros cuentos* 1991 (Cuento). Actualmente, es productor del programa *Medellín al derecho y al revés* de Radio Bolivariana. Es docente investigador de la UPB. Es fundador y presidente del Centro de Historia de Bello.

Guillermo Aguirre González

Historiador, Universidad Nacional Sede Medellín. Sociólogo, Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín (Unaula). Especialista en Análisis Político y del Estado Unaula. Candidato a Doctor en Teoría de la Educación y Pedagogía de la UNED, España. Es docente universitario de la Universidad de Antioquia y, actualmente, se desempeña como Director de la Biblioteca Pública Marco Fidel Suárez. Es miembro fundador del Centro de Historia de Bello.

Sergio Espitaleta Hoyos

Magíster en Educación y Docencia de la Universidad de Antioquia. Licenciado en Historia y Filosofía de la Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín. Egresado de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional Sede Medellín. Actualmente, es docente de filosofía y ciencias sociales del municipio de Bello. Es vicepresidente, fundador del Centro de Historia de Bello.

Adriana Correa Arboleda

Historiadora, Universidad de Antioquia. Especialista en Cultura Política y Derechos Humanos, Universidad Autónoma Latinoamericana de Medellín. Docente en el área de Ciencias Sociales del municipio de Bello. Co-investigadora de la actualización del texto

"Bello Patrimonio Cultural 1990-2003". Es Tesorera del Centro de Historia de Bello.

Jairo Gutiérrez Avendaño

Magíster en Educación, Universidad de Medellín; Filósofo, Universidad de Antioquia. Docente universitario de investigación y proyectos de grado. Es editor de texto de las revistas académicas de la Institución Universitaria de Envigado. Secretario del Centro de Historia de Bello.

Manuel Hernando Arango Londoño

Historiador, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Es egresado de la Maestría en Historia de la misma Universidad. Ha realizado diplomados en Enseñanza del Español para Extranjeros, Universidad de Antioquia, 2003 y en Gestión Cultural, Universidad Nacional, 1995. Director de Extensión Cultural del municipio de Bello, 1995-1996. Fiscal y miembro fundador del Centro de Historia de Bello.

Edgar Hernando Restrepo Gómez

Historiador de la Universidad Nacional Sede Medellín. Docente de Filosofía y Ciencias Sociales en el Municipio de Medellín. Docente de Humanidades en la Institución Universitaria de Envigado. Ha publicado varios trabajos de historia local. Co-investigador de la actualización del texto *Bello Patrimonio Cultural 1990-2003*. Es socio del Centro de Historia de Bello.

INDICACIONES A LOS COLABORADORES



La Revista *Huellas de Ciudad* publica principalmente contribuciones de los investigadores asociados y asistentes a las sesiones ordinarias del Centro de Historia de Bello, abiertas al público, donde se desarrolla una metodología de exposición dirigida por expertos invitados, con el fin de llevar a cabo la discusión conjunta de los enfoques de las líneas de investigación propuestas para la publicación anual de la Revista.

Los artículos presentados por los colaboradores deberán cumplir los siguientes requisitos exigidos por el Centro de Historia de Bello, conforme a la Norma NTC 1073, ISO 215 – 1961 de *presentación de contribuciones para ediciones seriadas*:

1. El colaborador debe presentar, personalmente, el artículo para realizar su lectura ante los miembros del Centro de Historia y asistentes a la sesión programada para ello. Las observaciones y correcciones realizadas en pleno deberán tenerse en cuenta para la entrega final del artículo en formato magnético. El Comité Editorial no aceptará artículos enviados que no hayan sido sustentados por los autores.
2. Toda contribución debe contener un título que delimite el tema, el espacio y el tiempo de la investigación, reflexión o revisión; nombre y apellidos completos del autor; un resumen del artículo de una extensión no superior a 6 líneas (80 palabras), acompañado de algunas palabras clave (4/6); al

final debe presentarse una breve descripción del perfil del autor.

3. Los artículos deberán escribirse en Arial 12, a espacio interlineado 1.5 y en papel tamaño carta, en una extensión mínima de 6 cuartillas y máxima de 15 (4500 palabras).
4. Las imágenes que ilustran el artículo deberán presentarse, máximo 5, en formato jpg con una adecuada resolución, indicando el crédito del fotógrafo y la descripción de la imagen.
5. Las referencias bibliográficas deben realizarse con citación de nota al final, según el siguiente formato:

— **Libros:** (*Sin cursivas*)

COLMENARES, Germán. Historia Económica y Social de Colombia. Bogotá: Tercer Mundo, 1997, p.

— **Capítulos de libros o cita incluida en otro libro:** (*Sin cursivas*)

SESLER, Gregorio. Diplomacia, garrote y dólares en América Latina, Buenos Aires, 1962. En: GALEANO, Eduardo. Las venas abiertas de América Latina, Siglo XXI Editores, p. 165.

— **Artículos de revista:** (*Cursiva en el nombre de la revista*)

SPITALETTA, Reinaldo. Dios y Fabricato o el derrumbe de un imaginario. En: Revista *Huellas de Ciudad*, Nº 4, Diciembre – Marzo, 2002, p.

6. El autor recibirá tres ejemplares del número de la Revista por su contribución.



Trabajo
Conducta
y
Capital

NO

